



100

100 años
de
la
Independencia
de
Cuba

100 años de la Independencia de Cuba

100 años de la Independencia de Cuba

100 años de la Independencia de Cuba

100 años de la Independencia de Cuba

100 años de la Independencia de Cuba

100 años de la Independencia de Cuba



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

CINCUENTENARIO PERIODÍSTICO
DE ENRIQUE GAY-CALBÓ



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CINCUENTENARIO
PERIODÍSTICO DE
ENRIQUE GAY-CALBÓ



OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD
DE

LA HABANA

1957



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Arte libre

UN LIBRO DE CABAL

¡Profundas verdades en versos impecables!

MARINERA

Ven al mar, á que vibrante
mi lira sienta y suspire
al eco de lo gigante:
yo seré el bardo que cante,
tú la musa que me inspire.....

Zorrilla firmaría esto con orgullo. Creo que bastarán tan breves ejemplos para demostrar lo que arriba digo.

Eneas gozaba de buena reputación como escritor erudito y valiente y como versificador fácil y fecundo; pero como verdadero poeta no le mentaba nadie y hubiera sido todo lo demás sino publica este libro que de un salto le ha puesto entre los poetas buenos, que son pocos.

El amor, como una gran catarata que arrastra cuanto en su paso obstruye, gobierna al mundo con una fuerza irresistible; este diocencillo travieso y serio, inspira á los felices mortales que gozan de sus caricias, y hace que el cerebro produzca ideas hermosísimas que scóman de maravilla y de encanto.

El recuerdo de las entrevistas y de los besos se rima en el corazón, y de éste paez el papel poesías magníficas, saturadas de tiernos suspiros y delicados diálogos.

Cuando un poeta joven publica un libro de amor, es el que la musa inspiradora le envía descollada de carne y hueso, lleva á la juventud el soplo cálido de una nueva poesía y el eco arruñador, de una

lira de oro que regala el alma con divinas vibraciones.

guardaba amor, pero amor comprimido, que cuando halló salida se desbordó en sana corriente. Faltábale que lo amaran para mayor inspiración y al hallar lo que soñó y anheló, pulsa su lira y hace oír ecos que llevan al alma el contento y el entusiasmo al corazón.

¡Cuántos, á ser amados, fueran grandes! ¡Cuántos han sido grandes, porque unos ojos y un alma los miran con felicidad!

Muy poco ó casi nada he leído sobre esta joya llamada «Del amor»; causándome verdadera sorpresa, pues grandes méritos tiene su autor é inadvertido no debe peaar su esfuerzo. Si no se alienta á la juventud, desfallece; si á la juventud estudiosa no se le presta atención, se cansará al fin de luchar, saliendo derrotada del campo en que pudo vencer.

Anímemos á los que puedan subir muy alto, teniendo la clara inteligencia y la fácil inspiración por escala, que encontrando protección se verán secundados y la cultura y el progreso correrán empujados sobre los rails del altruismo y la buena emulación.

Y tú, poeta, sigue luchando, conserva el temple y la serenidad en tu lira; que la lucha es vida y muerte la inercia, y si cuando plateas tu cabeza los años, se has adquirido riqueza, te habrás casado los laureles de la gloria, que éstos son bienes que satisfacen al verdadero colador.

Enrique Gayzalbé

Santiago de Cuba Nueva 16 de 1907.

declaro que se presenta á los lectores mejor poeta que el que en las páginas del «Diario de la Marina» nos hacía saborear las hermosas traducciones de Leasing, y las leyendas de su amada *tierrina*. Más correcto y admirable, y también más elorado, porque en el libro nos parece más grande el escritor que en las columnas de la prensa. Octosílabos como los de este libro se hallan pocos.

EL SUSPIRO

Causa fué un amor profundo
de mi suspiro primero;
causa un desengaño artero
de mi suspiro segundo;
y por eso, en mi opinión,
pudierase definir:

—Voz que al gozar y al sufrir
se escapa del corazón.....

LA SONRISA

Cuando en el aire se juntan
sonrisas que se buscaron,
por las almas se preguntan
que las sonrisas crearon.....

.....el preguntar de los astros
es un aluvión de brisas
que van marcando sus rastros
con gérmenes de sonrisas.....

EL RECUERDO

.....quiero vivir recordando;
vivir, aunque solo libe
la hiel de las aficciones,
que el corazón no concibe
cómo sin recuerdos vive
quien no vive de ilusiones.....

¡Profundas verdades en versos impecables!

MARINERA

Ven al mar, á que vibrante
mi lira sienta y suspire
al eco de lo gigante:
yo seré el bardo que cante,
tú la musa que me inspire.....

Zorrilla firmaría esto con orgullo. Creo que bastarán tan breves ejemplos para demostrar lo que arriba digo.

Todo este libro exhala juventud y amor, como la buena flor regala con ricos perfumes; es fruto de los diálogos de amantes jóvenes que solo viven para retratarse el uno en los ojos del otro, y cantan ambos en estrofas sublimes, las ideas que almacenan en sus almas, y cantan el amor que es su lazo de unión.

La poetiza cubana cantora de la fantasía y de los campos de Cuba, ama al poeta asturiano, cantor de «Ashavero», «Las golondrinas» y de la lejana tierra leyendas ideales, y cantor más tarde del amor inspirado por la bella joven.

¡Hermoso y rarísimo cuadro! ¡Dos poetas que se adoran, que ponen en contacto sus almas, que son felices!

«La plegaria del minero» es una oda al amor paternal, sentida y delicada; «La críspa» es un pequeño poema admirable, una flor bellísima *pucha*; revela en ella el poeta, méritos de pensador en verso; un bardo-filósofo, nuevo Campoamor, con distinto estilo y original también.

La corrección y originalidad se han unido en el cerebro del joven Eneas, para saludar con saludo grande y sublime, la aparición de este libro, «breviario del amor, fruto de un espíritu joven, en comercio con las divinas musas, pero más que de sus mitológicas perfecciones, enamorado de los visibles hechizos de la señora de sus pensamientos, una doncella de carne y hueso», como dice el ilustrado prologuista Mariano Aranburu.

A Cabal le faltaba amor, ó, más bien, guardaba amor, pero amor comprimido, que cuando halló salida se desbordó en sana corriente. Faltábale que lo amaran para mayor inspiración y al hallar lo que soñó y anheló, pulsa su lira y hace oír ecos que llevan al alma el contento y el entusiasmo al corazón.

¡Cuántos, á ser amados, fueran grandes! ¡Cuántos han sido grandes, porque unos ojos y un alma los miran con felicidad!



Enrique Gay-Calbó
1907



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Enrique Gay-Calbó
1957

P R E F A C I O

Por

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

Con motivo de cumplirse el 20 de noviembre del presente año el cincuentenario de la publicación — en el diario *La Independencia*, de Santiago de Cuba — del primer artículo periodístico de Enrique Gay Calbó, sus amigos y compañeros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales consideramos que era una magnífica oportunidad para recoger y editar una selección de sus trabajos publicados en diarios y revistas, proyecto que tuvo inmediatamente la cooperación de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, consagrándole uno de sus Cuadernos de Historia Habanera.

Bien merece Gay-Calbó ese fraternal homenaje de los que somos sus colegas en disciplinas históricas, por su modestia y su sencillez, por su temperamento y hábito democráticos y por su hondo y arraigado sentido de cubanidad, cualidad, esta última, que en los presentes tiempos republicanos constituye una virtud, pues convierte al nacido en Cuba, en cubano en activo, cubano para el que no es un mero accidente el haber visto la luz primera en esta tierra o una mercantilista conveniencia el haberse incorporado legalmente a ella, sino al que le duele la Patria, goza con sus triunfos y conquistas y sufre con sus tropiezos y caídas.

Y en el caso específico de Gay-Calbó, su consagración superlativa a las investigaciones y los estudios históricos, le hace poseer, como a verdaderos historiadores corresponde, un cabal, comprensivo y cubanísimo conocimiento de las raíces coloniales de nuestro proceso histórico y de las justas razones que asistieron a los patricios esclarecidos, forjadores de la conciencia nacional, al poner su pensamiento y sentimiento, su palabra y su pluma, y su vida, cuando lo cree necesario y útil a la Patria, en pro de la conquista de nuestra independencia política y económica, y con ella de la soberanía, la libertad, de la igualdad, de la justicia, de la cultura y de la civilización.

Sin que puedan encontrarse en sus progenitores antecedentes apreciables que influyeran en las aficiones literarias de Gay Calbó, sí es necesario abonar a aquéllos algunos de los rasgos más salientes del carácter de éste.

Así poseía su padre, español, arribado a Cuba como sargento para combatir a los revolucionarios del 68 — según nos refiere el hijo —, ideas liberales, como lo demuestra la circunstancia de figurar como alto dignatario de la masonería, y carácter independiente y altivo, que le ocasionaba frecuentes contratiempos y dificultades y lo llevó a lograr primero su pase de la milicia a la administración y abandonar ésta para emprender después, por su cuenta, en negocios comerciales, agrícolas e industriales. Hay otro detalle revelador de esa independencia y altivez de carácter del padre de nuestro biografiado y de su liberalismo. Ese detalle es que llevó a sus hijos, en Manzanillo, no a un colegio dirigido por maestros españoles, sino al de un insigne educador cubano deportado durante la Guerra Grande y fervoroso separatista — don Miguel de la Guardia, padre de Angel de la Guardia, el compañero de Martí el 19 de mayo de 1895 — y entre sus mejores amigos figuraban también otros cubanos “que no ocultaban mucho sus esperanzas de luchar por la independencia”. Excepcionalmente virtuosa y noble era la madre, de antigua familia de Santiago. Al uno como a la otra, reconoce el hijo serles deudor de su repulsión por ciertos actos:

Mi madre — declara — calificaba sin vacilaciones de bajeza toda acción indigna, y mi padre censuraba también con acritud los hechos innobles. Su conducta y su actitud — explica — han sido como guardianes durante mi vida, alertas en el recuerdo principalmente porque cuando ellos murieron era yo todavía bastante niño. Quedaron fijas esas impresiones, las que unidas al respeto y a la gran estimación que yo les tenía fueron formando un modo de ser que me satisface. Modelado mi carácter por su ejemplo, a pesar de haberme visto obligado a vivir en ambientes de vicio y de haber presenciado otros ejemplos, no se ha torcido mi conducta. He tenido presente aquella expresión alterada por el desprecio que veía en mi madre, y he vivido como si fueran ellos testigos de mis actos. No tuve tiempo de recibir más enseñanzas, pero bastaron las de nueve años para acostumbrarme.

Del colegio de La Guardia pasó Gay-Calbó a otro de un dómine — don José Lucena — en el que estuvo hasta los ocho años, y después no volvió formalmente a escuela alguna. Huérfano muy niño, como

ha quedado dicho, desde los doce años necesitó trabajar para vivir y sostener a su familia. Puede afirmarse, pues, que a sus aficiones literarias y al esfuerzo personal de su tesonera voluntad ha debido la relevante personalidad por él conquistada y justamente reconocida en Cuba y fuera de ella.

Muchacho de mandados, dependiente de café, mensajero de botica, el duro bregar por la existencia, le sirvió para conocer el asfixiante medio moral cubano de los tiempos coloniales, fruto de la dominación española en esta tierra, y por consecuencia, a abominar de instituciones como el militarismo, que en todo tiempo y lugar han sido azote de los hombres y ruina de las naciones. En uno de sus empleos — cuenta — “tuve la primera demostración evidente de la brutalidad militar cuando no tiene el freno de la educación”. Y fué víctima de la actitud altanera y bravucona, de la agresividad y fanfarronería, de un “héroe”, jefecillo del Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, injusto y cobarde, que vejó despiadadamente al infeliz mandadero, de 12 ó 13 años que era entonces Gay-Calbó.

Al mismo tiempo presenciaba los horrores y las desgracias de la guerra, los tres primeros bombardeos de la ciudad de Manzanillo, donde residía, durante el bloqueo de los norteamericanos. Supo de un general Arolas

que hacía cumplir rígidamente la disposición de llevar unas estrechas polainas y que a los desobedientes los mandaba a un sitio de la playa de Manzanillo a trasladar sacos de arena de un lado para otro. Cuando la tarea estaba terminada les hacía volver los sacos al lugar de origen. Así hasta lo infinito, o hasta que los pobres soldados morían reventados bajo el sol de la playa. Sin duda — apunta Gay-Calbó, en las notas autobiográficas que me han servido para redactar esta biografía — el general asesino tuvo honores cuando regresó derrotado a su país.

Y concluye: “A los militares, a las guerras, a la destrucción, debía yo mi pobreza y mi infelicidad... las cosas vistas y oídas sobre la disciplina militar, me convirtieron al pacifismo”.

Cuando tenía 14 años escribió, con no muy buena ortografía, su primer trabajo literario: una novelita. Hizo versos, que él califica de “atroces”. Tuvo compañeros de lecturas. Con ahorros de su mezquino sueldo, compraba libros de relance.

En 1907, cuando contaba 17 años, publicó sus primeros artículos firmados, en *La Independencia*, de Santiago. De esta época guarda el recuerdo gratísimo de un amigo — Martín del Torno — en el que tuvo un maestro, “un ejemplo de nobleza y sencilla altivez”, y del que fue “como un hermano menor al que seguía por senderos no transitados”.

La República atravesaba en aquellos momentos honda crisis de nacionalidad. Las pasiones políticas, avivadas por el más mercantilista de los egoísmos, habían echado por tierra la República. Un gobierno provisional extranjero regía los destinos del país y facilitaba, en vez de contener, la inmoralidad política y administrativa. Entonces concibió Gay-Calbó una novela con el título *Crisis*, que aún no ha escrito, pero que se propone hacer cualquier día — porque el panorama criollo ha variado muy poco — y en la que presentará “el estado de conciencia de un joven — él — ante las realidades ambientes de la República sin posibilidades para los hombres, nacida de la Colonia arbitraria”. Será — agrega —

como el drama de una generación que para su desgracia vive dentro de un largo período de transición superior a sus fuerzas porque no está en sus manos cambiar el curso de los acontecimientos. Ese joven, en medio de una sociedad que se busca inútilmente, porque también ha sido escamoteada, siente la dramática inquietud del que va sin rumbo, en plena crisis, dudoso de un porvenir en que nada vislumbra.

Gay continúa trabajando, leyendo, escribiendo, haciendo planes y proyectos para el futuro. Se examina para maestro y logra un certificado, más que para continuar en la enseñanza pública, como escalón y auxiliar para los estudios del bachillerato y la elección de una carrera. Pero la politiquería del momento — como la de todos los momentos — echa por tierra todo su sueño, pues las aulas vacantes fueron cubiertas, no con los aspirantes aprobados, sino con los amigos y amigas, especialmente, del inspector provincial de escuelas que manejaba la Superintendencia y tenía el control del personal. Mil y una veces se ha repetido esta dolorosa y vergonzosa historia.

Su fracaso como maestro, antes de comenzar el desempeño de la noble carrera, lo llevó naturalmente al periodismo. Formó parte, en Santiago de Cuba, de un cenáculo de jóvenes escritores y artistas integrantes de “el más brillante grupo literario” de aquella ciudad y del que

era el orientador José Manuel Poveda. El grupo fundó la revista *Renacimiento*, por Gay-Calbó dirigida, y de la que, al desaparecer, nació *Orto*, en Manzanillo, al trasladarse a esta población Juan F. Sariol, que los unía a todos.

Pero la literatura no le daba para vivir.

Santiago de Cuba — afirma — era para mí una ciudad muy querida en que no podía subsistir... Se cerraba el horizonte del magisterio y no se acababa de abrir el del periodismo. Los triunfos literarios eran fugaces e infructíferos.

A través de todos estos reveses y dificultades van moldeándose el carácter y la personalidad intelectual y moral de Enrique Gay-Calbó, Instalado en Cienfuegos desde 1912, el periodismo lo ha de absorber por completo, como medio de vida y adecuada expansión a sus gustos y aficiones literarios. La labor periodística le ha de facilitar el más hondo conocimiento de las dolorosas realidades cubanas, de la supervivencia de nuestros vicios y males coloniales, de la fuerza aplastante y avasalladora de los intereses creados frente a todo propósito noble y limpio de progreso y mejoramiento nacionales. Su sentido de cubanidad se arraiga y afianza en su corazón y su cerebro y se exterioriza en campañas de rebeldía contra explotaciones de los desheredados de la suerte, de los trabajadores de los ingenios, víctimas, ayer como hoy, del insaciable afán de lucro, del desprecio o la indiferencia por su pueblo y del desamor a su patria, de nuestros hacendados; le preocupa asimismo el auge desmedido y la libertad sin cortapisas de que goza la enseñanza privada, frente al abandono de la enseñanza pública oficial; escribió numerosos artículos sobre tan vitales problemas, aún no resueltos, ni en camino siquiera de próxima solución beneficiosa a la República; se encaró valientemente, cubanamente, con un profesor jesuíta del colegio de Cienfuegos, autor de un texto de Cívica en que se hacía burlas de la Constitución de la República, y los artículos de Gay, aparecidos en *El Comercio*, de Cienfuegos, repercutieron en la prensa habanera, y Manuel Márquez Sterling, desde su *Heraldo de Cuba*, secundó esa patriótica campaña, con un gran editorial titulado *Envenenan el alma de los niños*, y no conforme con ello, envió a Cienfuegos a un redactor del *Heraldo* — Manuel Fernández Cabrera —, a fin de que, en unión de Gay-Calbó pidieran al director del colegio de los Jesuitas la supresión de aquel texto anticubano. Las promesas que entonces les hizo el

P. Antonino Oraá, de reformar dicho texto, vinieron a cumplirla... diez años más tarde, y como afirma Gay-Calbó “mientras tanto siguieron envenenando a los niños sin que nadie los molestara más” y la *venerable* Compañía fundada por Loyola premió al P. Oraá nombrándolo director del colegio de Belén. Sin embargo, la semilla regada en Cienfuegos por Gay-Calbó, fructificó al fin, lográndose en 1925 la reglamentación de la enseñanza privada. Gay-Calbó colaboró luego en el magnífico empeño de cubanidad que realizaron en Fundación Luz Caballero, Xiqués, Montori, Velasco, Villoldo, Guerra y que consta en la inolvidable y benemérita revista *Cuba Contemporánea*.

En 1916 Gay-Calbó, queriendo llevar al campo de la realidad y ver plasmada en disposiciones y preceptos de carácter ejecutivo, sus campañas periodísticas, se decide a actuar en la política activa en Cienfuegos, aspirando a un acta de concejal por el Partido Conservador. Pero por triquiñuelas no obtuvo el acta, y su inconformidad con la reelección del presidente Menocal lo expulsó del partido. Su honradez temperamental le lleva al repudio de los métodos antidemocráticos empleados por gobernantes y políticos para imponer la reelección. Y comentando en sus notas autobiográficas los acontecimientos de 1916, recuerda Gay-Calbó su primer contacto, en 1905, con la politiquería, y su asombro al referirle un marchante del café de Santiago de Cuba, frente al Club Maceo, en que él trabajaba de cantinero, que había votado siete veces.

— Pero eso... ¿se puede hacer? — pregunté con escándalo ingenuo.

— Muchacho: tú no sabes de estas cosas.

Esa fué la contestación de aquel hombre que deshonoraba la reelección de Estrada Palma y que me había mirado con una profunda conmiseración por *no saber de esas cosas*.

Después de referir esta anécdota, a él acaecida en 1905, Gay-Calbó, ante el cuadro semejante de la politiquería criolla de 1916, confiesa: “En 1916 no había aprendido aún a *saber de esas cosas*”, y agrega “yo he tenido siempre ingenuidades para la política”, ingenuidades cuya explicación yo encuentro fácilmente en esa repulsa para ciertos actos, para toda acción indigna, calificada sin vacilaciones de bajeza por su buena madre, para todo hecho innoble, censurado también con acritud por su noble padre.

Y orientado siempre por los principios morales que le inculcaron sus progenitores, unos años después, ya en La Habana, y repórter de un periódico, en 1918, Gay-Calbó renuncia, en tristísimos momentos de su vida, agobiado por la muerte de una hija, el único medio de subsistencia con que él y su familia contaban, al negarse a firmar dos nóminas de *botellero* en el Ayuntamiento, medio acostumbrado en épocas diversas con que los periódicos políticos criollos han cubierto los gastos de su redacción. No pasarían muchos años sin que Gay-Calbó se negara a continuar trabajando en otro periódico habanero donde con fines de publicidad se trató de halagar la morbosidad pública con una suscripción nacional para propiciar la fuga hacia el extranjero del bandolero *Arroyito*, no sin antes haberse rechazado un editorial por Gay-Calbó escrito con el título *La apoteosis de un infeliz*. “No puedo estar donde se hace eso” — fué la explicación que dió Gay-Calbó al director, asombrado de esa para él incomprensible actitud, al marcharse del periódico. Y lo hizo en un momento en que tenía estudiado el primer año de la carrera de abogado y necesitaba dinero para las matrículas.

Durante esta época desempeñó los siguientes cargos en periódicos de Santiago y de Cuba y Cienfuegos:

Director fundador de la revista *Renacimiento*, Santiago de Cuba, 1910.

Jefe de redacción de la revista *Oriente Literario*, Santiago de Cuba, 1910.

Director de *El Comercio*, Cienfuegos, 1912.

Director fundador de *El Diario*, Cienfuegos, 1914.

Ya establecido en La Habana, y consagrado a diversas actividades intelectuales y administrativas, no abandona las labores periodísticas. Véase su hoja de servicios en las publicaciones de nuestra capital:

Redactor de *El Día*, La Habana, 1912-1918.

Redactor y Secretario de Redacción de *Cuba Contemporánea*, La Habana, 1919-1927.

Redactor fundador de *El Cuarto Poder*, La Habana, 1920.

Secretario de Redacción del *Heraldo de Cuba*, La Habana, 1920-1922.

Redactor de *La Nación*, La Habana, 1920.

Redactor fundador de *El País*, La Habana, 1922.

Redactor fundador de *El Sol*, La Habana, 1923.

Redactor del *Diario de Cuba*, Santiago de Cuba, 1925-1932.

Secretario de Redacción de la *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, 1938-1947.

Gay-Calbó ha vivido la tragedia del intelectual criollo de limpia conciencia y altos principios morales, al que se le cierran por completo, o él es quien las cierra, las puertas de la política, de la enseñanza, del periodismo y hasta la de las profesiones, y se ve forzado a refugiarse en la burocracia para no morir de hambre, ni él ni los suyos. Pero en Gay-Calbó se da el caso, no muy corriente por desgracia, de que la oficina pública no quebranta en lo más mínimo el temple de su carácter ni le hace perder tampoco el entusiasmo por las letras y la cultura, y mucho menos abandona su preocupación patriótica ni deja de adoptar en todo momento la digna e inflexible actitud de inconformidad, de protesta y de rebeldía contra todo aquello que juzgue inaceptable para un hombre honrado y un ciudadano amante de su país. Así lo vemos librar cívicas campañas, desde las páginas, nunca mancilladas por bajezas ni abdicaciones, de *Cuba Contemporánea*, contra vicios y males políticos y sociales, ya en ensayos y monografías, ya a través de acotaciones bibliográficas, que aprovechaba para exponer opiniones contrarias a las que imperaban en el ambiente nacional. Y cuando es presentada en la escena política la tragicomedia de la Reforma Constitucional y Prórroga de Poderes, con el único fin de lograr la continuación en el poder, a espaldas de la voluntad popular, del presidente Gerardo Machado y su camarilla, Gay-Calbó continúa la crítica iniciada desde 1925 en las páginas del *Diario de Cuba*, de Oriente, contra las impurezas del ambiente nacional. Pero no se conforma con ello, sino que, decididamente, acoge la defensa de amigos, familiares, compañeros de logias, perseguidos, encarcelados o amenazados de muerte por los secuaces y esbirros de Machado. Y con sus manos siempre limpias y su conciencia tranquila, Enrique Gay-Calbó libra su subsistencia en diversos cargos oficiales:

Consultor de la Intervención General de la República, 1925-1928.

Secretario de la Unión de Municipios de Cuba, desde 1926.

Consultor Legal de la Secretaría de Estado, 1928-1940.

Secretario de Comisión en la Sexta Conferencia Internacional Americana, La Habana, 1928.

Consultor Diplomático del Ministerio de Estado, desde 1940.

Secretario General Auxiliar del Primer Congreso Interamericano de Municipios, La Habana, 1938.

Director de la Oficina de Publicación de Textos Oficiales del Ministerio de Estado, desde 1939.

Delegado al Congreso Panamericano de Abogados, La Habana, 1941.

Secretario Administrativo del Consejo Nacional de la Orden de Mérito Carlos Manuel de Céspedes, desde 1943 hasta 1955, de la que es Gran Oficial.

Reconoce Gay-Calbó — y de esta síntesis biográfica que acabo de trazar, se desprende lógicamente — que su característica es la constancia, casi la tenacidad, pues a excepción de algunos triunfos inesperados, ha obtenido las cosas la segunda o la tercera vez.

Confío — dice — en lograr todo lo que dependa de mí, de mi esfuerzo, de mi trabajo, de mi aplicación a realizar lo que cada hora requiera . . . He ido abriendo mi camino con muchas dificultades. He sabido lo que es el hambre, lo que es la miseria, carecer de lo indispensable, y he aprendido a vivir sin sentir casi necesidades. Un rincón, un libro, y papel para escribir. Eso sería suficiente.

Como Martí, Gay-Calbó se siente unido a los pobres de la tierra y con ellos identificado.

He vivido — declara — dentro de todos los dramas de la pobreza. He sido un explotado más en el gran crimen social. Como periodista, como escritor, he trabajado en servicio de los miserables como yo. Su necesidad era la mía, la que yo había sentido siempre tan de cerca. Ante un rico explotador ni me he llenado de envidia ni de odio, sino de lástima y de protesta. Las informaciones que hacía con más interés eran la de las huelgas, y los movimientos que más me llamaban la atención eran los sociales.

Examinada en conjunto la obra de Gay-Calbó, sin tener en cuenta su producción inédita — novelas y comedias, principalmente — se descubren en la misma, como notas peculiares, que la determinan y caracterizan, una marcada y cada vez más intensa preocupación por el estudio de los problemas cubanos e interamericanos, del pasado y del presente, y una decisiva preferencia por el cultivo de la historia y la sociología.

Hombre de letras, y a las letras exclusivamente consagrado desde hace años, a través de su accidentada vida de luchador incansable por la conquista del pan nuestro de cada día, y de su propia superación intelectual, y poseedor, a su vez, de un título de doctor en Derecho Civil y en Filosofía y Letras, y de un puesto burocrático de Consultor Diplomático del Ministerio de Estado, el literato por afición y por tem-

peramento, y el jurista por necesidad, han ido siendo desplazados gradual y progresivamente, por el historiador y el sociólogo.

El novelista o el comediógrafo olvida sus manuscritos de años juveniles, considerándolos más como reliquias de pasadas épocas que como material editable, que, en todo caso, nunca daría a luz en su forma primitiva, sino radicalmente modificados en argumentos y personajes, de acuerdo con las actuales orientaciones y preocupaciones del autor. El crítico que en *Cuba Contemporánea* y en otras publicaciones realizó durante años magnífica labor de depuración y selección literarias, ya entonces fué demostrando sus preferencias por el enjuiciamiento de aquellas obras — antítesis de la literatura pura — que le permitían exponer su criterio personal sobre problemas políticos, económicos y sociales, cubanos y americanos, del momento, y levantar también su voz de protesta y condena contra lacras, atropellos, abusos y extralimitaciones de gobernantes nacionales y extranjeros o flagelar indiferencia, apatía o flaqueza cívica de sus pueblos respectivos. El internacionalista, que en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional ofreció brillantísimas conferencias, en ellas bien pronto hizo ver que no era lo abstracto del derecho aplicado a las relaciones entre los Estados lo que despertaba sus desvelos y su atención, sino, preferentemente, la historia de esas relaciones y de los conflictos, de todo orden, provocados por el choque de intereses contrapuestos entre pueblos y gobiernos. Y en sus trabajos sobre problemas constitucionales, más que el jurista, es el sociólogo el que actúa y ofrece soluciones legales a las más urgentes necesidades de la nación en cada momento histórico.

Puede decirse que a través de su variada producción, Gay-Calbó ha ido encontrándose a sí mismo, al historiador y al sociólogo que hay en él por sobre el literato y el jurista. Y a su consagración casi total, presente, por aquellas disciplinas y abandono de éstas, lo ha llevado, sin duda alguna, el hondo sentido de la cubanidad y americanidad que ya dije constituía rasgo preponderante de su temperamento y su carácter.

Para facilitar el brevísimo recorrido que he de hacer por la producción hasta ahora editada de Enrique Gay-Calbó, la dividiré en tres partes, que en realidad pudieran reducirse a dos, ya que he de prescindir de su labor estrictamente literaria.

Dividida queda así su obra en historia de política internacional americana, historia y sociología cubanas y estudios constitucionales. Como

se ve, las dos primeras pueden recibir la clasificación común de estudios históricos.

Me complazco en haber sido causante directo de que Gay-Calbó escribiese su primer trabajo acerca de las relaciones entre ambas Américas, la nuestra, de Bolívar y Martí, y la otra América, la sajona, de Monroe y Clay. Al sugerirme, en 1922, la conveniencia de que la Sociedad Cubana de Derecho Internacional tratase en su reunión anual inmediata el fracaso de la Unión Centroamericana y manifestarme tenía en su poder interesantes datos sobre el asunto, le pedí como secretario que era entonces de aquella Sociedad, fuese él mismo el autor de ese trabajo. Y en efecto escribió y pronunció aquel año su conferencia *La intromisión norteamericana en Centroamérica*, que unida a otros dos trabajos ofrecidos en 1923 y 24 desde la tribuna de aquella asociación — *Centroamérica intervenida* y *Diplomacia interamericana* — constituyen *La América indefensa*, su primer obra aparecida en cuerpo de volumen, en 1925.

Rica en cantidad y calidad es la labor histórica y sociológica del doctor Enrique Gay-Calbó, iniciada en 1913, en Cienfuegos, con un breve ensayo sobre Raimundo Cabrera y la Sociedad Económica, e interrumpida por azares de su vida andariega y de las urgencias del duro bregar por el vivir diario, durante trece años, hasta que, ya establecido en La Habana reinicia su obra histórica con un documentado y vibrante trabajo presentado en 1926 a la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, con el título de *Génesis de la Enmienda Platt*, en el que busca y presenta para conocimiento de la generación cubana contemporánea, las raíces, antecedentes y causas de la imposición por el Gobierno de los Estados Unidos a la Asamblea Constituyente cubana de 1901, de la llamada Enmienda Platt, más tarde Tratado Permanente entre los Estados Unidos y nuestra naciente República, que tan desastrosas consecuencias produjo en la vida y desenvolvimiento interno e internacionales de Cuba, contribuyendo además a crear y mantener la falta de fe y la confianza en el esfuerzo propio, en nuestro pueblo, y un justificado recelo y fundada desconfianza respecto a las intenciones y propósitos en cuanto al futuro de nuestro país se refiere, por los gobernantes de la Unión. En este trabajo, el internacionalista y el historiador armonizan y completan sus respectivas misiones, desbrozando a internacionalistas e historiadores del mañana el camino por la generalidad de unos y otros seguido, de falsedades, lugares comunes y prejuicios y dando a conocer

aspectos trascendentales en el desarrollo de acontecimientos o en la actuación de personalidades norteamericanas, especialmente, y también españolas y cubanas.

Varias biografías menores escribió Gay-Calbó en 1930 y 1936: la de Bartolomé Masó, corresponde a la primera de esas fechas y a la segunda las de *Masones Ilustres*.

La clara visión histórica cubana de Gay-Calbó lo ha llevado al detenido estudio de la figura y la obra de nuestro Félix Varela, cuya esclarecida y relevante personalidad está esperando aún de su pluma el estudio definitivo del gran cubano, el primero igualmente de los intelectuales cubanos que supo comprender y exteriorizar valerosamente la ineludible necesidad que Cuba tenía de acudir a la revolución, que no a la evolución, para conquistar, fuera de la soberanía española, libertad, justicia y civilizadora cultura, para todos sus hijos. Gay-Calbó, puesta la mira en ese estudio definitivo que servirá para que los cubanos puedan apreciar en sus precisos quilates la altísima personalidad del esclarecido habanero, reformador de la Filosofía y del sistema de enseñanza en Cuba, educador, orador, periodista, político y mantenedor, según hemos dicho, de la independencia por la revolución, ha publicado ya cuatro notabilísimos trabajos: *El Ideario político de Varela* (1936), *El Padre Varela en las Cortes españolas de 1822-23* (1937), *Varela revolucionario* (1942); *Varela y "El Habanero"* (1945).

El año 1937 dió a conocer Gay-Calbó, desde las páginas del *Boletín del Archivo Nacional* un valioso epistolario — *Cartas a Francisco Sellén* —, que constituye magnífico aporte documental al esclarecimiento histórico del período que dichas cartas abarcan, de 1891 a 1907, y de la vida de quienes las escribieron, además de la del propio Sellén, Tomás Estrada Palma, Manuel de la Cruz, Nicolás Heredia, José Silverio Jorrín, Aurelia Castillo de González, Enrique Piñeyro, Vidal Morales y Morales y Pedro Santacilia, según destaca certeramente el compilador en el *Proemio* de dicho epistolario.

La conferencia le ha dado ocasión a Gay-Calbó para escribir varias monografías, publicadas después en sendos folletos o recogidas en revistas y otras publicaciones. Así, de 1938 a la fecha ha producido: *Arango y Parreño, ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba*, disertación de clausura de las *Conferencias sobre Habaneros Ilustres*, por mí organizadas, como Historiador de la Ciudad de La Habana y que se celebraron durante los años de 1937 y 1938 en el Palacio Muni-

cial, recogidas posteriormente en los *Cuadernos de Historia Habanera; Heredia, apuntes para un estudio sobre su vida y su obra*, trabajo leído en el acto público que organizado por el Departamento de Cultura Municipal, se celebró en el Anfiteatro Nacional en la noche del 12 de mayo de 1939, con ocasión del centenario de la muerte del gran poeta, y que figura como prólogo de las *Poesías Completas* editadas por la Oficina a mi cargo, como homenaje de la ciudad de La Habana en esa tan destacada efemérides nacional; *Orígenes de la literatura cubana*, ensayo de una muy interesante investigación histórica, en el que Gay-Calbó acomete la meritoria tarea, no realizada hasta entonces por contemporáneos suyos, de “averiguar lo que hemos sido, para deducir lo que debemos ser en la comunidad de los pueblos de nuestra lengua, y en la gran familia humana”, publicado en la revista *Universidad de La Habana*, y editado en folleto en 1939; *El colonialismo y la República*, discurso en la sesión solemne del aniversario de la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País, celebrada el 9 de enero de 1940, y que vio la luz el citado año en la *Revista Bimestre Cubana*, editándose también una separata del mismo; y por último, y como complemento del anterior, su agudo y esclarecedor ensayo histórico crítico, *Colonialismo*, conferencia inicial del ciclo sobre *Los grandes movimientos políticos cubanos en la Colonia y en la República*, ofrecido el año 1943 por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Características relevantes de todos estos trabajos históricos de Enrique Gay-Calbó son: lo acucioso de la investigación, la claridad de la exposición y la imparcialidad y severa serenidad de los juicios y conclusiones, así como sus propósitos, no de vano exhibicionismo de erudición, sino de inmediata y fecunda utilidad para sus compatriotas.

Gay-Calbó ve en la historia de su país fertilísimo campo de enseñanzas que sirvan de remedio y solución a males nacionales del presente y permitan trazar, y seguir, nuevas rutas hacia un mañana más venturoso. En la introducción a su citado trabajo histórico — *Colonialismo* — Gay-Calbó expresa esta inalterable actitud suya de historiador, al explicar:

No quiero exponer dogmas. Yo, al igual que ustedes, hijos la mayor parte de esta tierra, trato de encontrar el sendero que nos llevará al porvenir. Creo que sin conocer el sentido de nuestra historia no le alcanzaremos con facilidad. Y me esfuerzo por ver en el pasado las razones de nuestros problemas y los remedios que sean posibles.

De los estudios de sociología cubana de Gay-Calbó, repartidos en diarios y revistas, sólo he de mencionar, porque lo considero el más notable de todos, *El cubano, avestruz del Trópico*, conferencia dictada el 24 de abril de 1938 en la Institución Hispanocubana de Cultura, y que su autor califica de “tentativa exegética de la imprevisión tradicional cubana”.

En dicho trabajo el doctor Gay-Calbó demuestra, de modo pleno, que el cubano es el avestruz del Trópico, “no es el tragón, ni el corredor, ni el que se agacha, sino el que esconde la cabeza para ignorar el peligro”, porque cierra los ojos y hace que se esconde “para no enterarse de las realidades en torno”, para vivir sin darse cuenta de las innumerables asechanzas que lo rodean, porque “es maestro en hurtarse ante la verdad y en negar su comprensión a lo evidente, a lo inevitable, cuando no le es grato a su vanidad o a su falso sentido de la conveniencia”.

Por obra y desgracia de esta inveterada costumbre criolla, el cubano ha vivido siempre en su tierra precariamente, y jamás se ha ocupado de estudiar el pasado para mejor desenvolverse en el presente y prepararse para el porvenir. Esta preocupación, que ya hemos visto experimenta Gay-Calbó en otros trabajos suyos, es la que lo ha impulsado a escribir este ensayo sociológico, en el que pone al descubierto y flagela males cubanos de todas las épocas, en lo individual y en lo colectivo, y que llega al extremo, que Gay-Calbó señala como la contundente prueba de esa ceguera congénita, y esa contumaz ignorancia, de desconocer que Cuba es una isla. En efecto, toda conducta interna y externa, política, económica y social seguida desde los tiempos coloniales hasta nuestros días republicanos, por los cubanos de todas las épocas — salvo muy raras excepciones de verdaderos estadistas — demuestra que el cubano no se ha dado cuenta de que vive en una isla, de cómo es esta isla y dónde está ella situada, con el trágico resultado de que a los cincuenta y cinco años de república, Cuba no tiene aún ni política comercial, ni marina mercante, y por eso andamos, como andamos, impulsados únicamente en nuestro desenvolvimiento económico, por la casualidad o por la fuerza mayor de las conveniencias políticas y económicas de otras naciones con nosotros relacionadas, España, Estados Unidos e Inglaterra principalmente. Como bien dice Gay-Calbó, Cuba “ha sufrido o gozado de *vacas flacas* y *vacas gordas*, sin la menor intervención de los hombres”. Así, en los períodos de miseria y de crisis, jamás hemos tomado medidas para salir de esas difíciles situaciones y poner remedios a los males

que se padecían; como buenos avestruces, hemos escondido la cabeza, confiando en el mañana, en un mañana de *vacas gordas*. Y cuando este mañana se ha convertido en lluvia de oro, nos hemos entregado de lleno a recoger las relucientes monedas y los lustrosos o mantecosos, pero siempre apetecibles billetes, con la misma indolencia con que nuestros abuelos esperaban que el cielo les deparase la lluvia para llenar sus aljibes y abastecerse de agua.

He insistido sobre el tema desarrollado por Gay-Calbó en ese estudio, porque hemos de encontrar después, al examinar su trabajo de ingreso en la Academia de la Historia las raíces españolas de esa ceguera y el agudo y elocuente contraste que la misma ofrece frente al reconocimiento de las riquísimas e inaprovechables posibilidades que Cuba posee por su condición de isla, por parte de naciones europeas y americanas, revelada esa clara visión en las numerosas tentativas y los reiterados proyectos de adquisición de esta tierra prodigiosa, por algunos de esos países, de lo que Gay-Calbó presenta un ejemplo tan interesante como desconocido en la tentativa de compra a España, en 1838-39, por Bélgica, de la Isla de Pinos.

Hombre de previsiones, pero también de soluciones, Gay-Calbó ha querido llevar a nuestra ley fundamental y a nuestra legislación ordinaria el resultado de sus estudios sobre los males y las necesidades cubanos. Y aprovechando la petición de informes o de conferencias por instituciones cívicas o culturales o por logias masónicas, recogió en un volumen en 1936, diversos trabajos sobre materia constitucional en tales ocasiones redactados, con el título común de *Nuestro problema constitucional*. Y posteriormente ha publicado: *El momento constitucional*. *Las constituciones del mundo y la futura constitución cubana* (1937); y *Ciudadanía y extranjería* (1937).

Fáltame tan sólo recoger aquellos trabajos no citados anteriormente, en preparación o en vías de publicación, de Gay-Calbó: *Historia de Cuba para niños*, libro de lectura escolar; *Escritores cubanos*, obra ya terminada y publicada en revistas; *Hombres de Cuba*, biografías; y *Martí americanista*, conferencia pronunciada en el Ciclo de conferencias martistas, organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Varias son las asociaciones de carácter cívico y cultural a que Gay-Calbó ha pertenecido, de algunas de las cuales fué su fundador. Hoy figura en las directivas de los Amigos de la Biblioteca Nacional (pre-

sidente en 1940); Asociación Bibliográfica Cultural de Cuba (presidente en 1941), Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros; Asociación de Repórters de La Habana; Junta Nacional de Arqueología y Etnología.

Mi amistad con Enrique Gay-Calbó se inicia en la redacción de la revista *Cuba Contemporánea*.

Recuerdo que en el mes de diciembre de 1912 y en la *Revista Jurídica* que entonces se editaba en esta capital, anuncié así, la próxima publicación de la revista *Cuba Contemporánea*:

El día primero de enero del próximo año de 1913 verá la luz pública en esta ciudad una nueva revista mensual, *Cuba Contemporánea*, que será redactada por un grupo de escritores jóvenes y animosos, patriotas sinceros, entusiastas y valientes propagandistas y defensores de la verdad y de la justicia: Carlos de Velasco, Julio Villoldo, Mario Guiral Moreno, José Sixto de Sola, Max Henríquez Ureña y Ricardo Sarabasa.

Hace tiempo, desde que murieron aquellas inolvidables revistas de Cortina y Varona, la *Revista de Cuba* y la *Revista Cubana*, venimos notando la falta de una publicación genuinamente cubana, donde pudiesen tratarse con entera libertad, sin trabas de ninguna clase y con la extensión necesaria, nuestros problemas políticos, sociales, administrativos, literarios y cualesquiera otros que por su importancia y trascendencia afecten de manera más o menos directa, la vida y el progreso de nuestra patria.

Y este vacío lo llenará *Cuba Contemporánea*. Sus páginas, declaran los directores en el prospecto que han repartido, “quedan abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno, y sin otra limitación que la impuesta por el respeto a las opiniones ajenas, a las personas y a la sociedad, sin más requisitos que los exigidos por las reglas del buen decir”.

Las tres notas características — para mí — de esta nueva publicación, y por las que merece que todos los cubanos de buena voluntad le prestemos nuestro apoyo, franco y decidido, son: su cubanismo; el que sus redactores son hombres jóvenes, de amplio criterio; y el que mantendrá ideas nuevas y progresistas.

Y no podía aparecer esta revista en momentos más oportunos. Nuestra patria, necesitada siempre del esfuerzo de todos sus hijos, pide y reclama hoy que entren en la lucha, especialmente, aquellos que ya por rectitud de principios y pureza de corazón, ya por no haberse contaminado en ese medio amoral que padecemos, puedan, no solamente de palabra, sino con el ejemplo de su vida, predicar y defender la verdad, la justicia y la honradez. Hora es ya

que prescindamos un poco de nuestras conveniencias particulares, para pensar en algo más elevado y necesario para todos: el bien y la conservación de la nacionalidad. Nuestra juventud es la llamada a dar el ejemplo.

Los redactores de *Cuba Contemporánea* han puesto la primera piedra en esa gran obra de reconstrucción en la que todos estamos obligados a cooperar.

En esas palabras más de 1912 están expresados los propósitos, la necesidad y la oportunidad de la publicación de *Cuba Contemporánea*.

Al llamamiento que a los intelectuales cubanos hizo desde la *Sociedad de Conferencias*, en 1910, Jesús Castellanos, recordándoles el deber en que estaban de asociarse y laborar por el progreso y engrandecimiento de la patria, contestaron "¡presente!", los primeros, Velasco, Villoldo, Guiral, Sarabasa y Henríquez Ureña, y se lanzaron a la lucha, no con fines preferentemente culturales, como persiguió la *Sociedad de Conferencias*, sino con marcado interés político y social. Al enumerar, en el programa que encabezó el primer número, los asuntos que de modo especial ocuparían sus páginas, señalaban: "en particular, expresa dedicación al estudio de nuestros problemas en lo administrativo, en lo político, en lo moral y social, en lo económico, en lo religioso". Y más adelante, refiriéndose a "la parte puramente literaria y artística", declaraban que "merecerá también especial atención, puesto que las manifestaciones de las letras y de las artes son muy alto exponente del grado de cultura de los pueblos".

Era, pues, como claramente se ve, el estudio y crítica de los problemas políticos y sociales lo que los lanzaba a la lucha. Y para reafirmarlos aún más en sus propósitos, Enrique José Varona, en carta que les dirigió, y fué publicada en el primer número, felicitándolos y alentándolos por la obra que iban a emprender, les señalaba, expresamente, como los problemas que debían estudiar, por encima de todos los demás, los políticos sociales:

Clamen para que se despierte la conciencia nacional adormecida. Señalen lo que hemos hecho del sufragio. Combatan sin tregua ese subterfugio criminal, que presume considerar lícito en la vida pública lo que se estima vitando en la privada. Repitan que es tan falsa una falsedad en el colegio electoral, como en una escritura ante el notario. Pongan de manifiesto que no sirve para manejar los intereses colectivos aquel a quien un hombre previsor no confiaría sus intereses personales. Digan en todos los tonos que

no es la función del gobierno fomentar parásitos, sino mantener abiertas, y sin obstáculos, las vías del trabajo, que llevan a la prosperidad y al engrandecimiento de la patria.

Y consciente, como estuvo siempre el venerable patricio, de las necesidades de nuestra patria, les recomendaba a los redactores de *Cuba Contemporánea*, que “después que hayan ustedes cumplido con este deber supremo, pueden y deben estudiar todos los otros aspectos de nuestra vida colectiva”.

¡El maestro Varona pensaba en 1912, como antes, después y siempre, que los intelectuales, primero que literatos y artistas, deben ser ciudadanos y hombres!

¡No estaba yo, pues, equivocado al mantener siempre ese criterio, fustigando a muchos intelectuales que se han calificado a sí mismos de *izquierda*, de *vanguardia*, *nuevos*, y se desinteresan de los problemas políticos y sociales de su patria y de la humanidad, o se incorporan, vendidos o sometidos, al capitalismo, al despotismo y hasta a todos los prejuicios y convencionalismos religiosos, civiles y *sociales* de la pseudo clase alta o aristocrática, sirviéndoles su vanguardismo o izquierdismo puramente artístico, de *pose* o pantalla con las que tratan de cubrir o disimular, hipócritamente, su conservadorismo y mercantilismo!

Era época difícil la que la República atravesaba cuando vió la luz *Cuba Contemporánea*. Acabábamos de pasar por la primera burla que entre nosotros se hizo del sufragio universal. El continuismo en el poder, que tantos males ha acarreado a la patria, hizo entonces su aparición, trayéndonos una revolución y una intervención extranjera, que fué *modelo* y *ejemplo* de inmoralidades de todo orden y sembró en la República la semilla de la corrupción administrativa.

Contra todos estos males, que Varona señalaba, acometieron “sin pasión, pero con firmeza”, los redactores de *Cuba Contemporánea*.

Al celebrar la revista su primer aniversario, pudo en justicia decirles Varona: “*Cuba Contemporánea* cumple con creces sus ofertas. Sus jóvenes redactores merecen bien de la patria”.

La muerte, el 6 de febrero de 1916, de José Sixto de Sola, el caballero sin miedo y sin tacha, heraldo y Quijote del decoro nacional, si fué pérdida sensible para la revista, no por eso hizo flaquear a sus restantes fundadores en la obra empeñada. En un artículo necrológico, Carlos de Velasco declaró – y así lo cumplieron todos:

Si tú caíste, nosotros no te olvidaremos; tu recuerdo nos unirá más y hará que las filas se estrechen y los corazones se sientan latir más al unísono. El tuyo no late ya, pero tu espíritu, tu grande y noble espíritu, flota en nuestro ambiente y nos conforta, nos alienta y nos infunde nuevos bríos.

De José Sixto de Sola, al que me unieron lazos estrechos de amistad, ha quedado, compilación de su corta pero fecunda obra escrita, el libro *Pensando en Cuba*, y en los que lo conocieron y trataron, el recuerdo imborrable de un noble corazón, una clara inteligencia y una vida sencilla y limpia, consagrada, como dijo José A. González Lanuza, "a avivar entre nosotros el espíritu nacional y de ayudarlo, no por el camino de un mezquino y ridículo nacionalismo, sino por nobles propósitos y levantadas ideas".

En 1919 entraron a formar parte del cuerpo de redacción de la revista, Dulce María Borrero de Luján, Alfonso Hernández Catá, Luis Rodríguez Embil, José Antonio Ramos, Francisco G. del Valle, Bernardo G. Barros, Enrique Gay-Calbó, Juan C. Zamora, Ernesto Dihigo, prestigiosas figuras de la joven intelectualidad cubana.

En 1921, al abandonar la República para establecer su residencia en París, Carlos de Velasco, se hizo cargo de la dirección de la revista Mario Guiral Moreno.

En enero de 1923 tuve el honor de ser llamado a compartir las tareas periodísticas, como redactor, y a sumarme, dentro del grupo, a la obra que éste venía realizando y con la que estuve desde sus inicios identificado en sus líneas generales.

En octubre de ese mismo año ingresaron como colaboradores José María Chacón, Arturo Montori y se dieron de baja los señores Zamora y Dihigo.

En 20 de mayo de 1922 murió Bernardo G. Barros, y en 1º de febrero de 1923, en París, Carlos de Velasco.

Con el número de agosto de 1927 suspendió *Cuba Contemporánea* indefinidamente su publicación, por "motivos poderosos, de orden económico principalmente", después de quince años de ininterrumpida labor, y 176 números que forman cuarenta y cuatro volúmenes de más de trescientas páginas cada uno.

Durante esos quince años fué la revista *Cuba Contemporánea* heraldo de nacionalismo y tribuna siempre abierta en defensa de la libertad y la justicia, no sólo para Cuba, sino también para la América y el

mundo entero. Como antes de 1913 se guardaban avaramente por nuestros hombres de letra, amantes de cuanto a Cuba se refiriera, las colecciones de la *Revista Cubana*, de Varona, y las *Hojas Literarias*, de Sanguily, ahora, también, se busca, para conservarla como joya bibliográfica y consultarla como fuente valiosísima de información sobre la vida política e intelectual cubana durante quince años de República, la colección de los XLIV volúmenes de *Cuba Contemporánea*.

Según sus fundadores se propusieron, fué *Cuba Contemporánea* una publicación político-social, preferentemente, en la que se plantearon, estudiaron y criticaron, "sin temores femeniles ni vacilaciones cobardes", cuantos problemas de interés nacional afectaban a Cuba. No hay firma cubana prestigiosa que no aparezca colaborando en *Cuba Contemporánea*. Y lo mismo podemos decir de las hispanoamericanas.

Con dignidad y decoro, arrió en 1927 el grupo de *Cuba Contemporánea* la bandera que había izado en 1913, y en la cual vemos escrito como símbolo de sus propósitos e ideales y síntesis de toda la obra realizada, esta palabra: *cubanismo*.

Es preciso, escribió Velasco en 1915, más que preciso indispensable si queremos salvarnos como conjunto étnico, *cubanizar* a Cuba, porque ya el sentimiento cubano, aquél de los varones de 1868, parece haberse perdido; y si no se ha perdido, los que aún lo conservan son pocos y no tienen ya fuerzas para inculcarlo.

Y José Sixto de Sola dejó expresado en su testamento, en esa cláusula en que generalmente se habla de la religión del testador:

Soy librepensador; pero también tengo mi culto, y éste consiste, perdónenme los que leyeren si lo encuentran distinto de sus ideas, en la adoración que profeso a mi patria, a mi Cuba idolatrada, cuyo engrandecimiento y cuya independencia, cada vez mayor y cada vez más absoluta, constituyen mi sueño más querido.

Ese *cubanismo* de Velasco y Sola, consciente y razonador, limpio de interesados propósitos mercantilistas, de ojos abiertos para ver los males y defectos y de pluma siempre dispuesta para el estudio y la crítica, fué el que animó en todo momento a los fundadores y redactores de *Cuba Contemporánea*. *Cubanismo*, fué su bandera; *cubanísima*, fué su obra.

Porque esa fué la obra realizada por *Cuba Contemporánea*, cuando en 1927 suspendió su publicación, escribí en la revista *Social* estas líneas de dolorosa despedida a ese órgano periodístico, defensor en la República de los principios e ideales de la Revolución Libertadora cubana:

Cuba Contemporánea, la notabilísima revista que hace quince años fundaron en esta ciudad Carlos de Velasco, Julio Villoldo, Mario Guiral Moreno, José Sixto de Sola, Max Henríquez Ureña y Ricardo Sarabasa, y que desde entonces se vino publicando periódicamente hasta hace cerca de un año en que empezó a sufrir intermitencias o retrasos en su salida, ha suspendido indefinidamente su publicación, por "motivos poderosos de orden económico, principalmente", según declara su director en la nota de despedida que aparece en el último número.

Unido por vínculos estrechos de amistad y compañerismo a los redactores de *Cuba Contemporánea*, colaborador que de la misma he sido a través de varios de sus 176 números, no pudo menos que impresionarme dolorosamente esa resolución que se han visto obligados a tomar sus directores.

Cuba Contemporánea, aparte el mérito de muchísimos de los trabajos que guardan sus páginas, representa en nuestra vida intelectual uno de los esfuerzos más nobles, limpios y desinteresados en pro de nuestro progreso cultural, habiendo sido, además, heraldo de nacionalismo y tribuna siempre abierta en defensa de la libertad y la justicia, no sólo para Cuba sino también para la América y el mundo entero.

Después de dedicar sentido recuerdo a la memoria de dos de sus fundadores, hace algunos años desaparecidos, Carlos de Velasco y José Sixto de Sola y a uno de sus redactores muerto también, Bernardo G. Barros, cumplo un deber de justicia, de amistad y compañerismo, correspondiendo al saludo de despedida que sus actuales redactores hacen al suspender la publicación de la revista, expresándoles mi pena, sincera y profunda, por esa lamentable resolución que se han visto obligados a tomar, y que interrumpe, ojalá no sea definitivamente, la nobilísima labor patriótica y cultural que durante quince años realizaron generosamente sin más protección y auxilio que la del corto número de sus lectores y sus escasos anunciantes, pero con la satisfacción intensa que deben tener del deber cumplido y la limpieza de corazón que inspiró todos sus actos. Ahora, que hacen un alto en su obra, volviendo la vista hacia atrás, pueden los redactores de *Cuba Contemporánea* tener la conciencia tranquila porque jamás se apartaron del recto camino ni sus manos se mancharon ni sus plumas se esclavizaron con el oro de las esferas oficiales.

Amigos y compañeros. Que vuestro ¡adiós! sea un ¡hasta luego!

En *Cuba Contemporánea* Gay-Calbó redactó la sección bibliográfica de la revista, desde 1919 hasta 1927, y publicó, además los siguientes trabajos:

La lectura popular: conveniencia de estimularla, depurándola; Nuestra primera Escuela Nueva; Libertad de pensamiento; Escritores jóvenes de Cuba: Ramón S. Varona; La intromisión norteamericana en Centro América; "La fuente sonora", de Ciana Valdés Roig; Ofrenda póstuma a la memoria de Carlos de Velasco; Centroamérica intervenida; Crónica internacional americana: la Quinta Conferencia Panamericana; Diplomacia interamericana; Cuba no es un Estado cliente; Génesis de la Enmienda Platt; ¿Una confederación centroamericana?; La Revolución cubana tuvo orientaciones jurídicas; y varias traducciones.

En las dos instituciones de carácter histórico cultural, dirigidas por mí desde su fundación — la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales — Enrique Gay-Calbó ha colaborado, en todo momento, entusiasta y eficientísimamente.

Mis actividades, en la primera de ellas comenzaron hace veinte años, al ser designado en primero de junio de 1935 por el Alcalde Dr. Guillermo Belt, Historiador de la Ciudad de La Habana.

La segunda fué fundada el 25 de junio de 1940, a iniciativa mía, por un grupo de compañeros y amigos que desde hacía años, veníamos laborando en las investigaciones y estudios históricos, cubanos en particular, e hispanoamericanos en general, y en su primera Junta Directiva figuró, como vocal, Gay-Calbó. En 1950 fué elegido Secretario, y actualmente desempeña el cargo de Director.

Las conferencias ofrecidas por el Dr. Enrique Gay-Calbó en actos celebrados por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, son las siguientes:

Exploración y conquista de Cuba.

Los últimos tiempos del 95 y la Guerra Hispano-cubanoamericana.

(En el Curso de Introducción a la Historia de Cuba, 1938).

Arango y Parreño. Ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba.

(En Conferencias de Historia Habanera. Primera serie: Habaneros Ilustres, 1938).

Piñeyro, historiador y fundador. Notas sobre el centenario.

(En Homenaje de la Ciudad de La Habana a Enrique Piñeyro en el Centenario de su nacimiento, 1939).

Colonialismo.

(En Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia, 1943).

Varela revolucionario.

(En Vida y Pensamiento de Félix Varela, 1944).

Asamblea y Constitución de Jimaguayú.

(En El Cincuentenario del 95, 1945).

Diego Vicente Tejera.

(En homenaje del Municipio de La Habana al ilustre patriota Diego Vicente Tejera en el centenario de su nacimiento, 1948).

Los Emigrados Cubanos en los Estados Unidos. (1848-1849).

(En Los primeros movimientos revolucionarios del General Narciso López, 1950).

Prólogo a la obra José Martí. Cubanos.

(En Colección del centenario de Martí, 1953).

Ha participado activamente en los doce Congresos Nacionales de Historia organizados por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, presentando en ellos estos trabajos:

En el Primero: *El General Serrano en Cuba.*

En el Tercero: *Breve Historia de Cuba.*

En el Cuarto: *La enseñanza de la Historia de América en España.*

En el Quinto: *Defensa de los archivos de los municipios y registros; y Sobre historia local.*

En el Séptimo: *Cuba al terminar la Guerra de Independencia.*

En el Octavo: *La Bandera Nacional en la Historia de Cuba.*

En el Décimo: *Hispanismo y Coloniaje; y Moción de protesta contra la sustitución de la expresión "período colonial" por la de "período hispánico" en los textos de Historia de América.*

En el Undécimo: *Revolución de señores y de pueblo. La Guerra de los Diez Años; y Centenario del nacimiento de Nicolás Heredia.*

En el Duodécimo: *En los finales de la Guerra de Independencia. Recuerdos de la niñez.*

Esa fraternal amistad con Enrique Gay-Calbó, iniciada en 1919, se ha mantenido inalterable hasta hoy, consolidada por la identificación en principios e ideales sobre los problemas políticos, sociales, económi-

cos y religiosos de Cuba y de nuestra América; por la común defensa de la libertad, la justicia, la igualdad, la democracia y la cultura para los seres humanos, sin discriminaciones de sexo, color y nacionalidad; y por ello hemos luchado, tesoneramente, en unión de los demás compañeros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, en el libro, el folleto, la prensa y la tribuna y en los doce Congresos Nacionales de Historia organizados por dicha Sociedad y celebrados en distintas localidades de la República, y nos proponemos todos continuar esa pelea, sin tregua ni descanso, mientras haya una necesidad por resolver y una injusticia por reparar.



EL CINCUENTENARIO DE MI PRIMER ARTICULO

Acabo de recibir la fotocopia de mi primer artículo, que apareció el 20 de noviembre de 1907 en el periódico *La Independencia*, el más importante entonces de Santiago de Cuba, la muy amada e inolvidable ciudad. Debajo está mi firma, y luego la fecha en que lo escribí, el 15 de noviembre.

Es una producción de carácter literario y trata de *Un Libro de Cabal*.

El poeta y periodista asturiano, que usaba el pseudónimo de *Eneas*, al casarse con la poetisa cubana Mercedes Valero publicó un bello volumen de versos con el título *Del amor*.

Yo hice de ese libro el tema del artículo que es el primero publicado con mi nombre.

La obtención de la fotocopia la debo al fraternal compañero Rafael G. Argilagos, quien pudo realizar mis deseos por la buena disposición del actual dueño de la colección de *La Independencia*, el amigo de entonces Falstaff Arroyo Ramos, quien con su hermano José fue el último editor de aquel querido periódico.

Voy a recordar esos tiempos.

En noviembre de 1907 acababa de cumplir los diez y ocho años. Desde hacía cuatro escribía cosas sensibleras, del todo infantiles, como las novelas que devoraba por los rincones en los pocos ratos de asueto de mi duro trajinar. Empecé por una novelita a que puse el título de *Blanca* y que felizmente desapareció no sé dónde. Llené cuadernillos del papel español de Guarro, que ya no se encuentra en Cuba, también afortunadamente perdidos. Naufragaron de ese modo graves crímenes poéticos y literarios en que el autor lloraba sus penas y cantaba sus amores y sus sueños.

Pero no eran ejercicios inútiles.

Cerca de los quince años hice amistad con un joven algo mayor cuya influencia fué decisiva para la orientación de mis lecturas. Era

Martín del Torno Aparicio, puertorriqueño y bachiller asturiano, hombre de una sólida cultura clásica y de fuerte personalidad.

Lo conocí en la tienda de víveres de unos paisanos suyos en cuyas habitaciones interiores se hospedaba.

Interesante y curioso mundillo semi intelectual y medio bohemio el de aquel establecimiento. Los dueños se llamaban Santiago López y Bartolomé Martínez, y ambos eran bastante aficionados a leer y tenían gran satisfacción cuando Martín conversaba o discutía sobre alguna obra o autor. Bartolomé, sobre todo, hacía décimas de una ingenuidad emocionante en que a ratos vertía ideas y sentimientos que sólo requerían más literaria expresión.

Martín tenía la cara irregular, en forma de triángulo, y era algo menos que mediana su estatura. Se bamboleaba un poco al andar, como llevado su cuerpo a impulsos de la cabeza grande en demasía. Y no causaba mala impresión el conjunto de irregularidades físicas, porque había en él como un hálito de nobleza que lo hacía grato y respetable.

Era uno de los talentos más completos y extraordinarios que he conocido. De haberse publicado sus obras, hoy sería uno de los mejores prosistas castellanos. Había tenido la paciencia de copiar, con su letra redonda y clara, cuanto escribió durante su vida. Once volúmenes de crónicas, ensayos filosóficos, cuentos, artículos y una novela de Asturias que llamó *Fernando Castañares*, quedaron hechos cenizas en el incendio del Centro Asturiano, en donde Martín ocupaba la vice secretaría de la institución.

Fue gran tragedia para aquel espíritu sensible, que nada volvió a escribir desde entonces.

Si Martín hablaba en las tertulias de la tienda, todos nos convertíamos en oyentes ávidos de sus ideas y de sus palabras tan bien dichas. Porque era un orador que convencía e iluminaba. Y además derramaba razones de amor y de justicia. A pesar de su educación en absoluto española, pues si nació en Puerto Rico vivió toda la niñez y la juventud en Llanes y Oviedo, no era de los que se aferraban a los errores coloniales ni desconocían el derecho de los pueblos a la libertad. Venía limpio de enconos, de prejuicios, y jamás se le advirtió una reticencia al examinar los hechos históricos que todos habíamos vivido. No eludía la disección de esos hechos, y daba a cada uno lo suyo. Tal vez su carácter franco, directo, de fiereza casi salvaje, le suscitó más de

un enemigo. Envidia principalmente, porque no era fácil estar a su altura. Es probable que en su mayor parte quienes lo conocieron ignoraran la valía de aquel hombre singular, porque su hurañez le hacía ocultar y rehuir su intimidad. Así pasó entre sus semejantes como un gran desconocido.

Pero Martín se expansionaba, era otro, en el grupo de sus compañeros y amigos de Santiago de Cuba. Y para mí fue guía y mentor. Mi total incultura de los años mozos se abrió hacia horizontes inesperados. Leí entonces con alguna preferencia otra clase de obras. Conocí a Galdós, a Leopoldo Alas, a la Pardo Bazán. Y a Cervantes. Pude adquirir uno de los volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles, edición de Rivadeneyra, con el *Quijote* y demás producciones del inmortal autor. Como yo hacía también versos, lo que complacía a Martín, compré el *Diccionario de la rima*, de Eduardo Benot, el *Arte de escribir en prosa y verso*, de Gómez Hermosilla, *Literatura*, de Mario Méndez Bejarano, un prontuario de retórica, de aquel gran cubano que se llamó Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, y novelas de Zamacois, de Palacio Valdés, de Juan Valera. Asistí con más frecuencia a la biblioteca municipal fundada por el prócer don Emilio Bacardí. Era lector desordenado y sempiterno. Martín se esforzaba en poner método y aclarar dudas e incomprendiones. No había dificultades para él en el idioma castellano, porque lo estudió en sus orígenes del latín y el griego. El francés le era también familiar desde el bachillerato humanístico de Oviedo.

Una tarde oí a Martín una disertación en tono menor sobre el *Quijote*. Y de pronto nos dijo:

— Ni Juan Montalvo, el insigne ecuatoriano, ni Cervantes, describieron en uno de sus capítulos la visita de don Quijote a una de las escuelas de los campos en aquellos tiempos.

Agregó que era una lástima, porque así habría quedado para la posteridad la impresión de lo que en medio de las campiñas manchegas, o catalanas, era entonces una escuela, con su maestro humilde, medio aldeano y labriego, desasnador de imberbes, consejero y a ratos confesor, con sus arrapiezos desnutridos, tocados de travesura o de bondad infantil.

Creo que él llegó a escribir ese capítulo, hecho al fin pavesas con lo demás de su obra. Y debió ser una evocadora y magnífica reconstrucción de viejas costumbres hispanas, en que demostraría su imaginación y su cultura.

A las fechas de mi encuentro con Martín del Torno era yo mensajero de un banco local. Tenía a mi cargo, entre otras cosas, la obligación de poner los gomígrafos en los talonarios, atender a los libros copiadores de cartas y llevar y traer los impresos. En las gavetas de la pequeña mesa donde trabajaba había siempre un libro, que leía a ratos, cuando los menesteres lo permitían. Me proveía de libros en un puesto de la plaza del mercado cuyo dueño y único dependiente era un anciano español llamado don Emilio de la Peña, quien según sus palabras había sido periodista en Madrid durante sus lejanas mocedades. Aseguraba que había conocido allí al famoso don Manuel Fernández y González, y hasta que le había escrito y vendido una de las novelas que no obstante su fecundidad sin duda no pudo escribir totalmente en la profusión que se le atribuye. Don Emilio de la Peña tenía en sus escaparates libros de Fernández y González, y de ser cierto lo que decía, con toda seguridad habría dado a los lectores la novela de su juventud. Se tiene por averiguado que el bien cotizado novelista adquiría los manuscritos de los principiantes, y les daba su forma al dictar los incabables relatos a sus numerosos amanuenses simultáneos.

Aquel viejo vendedor de libros sabía la preferencia de sus clientes y les reservaba los que creía más de su agrado. Aún conservo algunos, como las obras de Cervantes y un bello álbum de Roma, grabado en acero, impreso en 1843. Así se llenó mi cajón de libros con obras de Calderón, Lope de Vega, Revilla, y Maupassant, Zola, Daudet, Enrique Piñeyro, Víctor Hugo, Flaubert, Gautier, Larra. Muchos otros.

La afición a la lectura me hizo escribir. La novelita *Blanca* y un cuaderno de memorias infantiles fueron las primeras tentativas, según mis recuerdos. Hice unos apuntes cronológicos de mi niñez y de las impresiones que perduraban como si hubiera acabado de sentirlos. Nada de eso está hoy en mi poder, ni sé cuándo se esfumaron mis cuartillas.

Vivía yo en casa de los familiares de mi madre, ya muerta, de la buena tía Carmen, abnegada y cariñosa, que pasó por el mundo para amar a todos y aceptó con maravillosa conformidad tanto las pocas bienandanzas como los continuos dolores de la vida. Muertos mis padres, su hogar pobre había sido refugio para mí y mis dos hermanos mayores, y allí compartía lo que cada día iba proporcionando. Vino al fin la dispersión de unos y de otros, pero no la pérdida del afecto y la solidaridad de grupo.

También se fue disolviendo la tertulia de la tienda de víveres con el traslado a otro barrio de la ciudad. Pero mis entrevistas con Martín siguieron, y fue entonces que llegó el libro de Constantino Cabal.

Ya tenía yo amistad con algunos periodistas, entre ellos Bernardo Callejas, diarista de combate, viejo amigo de mi familia, y otros que publicaban revistas de poca duración. Así pude relacionarme con los de *La Independencia*. No olvidaré el día en que entregué el artículo a uno de ellos, que se llamaba Emilio Gutiérrez. Creí que le disgustaría mi letra de principiante y que me devolvería los papeles sin poner en ellos mucha atención. Pero no, y siempre le he agradecido el interés con que recibió el manojó de cuartillas y su mirada de complacencia. Después entró en el despacho del director y volvió sonriente. Estaba aceptado el artículo.

El director era Alberto Duboy, como escribían él y los hermanos su apellido, ilustre por historial propio en la Guerra de Independencia.

No recuerdo si en esa ocasión, o en otra, me llevó Gutiérrez ante Duboy, y ya era a éste a quien entregaba después mis trabajos. Porque me convertí en un colaborador asiduo de *La Independencia*. Artículos, cuentos, crónicas, traducciones del catalán, idioma que me entusiasmó siempre a causa de la magnitud de sus escritores, de *estatura continental*, como dijo de ellos José Manuel Poveda al conocerlos por mis versiones.

Un día llevé un corto y bello trabajo de Martín, de tono más bien filosófico que literario, y también fue publicado. Se titulaba *A libro abierto*.

Tiene significación y relieve la evolución de las ideas de un hombre al relacionarse con los demás. Yo había presenciado en la niñez casi todo lo que de la guerra fue posible ver a mis cortos años. Mi ilustrado padre, ya fallecido antes de mi adolescencia, no tuvo tiempo de orientarme, como lo habría realizado de estar junto a nosotros. Luego, apremiado por la urgencia de trabajar en cuanto se presentara, para vivir, las aulas quedaron excluidas de mi horizonte. En las lecturas de las novelas hay posibilidad de conocer las injusticias sociales, las miserias, pero en ocasiones la trama distrae la atención y la tesis o la enseñanza pasan a un plano inferior. Sin embargo, los desniveles que conducen al hambre, ya se produzcan en las novelas o en la vida, originan surcos de dramatismo inolvidable.

Los tiempos eran de transición. Aunque sea repetir lo que otros han dicho con sociológica ciencia y competencia indiscutida, no es peculancia hacer un ligero esbozo de la vida social en los comienzos de la independencia.

Se ha de tener presente que del resto de la gran opulencia cubana quedaban sólo vestigios al finalizar la guerra. Muchos de los libertadores, dueños de fincas antes de lanzarse al campo, al volver se encontraron en ruinas o les habían confiscado y vendido sus tierras y propiedades. Reclamar éstas era intento de soñadores, porque en las cláusulas de la paz no intervinieron los cubanos, y uno de los artículos de aquel documento dejaba a los confiscadores y compradores el derecho a que no se les molestara en el disfrute de sus riquezas. Y los que en realidad habían traído la victoria tuvieron que aceptar cualquier trabajo para subsistir y atender a las familias abandonadas. Así hubo señores de instrucción superior, adquirida en universidades europeas, que ejercieron los oficios más rudos, según se demuestra con la veracidad de las cifras numéricas en el censo del año 1899. Para la mayor parte de ellos debió presentarse al fin la oportunidad de otros acomodos en el transcurso de los días y los años.

Quienes no encontraron acaso mejores medios de vida que los de ocupaciones asalariadas fueron los de las clases campesinas y los que antes formaban la capa media de la sociedad.

Para estos últimos no hubo más escapatoria que la de ser jornaleros, y tal cosa pasaba en un país asolado por la guerra, sin industrias, sin organización financiera y comercial, en que se liquidaba un régimen de siglos y no se sabía con certidumbre lo que implantaría la voluntad extranjera poderosa. Tampoco existía la regulación del trabajo. Tanto los salarios como los días y horas de labor los fijaban los empresarios libremente y sin preocuparse de la falta de operarios, que en gran número permanecían ociosos a su pesar. En los comercios de todas clases continuaba la costumbre de emplear a sobrinos y paisanos de los dueños.

Los cubanos de todas las procedencias debían ser sólo campesinos o menestrales, braceros, mineros, a destajo y a merced de quienes los contrataban.

Como persistía el sistema y los incipientes partidos políticos demostraron pronto su indiferencia por esos asuntos, lo que venía a dar la razón al gran poeta y sociólogo Diego Vicente Tejera, fue necesario

acudir a la creación de un organismo que agrupara a los trabajadores. Entonces nació la Liga Obrera de Oriente, que tuvo como uno de los jefes más activos en Santiago de Cuba al teniente coronel del Ejército Libertador Rafael Gutiérrez, orador de palabra castiza, directa y fogosa que sabía encontrar los puntos más sensibles sobre los problemas humanos. La Liga publicaba un periódico pequeño, de ocho páginas, todo él dedicado a las cuestiones sociales. Su título, *El Hombre Libre*, bastaba para su identificación.

A esos empeños se incorporó Martín del Torno, quien poco antes se había unido a unos diez o doce trabajadores puertorriqueños que arrendaron una finca cercana a la ciudad, para hacer carbón vegetal y sembrar frutos menores. Sabía por experiencia y dolor propios lo que se pedía en esta oportunidad. Por eso fue Martín uno de los oradores más buscados y oídos en las reuniones de la Liga.

La primera vez causó expectación verlo situarse en el centro de la sala, sin tribuna, poner las manos sobre el espaldar de una silla y romper a hablar. Aquello parecía un desbordamiento de palabras con un hondo sentido, con una espontaneidad y novedad sorprendentes. A los pocos momentos se había olvidado su fuerte pronunciación asturiana y su figura, para beber con avidez las ideas claras y los conceptos firmes de un orador que descubría mundos de verdad e indicaba a sus compañeros la única solución para sus graves y vitales angustias. Su pensamiento fundamental giraba alrededor de la necesidad ineludible de unión de los trabajadores. Si hablaba de historia, de luchas en el pasado, era un obrero más que fuera también maestro y sabía el modo de hacerse comprender por los obreros. No como un erudito fatigoso ni hombre de biblioteca y de estudios rancios y prestados.

A pesar de que luego pronunció su acostumbrada arenga, vibrante y encendida, el vehemente orador de barricada Marcelino Herrero, y de que cerró el acto con elocuencia Rafael Gutiérrez, el discurso de Martín del Torno se ganó la totalidad de los comentarios.

Yo acompañé a Martín en esas aventuras, y juntos estuvimos en las tumultuosas asambleas municipales de la Liga. No pocos acuerdos de trascendencia fueron adoptados por nuestro tesón.

La colección de *El Hombre Libre* tiene algunos de los trabajos de Martín, en que está expresada su ideología de individuo que en cualquier parte se siente elemento integrante de la misma Humanidad.

Maestro de sinceridades, de amor por la belleza y la bondad, fue de gran valor para mí en mis días de formación.

Lo veía escribir con una facilidad y rapidez que me asombraban. Parecía que los párrafos le brotaban ya pulidos, porque raras veces hacía tachaduras. No tomaba notas, ni consultaba libros, y eran exactas y seguras sus referencias. Su poder de evocación de paisajes, sucesos y personas era admirable. Ponia amenidad en cuanto escribía.

Otro de sus artículos en *La Independencia* fue *Chimeneas sin humo*, en que anotó sus reflexiones acerca de los ingenios de azúcar abandonados o sin molienda. La guerra destructora había pasado por allí y no era llegada todavía la oportunidad de hacer producir otra vez a los fértiles campos sometidos a inactividad forzosa.

Cuando trabajaba en la finca con sus paisanos le gustaba salir los domingos por los intrincados y abruptos montes de la provincia. Escopeta al hombro, el cuchillo en la cintura, una botella de agua y algunas provisiones de merienda, echaba a andar por trillos y veredas, por riscos y escarpas, en callada y profunda observación de todas las curiosidades del camino. Así aumentó una colección de hachas de piedra y de fósiles, comenzada en su tierra puertorriqueña.

Una vez quedó extraviado en medio de tupido bosque. Era una imponente arboleada secular de gigantescas proporciones que le ocultaba la claridad del sol y en la penumbra logró con gran esfuerzo de la vista orientarse en su brújula. Horas después salía a un claro y llegaba a un camino de arrias.

Yo, caminador incansable también, le acompañaba en ocasiones.

Tiene relación con él y sus amigos este episodio: cierto día los guajiros cercanos avisaron a los compañeros de Martín que por aquellos contornos aparecía un fantasma nocturno. Era un hombre de estatura monstruosa, aumentada aún más por la imaginación de los informantes, montado en un caballo enorme también. El jinete y la cabalgadura, blancos los dos, pasaban con velocidad increíble. Machete en mano, el desconocido personaje acometía a quien hallara en cualquier hora de la noche.

El que asumía las funciones de jefe del grupo, un catalán de temple superior, antiguo mayordomo de haciendas en Puerto Rico, advirtió a sus camaradas sobre la posibilidad de que alguien tratara de ahuyentarlos de allí por el terror, y aconsejó que no salieran solos y sin armas por las noches.

La precaución fue suficiente en varias semanas. Pero un día, casi al amanecer, se despertaron todos al sentir una detonación por las inmediaciones de la casa. En seguida oyeron un grito de dolor y el galope de un caballo.

A poco entró el jefe.

— Ya no hay fantasma — dijo sencillamente.

Ocurrió que el hombre se había levantado antes que los demás para inspeccionar un horno de carbón y cuando ya regresaba se encontró encima de él al fantasma que esgrimía el machete. Sin poder retroceder para prepararse levantó la escopeta de perdigones y disparó sin tomar puntería. Pero por la proximidad del individuo y del caballo, todas las municiones hirieron al uno y al otro. El fantasma lanzó aquel grito y volvió grupas, dejando un reguero de sangre.

Parecía terminado todo. Sin embargo, a los pocos días llegó una pareja de la Guardia Rural, en averiguaciones de lo sucedido.

Nada resultó de trascendencia para los puertorriqueños, hombres de trabajo. El jefe explicó el caso. En torno a los soldados se formó la tertulia. Primero el café, la copita de ron y un tabaco o un cigarro. Los rurales procedían del Ejército Libertador y aunque bastante jóvenes tenían noción exacta de su deber de agentes de la autoridad y amigos del pueblo, del cual formaban parte. La conversación con aquellos emigrados les produjo admiración, porque entre ellos había antiguos profesores y algunos estudiantes que no pudieron terminar sus carreras.

El más satisfecho de la presencia y la actitud de los soldados fue Martín del Torno. Decía él que con esos servidores del orden, tan respetuosos y comprensivos, habría siempre tranquilidad en los campos y paz en la República. Y añadía que un militar entregado así a sus funciones, sin contubernios politiqueros ni ambiciones de mando, es la mejor garantía de las naciones en período de constitución como Cuba.

Por entonces había publicado su libro *Del amor* Constantino Cabal, que sostenía correspondencia con Martín y le envió varios ejemplares. Yo leí la obra, y escribí mi primer artículo. No traté de halagar al autor, ni de darle bombo. Yo tenía ya preparadas varias admoniciones contra ciertas enfermedades literarias, y entre ellas una que titulé *El bombo, el auto bombo y el bombo mutuo*, y no quería incurrir en los errores por mí criticados. Los versos de Cabal me parecieron bellos, y

así lo dije con la sinceridad de un joven que está fuera de capillas y trata de eludir los casilleros y cartabones de las escuelas.

Martín del Torno, por sus relaciones con Cabal, vino para La Habana en 1908. Tuvo que abandonar las luchas sociales, y después de alternativas que desconozco en el Centro Asturiano encontró ocupación permanente y amigos. Aquí reanudamos nuestra intimidad cuando transcurridos nueve años yo también vine desde Cienfuegos para la redacción de *El Día*.

Al ausentarse Martín de Santiago de Cuba quedé como si de pronto estuviera viviendo en la soledad de un desierto. Fue adaptación difícil. Por carecer de hábitos políticos, las triquiñuelas adversarias dejaron sin representaciones a la Liga Obrera y no fue posible obtener la más modesta posición en las elecciones municipales. La propaganda, los artículos y los discursos se esfumaron en el ambiente de indiferencia general.

Amistades nuevas de escritores y periodistas y las clases preparatorias para el magisterio con aquel generoso amigo José Ramón Villalón Asencio, profesor de los más notables y austeros, canalizaron mis actividades hacia el periodismo, frustrada la oportunidad de ganar un aula, después de alcanzada la capacitación legal. En la imprenta de Torralbas hacía Juan Francisco Sariol su revista *El Pensil*, literaria. Por aquellos años hizo también allí Miguel Angel Escanaverino una publicación de proyecciones más ambiciosas, pues aspiraba a convertirla en un panorama de la literatura de Cuba y del resto de la América. La tituló *Cuba*. Ninguno de los dos logró la supervivencia de sus revistas. Con Sariol fundamos entonces *Renacimiento*, bajo mi dirección y la de un joven comisionista italiano, Nicolás D'Angelo, entusiasta y culto, que ahora está en su país y conserva la que tal vez sea la única colección completa existente de nuestro periódico. Hizo para la portada una simbólica evocación renacentista el apreciado pintor dominicano, residente en Santiago de Cuba, Luis Desangles. Nos asesoró a modo de mentor el ya reconocido como maestro en literaturas José Manuel Poveda. También nos aconsejaba con su amable y propicia benevolencia Joaquín Navarro Riera, el bien amado *Ducazcal*, que era igualmente Mecenaz de principiantes en *El Cubano Libre*. De los redactores fijos, y en cierto modo copropietarios, pues cada uno de nosotros había dado la ínfima suma de cuatro pesos para la impresión del primer número, recuerdo algunos, que sólo han quedado en la memoria, por-

que en mis traslados he ido perdiendo notas, apuntes, y hasta la página en que aparecieron los retratos de todos. Vienen al pensamiento únicamente los nombres de Fernando Torralva y Luis Vázquez de Cuberos, ya fallecidos en la juventud, de Gloria Colás, Rafael G. Argilagos, Recaredo Répide, Juan Jerez Villarreal, Juan Vázquez de Cuberos, además de Sariol, Nicolás D'Angelo y yo. Todo un mundillo literario de aspiraciones infinitas, que el tiempo disgregó. Fue muy avaro el tiempo con aquella parvada juvenil. A ninguno concedió los laureles de la victoria soñada. Acaso algún éxito de publicidad, como el del certamen de la revista *Oriente Literario*, fundada en 1909 por Pascasio Díaz del Gallego y que luego adquirió el impresor José Arroyo Ramos. A tres de los compañeros de *Renacimiento*, Fernando Torralva, Luis Vázquez de Cuberos y a mí nos dieron los primeros premios en ese concurso de poesías. Formaban el jurado el poeta y periodista Osvaldo Bazil, entonces cónsul de Santo Domingo en Santiago, Joaquín Navarro Riera y Juan María Ravelo Asencio, historiador, periodista y catedrático, hijo del editor y dueño de *La Independencia*. La tarde en que se publicó la noticia de los premios, nos reunimos Torralva, Vázquez de Cuberos y yo, y salimos por la ciudad, como en solicitud de aplausos y felicitaciones. Veinte años de vida parecían explicar y justificar el ingenuo alarde de exhibicionismo inmodesto.

Luego, ¡cuánta contienda inútil, qué desolador regateo de triunfos, qué fuertes manotazos de la infelicidad y la injusticia, para no pocos de los casi adolescentes visionarios!

¿Han llegado unos? ¿Se han resignado otros? ¿Al morir, los que ya no están, habían conquistado la gloria?

Para todos, mi conmemoración conmovida y fraterna, en el cincuentenario de mi primer artículo.



LA PUERTA CERRADA

Para que el conjunto de todas las cosas que forman una nacionalidad sea homogéneo, hace falta la más perfecta unidad de acción y de sentimientos. Las manifestaciones más ínfimas de la actividad han de estar encaminadas hacia el mismo lugar, sin pasar el límite, barrera que no ven muchos y que es la causa ignota de fracaso en ciertas iniciativas bien inspiradas.

Por el sentimiento se gobierna. Quieren los hombres bondad y limpieza en la intención, aquella bondad y limpieza que según Martí saldría siempre de cualquier obra suya. Uno de los factores del sentimiento es la música popular. Otro es el baile. Yo declaro que he salido cada vez más satisfecho y orgulloso de los conciertos típicos periódicamente organizados por Sánchez de Fuentes, Eusebio Delfín, el maestro Gonzalo Roig y por otros cultivadores de la música cubana, que han sido también sus ennoblecedores. En realidad, su labor no es otra, sencillamente, que la del que escoge y separa lo limpio, bello y útil en la enorme mina de la producción musical vernácula. Y también afirmo que en un baile nada me produce el entusiasmo de un danzón. El vals es señorial y merece cariño, aunque lo tienen relegado como un mueble o una joya de tiempos viejos. El fox es alegre y vivaz, cuando los bailadores no lo exageran. Hay momentos en que un salón parece poblado de títeres o de locos. Para matizar y dar variedad a las fiestas está bien. No lo está si nuestras jóvenes y sus compañeros se empeñan en lucir sus habilidades de acróbatas y excéntricos durante toda la noche. Y el charleston es una exhibición desgarbada y ridícula de exóticas extravagancias. El bailaror descoyunta la cabeza, el cuerpo, las manos y los pies. Hace gestos horribles. Es un pelele grotesco. No se advierte la más pequeña noción de arte, de belleza, de buen gusto, de refinamiento, ni siquiera de sensualidad, que al fin sería una explicación.

Y eso tan íntimo, tan propio, tan representativo de un pueblo, está siendo peligrosamente perseguido y hasta ignorado por la juventud.

Va cayendo sobre Cuba una capa de indiferencia lamentable y perjudicial. La indiferencia es una enfermedad que agrieta las capas del sentimiento y hace ver las cosas desde un plano de superficialidad desoladora. Por esas grietas se desliza el germen de la disolución, y un día el patriota contempla asombrado cómo están maltrechas y en fuga las ideas fundamentales de la nacionalidad. Habrá remedio entonces, pero sólo después de una ruda tarea. Todo desastre de esa índole se debe, en sus comienzos, a la falta de previsión. Es el anuncio en idioma extranjero, que nadie regula para que también se haga en la lengua nacional; es la obra de teatro irrespetuosa con los tipos y los ideales del país; es la introducción sistemática de bailes extraños por gentes que entienden así su aristocracia risible y su distinción; es la enseñanza impropia en la escuela privada extranjera, afortunadamente reglamentada ahora; es el encanallamiento de la canción popular; es la falta de un orgullo bien orientado, falta de fibras que se violenten ante el menor insulto; es la relajación de las costumbres, que lleva a considerar héroe a un salteador infeliz sólo porque robaba a pleno día y armado, mientras algunos caballeros estafaban por medio de los bancos y compraban leyes salvadoras.

Nunca se hará suficiente campaña nacionalista, para tranquilidad de los que vemos el mal, porque la órbita del peligro en que giramos es tan evidente y pavorosa que nos alarma y estremece. Queremos con José Antonio Saco que "Cuba sea siempre cubana". Muchos compatriotas se juraron de por vida consagrarse a ese ideal y lo cumplieron. La Revolución fue una prueba. Andaban entonces los diplomáticos norteamericanos y los españoles muy contentos porque había indicios de arreglos y de compraventas. La rebeldía cubana destruyó planes anxionistas ya maduros, como ocurrió en otros tiempos, en 1848, en 1850, en 1868. Vino la Resolución Conjunta, que fue una concesión a la realidad. Y luego el Tratado de París y la Enmienda Platt, rectificaciones soslayadas del acuerdo congresional. Es justo decir que a los plenipotenciarios yanquis nadie los obligó a cumplir su palabra, y que los propios españoles — buscando más garantías en los extraños que en nosotros — les propusieron el olvido de su promesa formal consignada en la Resolución Conjunta. Pero hay algo, sin Tratado de París, sin Enmienda Platt, sin carboneras ni empréstitos, que nos lleva a correr la suerte de los norteamericanos. De los cubanos depende, y sólo de nosotros, que ese algo sea en toda ocasión el interés de vecindad, la

mutua convivencia, tan fuerte y tan cordial como sea preciso, y no la sumisión y el vasallaje.

Cultivar el espíritu propio es lo esencial. Tenemos un jardín, que produce flores tan bellas como las de cualquier parte; y tenemos una herencia que conservar. La casa de todos merece el sacrificio de un poco de nuestro presente. Porque la vida de un pueblo se afirma con la sucesión de los años y de los siglos. La frase del rey francés, *Después de mí el diluvio*, es una frase de traidores.

En cada manifestación de la vida, en las más pequeñas y en las más grandes, hay un gramo o una libra de realidad. Rezuma, sale la verdad, como de un odre repleto. La canción, el baile, la música, son como cauces de la emoción que persiste, de la emoción directora de impulsos, de aquella íntima emoción característica y suficiente para denotar la vitalidad de un sentimiento nacional.

Hemos visto los desconyuntamientos del charleston, mientras las típicas danzas, el danzón y el son se estacionan y mueren. Y de nada valdrán las iniciativas oficiales para mejorar la enseñanza, nada tendrá valor positivo hasta que una fuerte cruzada nacionalista no convenza a los "cubanos exóticos" de que la Patria es un pedazo de tierra con alma, con historia y tradiciones que significan orgullo rebelde; que la Patria es también hogar, y ya sabemos todos que en el hogar hay rincones cuidadosamente velados para la mirada curiosa de los extraños. Un pueblo debe cultivar esa sagrada religión propia ante cuya puerta, cerrada con todo celo y vigilancia, se detendrá siempre el paso del extranjero.

Diario de Cuba, 1926.



SOMOS LATINOAMERICANOS

I

Es un viejo pleito, que muchos han tratado de resolver en definitiva. Los intelectuales de España son los más tozudamente empeñados en ganar la partida, seguros de tener razón, y los escritores de América han tomado ya su actitud, la que estiman conveniente y justa. ¿Somos latinoamericanos o hispanoamericanos?

Los escritores españoles no se limitan a exponer su opinión. Hasta llegan a ofender, anuncian campañas llenas de hostilidad para los pobres que piensen de manera distinta. Claro que todo eso lo dicen en nombre de la raza, la religión, el idioma, la herencia y la historia pretérita común. Y en esas afirmaciones rebosa un anhelo: asumir funciones directoras, tomar el mando de estos pueblos, ser desde España paladines de un continente.

Todo eso es muy español. Hace ya tiempo el jefe carlista Vázquez de Mella manifestó cuál debe ser la orientación política de España:

El porvenir de España está en América. España debe dedicarse a formar una agrupación de naciones iberoamericanas, en la que se encuentre incluido Portugal, y presentarse así, fuerte y a la cabeza de ellas, ante los pueblos de Europa. Entonces recuperará su poderío.

Ahora, en esta última semana, un catedrático español de la Facultad de Filosofía de Barcelona, Dr. Eduardo Pérez Aguado, en conferencia pronunciada en el Círculo del Ejército, de Madrid, combatió el latinoamericanismo y definió el hispanoamericanismo como comunidad internacional de "la raza" entre naciones de habla española, "para su robustecimiento espiritual mediante la cultura y la prosperidad material".

La primera objeción que se me ocurre es negar esa "raza". No hay

raza española, porque étnicamente no existe, y no se puede llamar raza a la mezcla que los siglos fueron haciendo sobre un territorio cualquiera invadido unas veces por salvajes hordas, por tribus, conquistado por pueblos de alta civilización, colonizado por otros muy distintos, destruído por diversas naciones y repoblado infinitas veces por blancos de diferentes regiones, por moros y hasta por africanos. España ha sido un crisol en que se fundieron todas las razas que tuvieron alguna influencia en la formación de la Europa actual.

Y si queremos aplicar la palabrita "raza" a nuestra América, tendremos que confesar otras mezclas añadidas a las que trajeron los colonizadores.

La religión es otro capítulo, que también sugiere reflexiones. Sin duda se refieren a la secta católica dentro de la religión cristiana, la menos representativa de la humildad, la pobreza y la bondad maravillosa de aquel magnífico crucificado del Gólgota. Los pueblos de América, acostumbrados a la rebeldía contra los que no supieron educarlos, recuerdan las frases de Hatuey y en su mayoría han renunciado a encontrarse en un mismo cielo con los conquistadores. En realidad, nuestros pueblos no son definitivamente religiosos, sino tolerantes y hasta indiferentes. Y hay millones de indígenas que no conocen los fundamentos del catolicismo. Otros viven fanatizados por los misioneros, y eso es peor todavía para su vida espiritual y para el progreso americano.

La herencia y el origen histórico son otros argumentos de los escritores que piden para estos países una dirección desde Europa. ¿Qué herencia? ¿Qué origen histórico? Contra todas esas cosas lucharon los americanos airadamente desde 1810 hasta 1898. ¿Por qué arte de tauturgia sociológica ha de ser amable hoy lo que ayer nos llevó a la violencia? Entonces borraríamos toda la historia — y esa sí que es nuestra — iniciada a principios del siglo pasado, renegaríamos de Bolívar y de San Martín, de Sucre, de Hidalgo, de Miranda, de Martí.

La herencia espiritual, en el fondo, no es mala ni buena. Sencillamente, es. No debemos estar orgullosos de sus glorias ni lamentar sus notas infamantes. Siempre nos parece absurdo un noble que alardea de sus pergaminos y de la grandeza de sus abuelos. El sargento Lefebvre, cuando era duque de Dantzig, durante la Restauración, oyó a ciertos condes y marqueses borbónicos elogiar a sus antepasados. Todos descendían de grandes guerreros, de cruzados ilustres.

- Uno de mis antepasados acompañó a Godofredo.
- Un abuelo mío luchó con Carlos VII.
- San Luis ennoblecó a uno de mis descendientes.
- El Señor de Borbón y el fundador de mi casa . . .

El duque de Dantzig cortó aquel rosario de alabanzas a los muertos con esta frase admirable y sencilla:

- Pues yo — dijo —; yo soy antepasado.

Y nada más. Lo que hayan podido ser nuestros progenitores será bueno, pero no tenemos razón para engalanarnos con su historia como con plumas de pavo. Debemos ser nosotros, latinoamericanos, porque constituímos pueblos que viven en un lugar del mundo y que con innumerables legiones de hombres de todas las procedencias están haciendo nacionalidades robustas que van al porvenir. Seamos antepasados.

En el Primer Congreso de Estudiantes de Cuba, celebrado hace algunos años, propuso uno de los compañeros que nos declararíamos partidarios de la unión de todos los estudiantes latinoamericanos. Yo pedí que fueran tenidos como tales camaradas los de “nuestra América”, con exclusión de otros países, tanto del Norte como de los demás continentes. Acordado así, *Emilito* Núñez Portuondo gritó:

- Hemos enterrado al Cid.
- No nos hace falta — le contesté yo.

Esa actitud mía se debió a la presencia en las tribunas altas del Aula Magna de la Universidad de ciertos ensotados maestros, que llevaban el propósito de influir entre sus antiguos alumnos para que los estudiantes universitarios cubanos proclamáramos como mejor la enseñanza religiosa sobre el laicismo, y también la necesidad de contar con otros pueblos.

Somos latinoamericanos porque el único distintivo común que tenemos es nuestra cultura, que no es española sino latina. Los pueblos latinos son Francia, Italia, Portugal y España. De los cuatro se ha formado nuestra civilización, y en mayores proporciones de Francia y de Italia. Es una verdad, porque es un hecho. No hay argumento que destruya ese hecho. Sólo quedan los insultos, que no sirven como pruebas. Por esos somos latinoamericanos, aunque parezca mal a los defensores de la “raza”, de la “religión” y de la “herencia”.

II

Como un anuncio de lo que aspiran a conquistar en América los descendientes de los conquistadores, vienen estas palabras del jefe carlista Vázquez de Mella a ponernos en guardia:

El porvenir de España está en América. España debe dedicarse a formar una agrupación de naciones iberoamericanas, en la que se encuentre incluido Portugal, y presentarse así, fuerte y a la cabeza de ellas, ante los pueblos de Europa. Entonces recuperará su poderío.

Es infantil. Los políticos y periodistas españoles tienen una visión de estos asuntos muy distinta de la nuestra. Yo no vacilo en declararme lejano y hasta indiferente al hispanoamericanismo, por esa razón fundamental. Hace poco, reciente la publicación de mi libro *La América indefensa*, un periodista cubano me encasilló entre los defensores de esa tendencia ilusoria, únicamente porque yo expuse hechos que denotan la inminencia del imperialismo yanqui. No creo en la eficacia del hispanoamericanismo, ni aún como contrapeso. El resultado sería sacar las cosas de su lugar, sin ventajas para nosotros. Sería desviar lastimosamente las actividades de nuestros hombres, llevarlos a un terreno infecundo, con regocijo de los imperialistas. Nunca resolveremos una sola cuestión trascendental en esa dirección. Lo práctico, lo urgente, es darnos cuenta de que toda reacción ha de salir de nuestras propias energías, de que en nosotros mismos está la solución que nos abrirá las puertas del porvenir.

Cuentan las crónicas legendarias, y es muy posible que la historia también lo diga, que cierta vez cruzaba un buque por los mares de la América del Sur, a la altura del Amazonas pero a mucha distancia de la tierra. Desde varios días atrás faltaba el agua, lo que tenía en gran desasosiego a los marinos del barco. Muy lejano, casi invisible, divisaron otro navío, que iba más hacia afuera. Le hicieron las señas oportunas, pidiendo el agua que les faltaba. El otro vapor se acercó, y cuando estuvieron al alcance de la vista el capitán les indicó que debajo de ellos tenían lo que anhelaban. No lo entendieron, y entonces hizo echar al mar un cubo y al sacarlo bebió del agua que contenía. Se hallaban enormemente separados de la tierra y hasta allí llegaba el Amazonas con su poderoso caudal de agua dulce.

En nosotros, debajo de nosotros, y sólo con nosotros. Eso es lo que nos enseña el relato. En nuestra propia tierra y en nuestros propios recursos debemos confiar. Ir a la Liga de las Naciones, a Europa, está bien. Es un modo de decir al mundo que ya estamos en la mayoría de edad necesaria para formar parte de esa Asamblea. Y esa sí es buena demostración de pujanza. Pero nunca bajo la dirección de algún país extra-continental. Lo que lleguemos a ser en el futuro lo hemos de ser por nosotros.

España no nos comprenderá. Y es natural: su orientación y su historia son diferentes a las nuestras. El cuento de la raza y la religión, con que nos atruenan los oídos todos los días 12 de octubre, es una pobre comedia de palabrería. No existe una raza española, y menos se puede decir que la población de América — integrada por millones de indios y convertida en un crisol de diversas inmigraciones — descienda en una proporción preponderante de las provincias españolas. No hay nexo religioso, porque la población americana es creyente en forma especial, sin fanatismos y hasta con un poco de tolerancia casi indiferente. De todas las cosas que sirven para los discursos trasnochados del “Día de la Raza” — como quieren bautizar con deplorable impropiedad al aniversario del Descubrimiento — el idioma es lo único que resiste la avalancha de elocuencia ramplona e inconsistente. El idioma nos servirá para entendernos como iguales en lo mercantil y un poco en lo cultural, porque intelectualmente no somos tributarios de España. Principalmente nuestra cultura ha sido hecha con las pautas que nos proporcionó el pueblo francés.

No nos comprenderá España en mucho tiempo, y eso la llevará a querer asumir papeles de directora. En la ignorancia hay mucha dosis de incompreensión. Pero esta es una incompreensión hecha también de orgullo, de vanidad histórica, y ya es preciso oponerle nuestra verdad. A los ingleses, con haber mantenido al través de los siglos su posición predominante en el mundo, no se les ocurriría hoy proponer a los Estados Unidos semejante *arreglo*. La carcajada tabletearía por sobre todos los mares estruendosamente. El caso de España con nuestra América es parecido. La Argentina, Chile, Brasil, como potencias, y otras repúblicas por su adelanto y su producción, no tienen que aprender normas de vida democrática o progresiva de España. La reciente petición de los Estados Unidos a Brasil, Argentina y Uruguay para que intervengan en el viejo pleito de Tacna y Arica, es el indi-

cio más claro de que aquellas naciones pueden ya por sí mismas fijar la orientación de todo el Continente.

La incomprensión hizo la independencia y trajo el largo alejamiento en que luego hemos estado de España. No supieron los gobernantes de allá oír a quienes les decían la verdad de nuestra situación. La "memoria" profética del conde de Aranda fué anulada seguramente por la influencia que su rival el conde de Floridablanca ejercía sobre Carlos III, aquel rey talentoso pero apasionado y lleno de odio feroz hacia Inglaterra. Por odio facilitó la libertad de los Estados Unidos. No era extraña la actitud del monarca, a quien un ministro interesado en la caída de Aranda le hiciera creer acaso que su estupendo plan traería el debilitamiento de las presuntas naciones americanas y un estímulo para la rapacidad inglesa.

Y ha seguido la incomprensión haciendo más enorme la distancia. Los artistas, los sabios, los poetas y escritores americanos son aceptados con recelo entre los hombres que hacen la opinión en España. De los almiarados conceptos que discursen los diplomáticos y los home-najeantes, resalta la hostilidad como un esmalte falso en el brillo de la palabrería.

Esa es la verdad. No hay el anhelo leal de compenetración y de esfuerzo aunado, sino el afán perpetuo, ancestral, absurdo, de tomar el mando, de "presentarse así, fuerte y a la cabeza de ellas, ante los pueblos de Europa", y decirles que las hijas reconocen apesadumbradas que fueron injustas con la madre y que están dispuestas a defender su pasado y a restituirle todo su poderío.

Para esa misión de comparsas quieren los escritores españoles, con ataques y gritos de dueños airados, convencernos de que somos hispanoamericanos. Y a cambio nos ofrecen la compensación mezquina de un número en su programa de engrandecimiento.

Diario de Cuba, 1926.



LA REVOLUCION CUBANA TUVO ORIENTACIONES JURIDICAS

Un escritor cubano, Carlos de Velasco, ya desaparecido y recordado sólo por sus compañeros en la empresa heroica de publicar la revista *Cuba Contemporánea*, se lamentaba en 1914 de que no se hubiera cumplido la obra de la Revolución en sus tendencias ideológicas principalmente.

No quería la Revolución

perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Así dice la base cuarta del programa que para el Partido Revolucionario Cubano escribió José Martí en 1892. Ese programa fue defendido por todos los que durante más de tres años combatieron en los campos de Cuba Libre por nuestra libertad, por todos los que de esa manera fundaron la República. La doctrina allí sustentada y hecha realidad gracias a tan gloriosa energía, es patrimonio de todos los cubanos. La Revolución forjó la independencia para el bien de todos. No pensaban los soldados de aquella lucha disfrutar las alegrías y las bienandanzas de su victoria, sino legar a los hijos una patria en que fuera digno y noble vivir; una patria respetada por su virtud y por su grandeza moral.

Para velar por ese patrimonio, no del todo asegurado entonces como ahora, escribió Carlos de Velasco su artículo *La obra de la Revolución cubana*, en el que hace esta afirmación:

No puede nadie pensar que los iniciadores de la Revolución cubana creyesen que lograda la separación política ya estaba logra-

do el ideal. No; ellos tuvieron una más alta concepción de su papel y de su pueblo; ellos quisieron transformar el país en lo político, en lo moral y en lo social.

Hace ya tiempo también, el grande hombre de Cuba, Enrique José Varona, venerable por su historia, por su talento y por su austeridad, dijo estas palabras en su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras:

“Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba colonial”.

Y era Varona en aquellos mismos días Vicepresidente de la República.

También otro escritor que se destaca por su actividad multiforme entre los de la nueva generación, Emilio Roig de Leuchsenring, llamó a Cuba “la Colonia superviva” en plena reunión de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional.

¿Por qué no se ha cumplido el programa de la Revolución cubana? ¿Por qué esta patria es hermana de aquella otra colonial tan combatida y justamente odiada? ¿Por qué encontramos superviva la Colonia?

En lo material hemos progresado; en lo político estamos orgullosos de ser independientes. Somos hoy, a pesar de todas las contrariedades, más felices que en el siglo pasado. Y no hay cubano que añore con sinceridad aquellos tiempos. En lo moral hemos tenido épocas seriamente difíciles.

Vive la Colonia en nuestro presente. Pero lo que vive es lo más malo de la Colonia: los vicios, el concepto de la política, la falta de educación. Esto último sobre todo. Una educación es el resultado de un esfuerzo persistente. No se improvisa. Y si los cubanos tuviéramos una educación republicana, flamante, nacida desde 1902, compondríamos el pueblo más admirable de la tierra. Heredamos todo lo que tenemos. Pero como lo combatimos durante cien años, debimos transformarlo en lo que era malo.

Otros hablarán de Cuba en diversos aspectos. Panglosianos, unos, dirán que el mejor de los mundos es nuestra pequeña isla. Pesimistas los de la acera del frente, recargarán los colores sombríos del cuadro. ¿El pueblo español conocerá a Cuba al través de los artículos que en *El Sol* escriban nuestros hombres? Yo trataré de hacer que por medio de estas cuartillas conozca la orientación jurídica de la Revolu-

ción cubana, y de hacerle saber que los ideales revolucionarios no han sido satisfechos en lo que se refiere a la transformación de las leyes nacionales.

La vida del derecho, en la Revolución, era casi perfecta. Los cubanos en armas iban por los montes impelidos por el ansia de libertad, y sujetos por un cuerpo de leyes que obedecían. Era necesario obedecerlas. Había entre los revolucionarios distinguidísimos juristas. El mismo Luis Morote tuvo la sensación de que nuestras organizaciones en campaña estaban dotadas de seriedad y debían ser tomadas en serio, cuando fué sometido por el Generalísimo Máximo Gómez a un consejo de guerra en el que abogados cubanos de gran personalidad demostraron su talento, su cultura y su espíritu de justicia.

Los hombres de leyes pensaron que se hacía indispensable dar a la República una base jurídica diferente de la que había tenido hasta entonces el pueblo cubano, porque los códigos de la Monarquía no encuadraban en las aspiraciones de nuestros compatriotas partidarios de la Revolución.

De acuerdo con esa elemental concepción de lo que debían ser las relaciones civiles entre los componentes de la nación que iba naciendo y afirmándose, promulgaron una ley para el gobierno civil del territorio que estaba en poder de los revolucionarios; una ley de hacienda pública; una ley de matrimonio que fue de las más modernas y progresistas en su tiempo, hasta el extremo de que reconocía en toda su pureza la institución del divorcio con el mutuo disenso — escuetamente fijado — como primera causal para la disolución del vínculo; una ley penal; una ley procesal; una ley electoral; y una organización diplomática. Eso además de las constituciones acordadas en septiembre de 1895, en el pueblo libre de Jimaguayú, y la de octubre de 1897, votada en La Yaya; y de los reglamentos para cumplir los preceptos de toda la anterior legislación.

La Revolución tuvo un carácter jurídico, tuvo una significación definida: trató de hacer realidad las ideas que la crearon. Y lo hizo de manera evidente en todo su territorio, que de día en día fue creciendo hasta extenderse desde Maisí a Mantua.

Si tuviera espacio, examinaría en detalle la legislación revolucionaria. Es importante estudiarla, porque prueba cuáles fueron la orientación y la finalidad de aquellos hombres cultos, ricos casi todos, que enamorados de la libertad para su tierra lucharon con tesón y ofrendaron sus

vidas a la República. Debo hablar, por lo menos, del derecho constitucional en la Revolución. La Asamblea Constituyente de Jimaguayú hizo una constitución sencilla, de urgencia, que sólo tenía veinte y cuatro artículos. La Asamblea de La Yaya redactó un documento algo más completo, en cuarenta y ocho artículos, porque en la práctica advirtieron los estadistas durante dos años que era indispensable fijar normas para las relaciones entre los ciudadanos. Pero ambas Cartas son expeditivas, hechas para un pueblo que reconoce como la más apremiante obligación la de *hacer*. *Hacer*, apoyado en el machete; *hacer*, montado en el caballo de pelea. No hay en ellas el peligro que trajo para la Revolución de 1868 la Constitución de Guáimaro, con una preponderancia de los organismos deliberantes sobre los ejecutivos. Pero los Constituyentes determinaron también los derechos de los ciudadanos, que éstos ejercitaron, y sólo hubo limitaciones en cuanto a las necesidades de la guerra.

Si la República hubiera nacido en 1899, al cesar la soberanía de España, habría podido darse la misma organización jurídica, ampliada y con el mismo criterio republicano. Pero no constituímos entonces la República. El día primero de enero de 1899, al tomar posesión de la Isla en nombre de su Gobierno el general norteamericano Brooke declaró en una proclama que los códigos criminal y civil *de España* quedarían en vigor y serían modificados de tiempo en tiempo "en interés de un buen gobierno". Como en lo fundamental seguía en pie la armazón de las leyes coloniales, Cuba independiente se encontró gobernada por los mismos preceptos contra los cuales luchó durante cien años.

Pudimos tener los cubanos una cera dúctil para darnos las leyes que estimáramos adecuadas a nuestra característica modalidad. Las circunstancias lo impidieron, y el resultado es la realidad presente: un pueblo republicano regido por leyes monárquicas, ya modificadas muchas de ellas en el país de origen.

La República ha legislado poco para cambiar nuestras instituciones jurídicas. Tenemos una ley de divorcio casi ineficaz en la que la disolución del vínculo matrimonial por mutuo consentimiento es algo así como una jugarreta, una travesura de legislador enemigo de la innovación. Eso lo ha confesado el propio autor de los artículos para regular su funcionamiento, el senador Ricardo Dolz, en su cátedra de

la Universidad. Y tenemos unas pocas leyes que introducen confusión en los códigos heredados, combatidos, derogados por la Revolución, vueltos a promulgar por los interventores y aceptados en homenaje a la comodidad por la República.

Sólo contamos con algunas leyes orgánicas, como la del Poder Ejecutivo, la del Poder Judicial, la del Servicio Civil, la de las Provincias y la de los Municipios. Pero el Código Civil, el Código de Comercio, la Ley Hipotecaria, el Código Penal y las leyes procesales y hacendísticas, son de los tiempos coloniales. El Código Civil es el de 1888; el Código de Comercio es el de 1885; la Ley Hipotecaria es la de 1879, modificada para Cuba en 1893, lo mismo que su Reglamento; el Código Penal es el de 1870, aplicado a Cuba en 1879; la Ley de Enjuiciamiento Civil es la de 1885; la Ley de Enjuiciamiento Criminal es la de 1888; el Reglamento para el cobro de los Derechos Reales tiene la fecha de 1892, y ha sido algo modificado por los norteamericanos y por la República. En este Reglamento han sobrevivido la nomenclatura colonial y las tarifas acordadas entre España y el Vaticano, como resultado de la unión del Estado español y la Iglesia Católica. En el Código Penal todavía tenemos previstos y penados los delitos de lesa majestad, el de falsificación de la estampilla real, los que se refieren a la imposición de una religión determinada, y otros muchos.

El Colegio de Abogados de La Habana inició un Congreso Jurídico Nacional, que se efectuó a fines de 1916. Los hombres entregados al estudio y a la profesión del derecho cumplieron con creces la misión de apuntar las deficiencias del Código Civil, y aprobaron unas nuevas bases para la redacción del Código cubano. Allí están los tres gruesos volúmenes publicados, llenos de observaciones, de experiencias y de doctrinas adaptadas a nuestro modo de ser. El insigne abogado que lanzó la idea de celebrar el Congreso, el Dr. Antonio S. de Bustamante, tuvo la verdadera visión del asunto al decir:

Las reformas jurídicas resultan provechosas y útiles cuando llegan a los Parlamentos republicanos preparadas por un estudio técnico e inspiradas y fortalecidas por una gran corriente de opinión nacional, y si de leyes fundamentales se trata, ese estudio técnico y esa corriente de opinión nacional, tienen que darlas hechas los Abogados que son los especialistas en la patología y en la terapéutica del derecho.

Resultó aquel Congreso Jurídico Nacional una magnífica demostración de cultura especializada. Los abogados cubanos pusieron los cimientos de la obra que al fin será realizada.

Sirvieron de algo aquellas labores. Funciona en estos momentos una Comisión Codificadora a la que han dado su concurso el propio Dr. Bustamante, el Dr. Fernando Ortiz, el Dr. José Antolín del Cueto, el Dr. Antonio L. Valverde, el Dr. Mariano Aramburo, el Dr. Juan Marinello y otros jurisconsultos de renombre.

En el proyecto de Código Civil trabajó con éxito extraordinario el Dr. Bustamante, que introdujo en él innovaciones trascendentales por su índole revolucionaria y progresista.

El Dr. Fernando Ortiz ha sido muy felicitado en todo el mundo por su proyecto de Código Penal, que adopta las tendencias más humanas no fijadas aún en preceptos de derecho positivo.

El Código de Comercio lo preparan con esfuerzo constante el Dr. Cueto y el Dr. Valverde. La orientación es también moderna.

Sólo el Código de Trabajo, del Dr. Aramburo, es un proyecto que no merece elogios por el espíritu reaccionario que lo inspira. Ha sido repudiado por cuantos en Cuba conocen a fondo los problemas sociales. Es la consagración del derecho patronal a seguir dominando, con desconocimiento de toda otra voluntad.

Esa es la perspectiva de planes que presenta la República, comparada con las realidades de la Revolución. Un cuarto de siglo de actividad congresional sin resultados legislativos fundamentales. Tres años de lucha armada contra el Gobierno español, y una sorprendente organización jurídica que permitió acomodar a los revolucionarios a la obediencia de leyes republicanas hechas por ellos mismos. Esas leyes hicieron posible el acampamiento sin peligro de los soldados cubanos cerca de los españoles que se retiraban de la Isla, y el desarme de las tropas victoriosas y su reincorporación sin dificultades a la sociedad de que habían salido para los campos insurrectos en busca de libertad.

Esas leyes deben ser el orgullo de los cubanos, y su espíritu el que impere en la República.

Cuba Contemporánea, La Habana, abril, 1927.



PUNTALES DE OLMOS

Escena: en un bufete.

Los abogados que allí trabajan, diez o doce, pertenecen a clases distinguidas de la sociedad casi todos. Muchos de ellos han viajado. Tienen suficiente instrucción, y de algunos se dice que son cultos.

Se habla de un cliente extranjero, que nació bajo la soberanía de Austria y que hoy es ciudadano de la joven república checoslovaca. De pronto surge la pregunta:

— ¿Cuál es la capital de Checoslovaquia?

Silencio. Todos los allí presentes lo ignoran. Entonces se inicia la conversación sobre los grandes volúmenes, copiosos y formidables, que podrían ellos formar con las nociones geográficas que no tenían. Y de pregunta en pregunta, llegaron a la conclusión de que tampoco sabían el nombre de la capital de Colombia.

Lo mismo que en geografía, les ocurre en historia, en ciencias naturales, en cualquiera otra. Y hasta en derecho, si no se trata de los artículos férreos de los códigos y la indigesta doctrina de las jurisprudencias.

En una de las obras de un autor cubano que se va anulando por propia eliminación, Ramón S. Varona, hay cierta frase que al principio causa como un sentimiento de protesta, y después deja un poco de verdad y de amargura. Un personaje dice su tipo de mujer ideal. “Ha de ser bonita y ha de ser oscurita de entendimiento. Mientras más oscura, mejor”.

Para la cerrazón de los hombres que se dicen letrados porque saben leer, y hasta porque tienen un título que les sirve como patente de corso, como blasón y como adorno para conquistas femeniles enriquecedoras, esa oscuridad es conveniente. Es una equiparación. Y es también resultado de una conducta previsora, porque en esa situación un matrimonio con mujer culta sería trágico para ambos.

Tengo noticias de que en otros pueblos es parecido el espectáculo. Hay falta de preparación. Y lo doloroso es que los mejor dotados por

la fortuna y la herencia, los que podrían capitanear una cruzada para lograr la transformación imprescindible, son indiferentes, o cuando no lo son se detienen en las fronteras de la crítica.

— El pueblo — dicen — no merece que nos sacrifiquemos. Hay que ir a los comités de barrio para comprender cuánta es la incultura y cuánta la insolencia de los electores. Las prédicas en favor de la democracia son lindos cuentos para conquistar votos. Suenan bien en los discursos.

Y no advierten que ésa es la censura más terrible que se puede hacer al egoísmo secular de las clases directoras. Todo lo que ha evolucionado o se ha trastornado en el mundo, es obra de las reacciones contra el poder de los que a título de mejor preparados vienen gobernando. El sabio es un libertador que se arma de sus prejuicios, como de una rebeldía, y que exclama al igual que Pasteur ante el resultado de otros experimentos:

— Esto no puede ser.

El sabio trabaja entonces con abnegación hasta encontrar la base de su idea preconcebida. Así ha podido decir de estos fenómenos el gran escritor catalán Eugenio d'Ors:

“Aún dentro de los más rigurosos principios del método experimental, debe afirmarse la necesidad de estar armado de un prejuicio, al comenzar un orden determinado de investigaciones”.

Los progresos del hombre han sido logrados a despecho de los hombres, de los hombres que mandaban y se imaginaban tener la única luz de razón y de verdad. Es que eran unos farsantes y explotaban la impericia de los más. Y esa impericia, esa ignorancia, esa situación milenaria de estolidez e insignificancia, prueban que los detentadores del poder son incapaces para realizar la misión que se asignaron.

Los abogados del bufete recibieron instrucción en grandes colegios. Algunos supieron rezar antes de formar palabras. Los bien provistos laboratorios eran magníficos centros de experimentación para los que se iniciaban en el misterio de las ciencias. Los padres elogiaban los adelantos de sus retoños y eran invitados anuales a los aparatosos repartos de premios con discursos de personajes distinguidos por su intervención en el Gobierno de turno. Aprendieron allí. Los maestros se limitaron a lograr que aprendieran. Cumplieron su deber. No se hable de educación, ni de la necesaria inquietud espiritual que lleva a buscar mejores perspectivas, ni de la indispensable curiosidad que

si no es base de la dicha produce la satisfacción de llenar un deber de bondad y de amor por los hombres. En los grandes colegios no hay perales, sino olmos.

La sociedad está llena de jóvenes que son frutos legítimos de esos olmos. Hijos de un señor inmigrante enriquecido, de un trepador opulento y amnistiado, de un libertador que tuvo alguna vez mando con provecho, o descendientes de antiguo nombre, cubren con un poco de barniz su estulticia ingénita y se plantan en la vida a recoger la cosecha de honores, de placer y de riqueza que propiciaron los felices progenitores. Es el estado mayor de futuros gobernantes. Empiezan por alcanzar cátedras, direcciones de clínicas, secretarías de asociaciones, actas de representantes y hasta subsecretarías. Cuando ocurre que uno de esos hijos se convierte en Fulano y es presidenciable — caso que no se ha presentado aún entre nosotros pero que llegará, como ha llegado ya en otras repúblicas de América —, se puede decir que el régimen está seriamente consolidado. La sociedad está asentada sobre puntales firmes, sobre puntales de olmos.

Diario de Cuba, 1927.



HAY PROBLEMA SOCIAL

I

La cera dúctil

En el problema obrero, agudizado desde que se encarece la vida y se hace más fuerte la lucha, hay determinadas facetas que no son sacadas a luz por los comentaristas y los sociólogos de oportunidad legislativa. Y hay también la rémora que son el líder, paladín de su propia conveniencia, el primer explotador de los "compañeros"; y el amigo que en las Cámaras toma como labor suya la de dar unos gritos periódicos en el hemicycleo y hacer algunas espectaculares declaraciones.

Tenemos problema obrero en Cuba. Eso afirma Lugo-Viña hoy en *El Sol*. Lo sabíamos. Por eso lo proclama el camarada. El periodista no hace más que recoger en el ambiente la emoción que ha de reflejar en sus trabajos. Y en el ambiente hay problema obrero. O más bien: problema social.

Los felices, los poderosos, los que están muy alto en la vida, reflexionan y se tranquilizan con esta frase:

— En Cuba no hay razón para conflictos entre los patronos y los obreros.

Y también calman sus preocupaciones asegurando que el trabajador vive espléndidamente, gasta como los demás y hasta tiene vicios. El juego, los bailes, las fiestas, los trajes blancos y los zapatos de lujo, los sombreros finos; todo ese andamiaje de argumentos lo esgrimen cuando alguien siente en el subsuelo la rebeldía y les advierte que la tempestad no está lejos.

El problema social existe. Es de una complejidad sin precedentes, y debe ser estudiado en todos los aspectos que han ido dándole las costumbres, la falta de educación, el medio en que el cubano ha nacido. En el fondo, la causa raíz es la falta de educación. Nuestros padres nos educaron mal, nos habituaron a la malacrianza, al vicio, a la im-

previsión, al abandono. Nos dieron lo que tenían, y como no estaban capacitados para educar, no nos educaron. Dicen que nos transmitieron el idioma, la religión, la "raza". Perfectamente. Pero también nos dejaron su modo de ser imprevisor, fatalista, confiado más en la suerte que en el poder de la voluntad y de los ideales convenientemente orientados.

Hace mucho tiempo, casi un siglo, un escritor cubano que tuvo mentalidad y aptitudes de gran estadista y que ofrendó a Cuba toda la existencia larga y fecunda, José Antonio Saco, fijó en su memoria *De la vagancia en Cuba y medio de extirparla*, en su *Paralelo entre la Isla de Cuba y algunas colonias inglesas* y en muchos de sus *Papeles* cuál es el carácter del cubano y qué sistemas de educación se debe emplear para conseguir su evolución y su felicidad. De aquel primer trabajo dice otro insigne compatriota, Luz Caballero:

... para escribir la *Memoria de Vagancia*, no basta saber forjar frases sobre el papel, es necesario sentir hondamente los males de la patria, es necesario poseer un alma heroicamente templada; no, no por cierto, el hombre que extendió la *Memoria de Vagancia*, no abriga un corazón vulgar. Prescindo ahora de las cualidades del entendimiento para contraerme a las del corazón; no, no sacrificó jamás en aras de una efímera popularidad, el que se atrevió en esa misma memoria a atacar con el mismo denuedo los vicios que postraban su patria, por dondequiera que los encontraba, en los ínfimos, en los medios, en los supremos, como que era su ánimo mejorar las clases y no atacar las personas.

No ha envejecido la memoria sobre la vagancia, porque hoy es idéntico el modo de ser del cubano.

Y hace menos tiempo aún, en los días en que ya se vislumbraba la aurora de la libertad, un poeta que tenía algo más que rimas en su cerebro y a quien no se le ha hecho cumplida justicia en la República, Diego Vicente Tejera, anunció en un curso admirable de conferencias a los trabajadores cubanos del Cayo la que él consideraba como la mejor organización social para Cuba.

Al nacer la nacionalidad, dice Tejera que estaríamos en una situación excepcionalmente favorable. Se nos va a ofrecer realizado, en Cuba, un ideal que no pueden acariciar los socialistas europeos, agitándose, como se agitan, en el seno de sociedades in-
conmovibles, petrificadas en los moldes del antiguo régimen: Cuba se nos presentará con ese régimen antiguo hecho pedazos, sin

nada en pie: campo desmontado, arado y hasta abonado con la sangre de la tiranía, en donde podremos arrojar las semillas que nos plazca: *tabula rasa* inmensa, en donde podremos construir a nuestro antojo.

También dijo, ¡en 1897!, estas palabras que son una profecía:

... tenga entendido el obrero cubano que ni liberales ni conservadores resolverán su problema capital, que ni siquiera intentarán resolverlo, y que atentos solamente a la lucha más o menos elevada que entablarán en disputa del poder, no se acordarán del oscuro proletario sino para tomarlo de escabel, en cambio de promesas cuanto más halagadoras más falaces.

La República, al nacer, tuvo la oportunidad mejor para organizar sus instituciones, desde el principio, con el carácter que inspiró a la Revolución. Pero la República no surgió al cesar la dominación española. El día primero de enero de 1899, al tomar posesión de la Isla en nombre de su Gobierno, el general Brooke declaró en una proclama que los códigos criminal y civil *de España* quedarían en vigor y serían modificados de tiempo en tiempo "en interés de un buen gobierno". Y en una orden militar, la 148, el general Wood dio fuerza de vigencia a las leyes, a los reglamentos, decretos, órdenes y disposiciones de los norteamericanos. Como en lo fundamental seguía en pie la armazón de las leyes coloniales, Cuba independiente se encontró gobernada por los mismos preceptos que había combatido durante cien años. Después, la República no ha querido operar su transformación. Un legislador que no se canse, uno solo, puede obtenerla.

Cuando terminó la guerra emancipadora, pudo ser iniciado el cambio sin muchas dificultades si los cubanos se hubieran encargado del poder. El retraso en la legislación se debe a ese trastorno, imprevisto para los revolucionarios. En la manigua todo estaba en plena organización, sujeto a disciplina severa. Los hombres que gobernaban habían logrado el orden y la paz en las relaciones de los ciudadanos, en forma definitivamente canalizada. Así fue posible aquel magnífico desarme de los soldados que se consideraban victoriosos, el acampamiento de las tropas, su reincorporación tranquila y juiciosa a la sociedad de que salieron cuatro años antes. Y es porque durante ese tiempo habían contraído el hábito de obedecer leyes, leyes republicanas, hechas por ellos

mismos para regir sobre pueblos que aceptaban su dirección y sus ideales de gobierno.

Todo estaba perfectamente regulado en la Revolución, hasta el divorcio. Aquella regulación, y no otra, debió ser la base, el esqueleto, la armazón esencial de la legislación cubana desde 1899. Todavía no conocemos al senador o representante que quiera reivindicar la obra de nuestros héroes fundando en ella la República. Sólo el Dr. Bustamante ha laborado de acuerdo con su espíritu en un proyecto de codificación civil, previamente fracasado porque es bueno.

Aplicando las leyes de la Revolución, y acudiendo a salvar sus olvidos o sus lagunas con el mismo criterio que forjó aquéllas, tendríamos resueltos todos los conflictos. Era más fácil dar entrada a los modernos y revolucionarios principios jurídicos o sociales en la armazón de unos preceptos realmente progresistas, que encontrar remedios en unos códigos antiguos y provisionales en general, como casi todo lo que hicieron los congresos y los gobiernos españoles para América.

Tenían en su poder los cubanos una cera dúctil. Pero no les fué dable usarla porque otros hombres, en cuya gestión hubo idealismo a pesar de todas las sospechas, se encargaron de preparar la transición. El resultado es la realidad presente; un pueblo republicano regido por leyes monárquicas ya modificadas muchas de ellas en el país de origen.

Pero eso es historia que si no debemos olvidar — porque un pueblo que olvida está en peligro siempre —, tenemos la obligación de rectificar en lo que dependa de nosotros. Un pueblo ha de ir al porvenir con la vista fija en los propósitos de engrandecimiento y sin descuidar las enseñanzas del pasado.

El deber de hoy es reconocer que tenemos problemas sociales, y acudir a remediarlos.

Mientras haya ignorancia y miseria, tendremos problemas sociales.

Y en Cuba hay verdadera hambre en el pueblo, falta de instrucción, suciedad, malos hábitos de vida, inconcebible abandono.

¿Podemos mejorar la situación con las leyes? Dice Anatole France que las leyes no sirven para regular costumbres, sino que son una consecuencia de esas costumbres o de la necesidad. Las leyes sociales vendrían en Cuba a dar facilidad a los gobernantes para utilizar fondos dedicados a esos fines, y para encauzar las ansias de toda nuestra población. Responderían a una necesidad que no puede ser desconocida.

Hay que votar esas leyes.

II

Conocimiento necesario

El primer deber de un legislador que quiera dar a su país una buena contribución para resolver los problemas sociales, ha de ser estudiar la intensidad de esos problemas. Pero estudiarla en seguida.

En Cuba tenemos hombres bien orientados, incapaces de explotar en provecho suyo el obrerismo, que pueden ser de gran utilidad para ese empeño. Arturo Montori y Carlos Loveira son dos de tales hombres. Ellos han llegado a conclusiones que deben ser bien meditadas por los directores de la República preocupados por la importancia de la cuestión social.

No podemos engañarnos, como aparenta el Dr. Fernando Sánchez de Fuentes en una conferencia leída en la Facultad de Derecho de París acerca de la legislación obrera internacional. La sola traducción de algunos de sus conceptos probará hasta dónde llega el error del Dr. Sánchez de Fuentes:

Allá en Cuba, muy felizmente, no hay recrudescencia en el antagonismo entre el capital y el trabajo. El problema obrero se desenvuelve pacífica y juiciosamente con vistas al mejoramiento y al progreso.

El obrero cubano, que tomó parte tan decisiva en la lucha por la independencia del país, ha reafirmado su personalidad social, y esta personalidad se desarrolla progresivamente sin oscurecer su situación nacional. Lejos de eso, constituye un elemento colaborador en la vida ciudadana que examina y resuelve sus problemas con un nacionalismo sano y honrado.

Y en lo tocante a las reformas de nuestra legislación, el Dr. Sánchez de Fuentes se engaña también como llevado de un patriotismo que a nada conduce:

En Cuba, antes de la guerra mundial tuvimos en nuestras leyes el salario mínimo, la jornada y las horas de trabajo de los obreros del Estado, la prohibición del pago a los trabajadores por medio de bonos o chapas, el cierre de los establecimientos y el descanso dominical, las casas de obreros, la ley de accidentes del trabajo, que puede ser citada como una de las más liberales, la inmigración

y la colonización, y proposiciones de leyes referentes a la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños y a ciertas industrias, el arbitraje en materia industrial, a la reglamentación de las huelgas y de la cesación del trabajo, y a la derogación de los artículos del Código Penal que las considera delictuosas cuando son el resultado de confabulación para alterar el precio de las cosas; a la creación del Consejo Nacional del Trabajo y de un Instituto de Reformas Sociales.

Y es grato para nosotros comprobar que corresponde a Cuba el honor de haber reunido, antes que las demás naciones, en un código completo del trabajo, toda la importante materia que le concierne. Mencionemos de paso que ese código ha sido solicitado a su principal redactor, el Dr. Aramburo, Rector de la Academia de Ciencias Sociales.

No discutiré las afirmaciones del Dr. Sánchez de Fuentes, porque cuantos conozcan la realidad pueden refutarlas. Sí diré que ese código del Dr. Aramburo ha sido muy combatido por todos los escritores que estudian los problemas sociales. El Dr. Aramburo es un católico sin tolerancias, un apasionado servidor de sus ideas reaccionarias; y esa Academia de Ciencias Sociales no es otra cosa que el protoplasma de una universidad jesuítica. Tal codificador tiene que hacer un cuerpo de doctrinas contrarias a todo progreso.

No podemos engañarnos en esa forma, porque saldremos perdiendo impulsos y entusiasmos para las iniciativas. Los conatos de un Wolter del Río o de un Castellanos se esfuman entre las nebulosidades de esos optimismos. El Dr. Sánchez de Fuentes hace la apología de la legislación social cubana con la misma fe trasnochada del Dr. Collantes cuando un día elogió la actividad y la eficacia del Congreso, único culpable de nuestros descalabros políticos, sociológicos, económicos y administrativos; un Congreso que por inacción, por dejación o por complicidad ha contribuido a la que llamó Fernando Ortiz *decadencia cubana*.

Lo primordial es tratar de conocer el estado de las clases sociales. Y para ello nada mejor que una oficina de investigaciones, en que trabajen asiduamente y con abnegación algunos cubanos deseosos de servir a la Patria. Esa oficina puede llamarse Instituto de Estudios Sociales, o de cualquier otra manera, y debe tener tantas secciones como sea preciso, para hacer la clasificación indispensable de nuestro pueblo por oficios, profesiones, actividades, y por costumbres, vicios y sistemas de educación. Contará con biblioteca y archivos en que se encuentre

datos acerca de todas las cuestiones de su competencia. Una oficina permanente, en fin, que no será costosa nunca si llena su finalidad.

Sin estadísticas, sin fuente de información, sin un lugar en donde buscar noticias, no puede el legislador construir andamiaje alguno de doctrinas o de reglamentos. Toda su labor se perderá en el vacío de la improvisación relampagueante y del fervor falso y extraordinario del momento.

No necesita el pueblo cubano de la dictadura para que por decreto o por el sistema providencialista sea lograda su felicidad. Las dictaduras han fabricado siempre, sin excepción alguna, las revoluciones. El período dictatorial es de paz armada, de cobardía, de silencio. Pocos se atreven a levantar la voz de la crítica y casi nadie la de la protesta. Hay una tranquilidad de dientes apretados y de uñas que se clavan en la propia carne. Al debilitarse un poco, al través de años de tiranía, la mano férrea, los dientes destrozan y las uñas degüellan a la Patria. Viene el caos.

Ese es el cuadro que podemos estudiar en los países que han tenido o tienen dictaduras. Y ante el espectáculo doloroso de naciones frateras, se debe preferir la libertad con todas sus calamidades. Los hombres no han encontrado otro medio de ir hacia la civilización sino entre escollos y recibiendo enseñanzas en la escuela de la libertad. No son frases, porque la realidad es ésa. Sólo que tal escuela da sus frutos con lentitud, y la humanidad se está acostumbrando a la rapidez en los resultados de un esfuerzo. Con propósito ejecutivo, piensa en las fórmulas violentas, en las imposiciones, en las tiranías ilustradas que llevan a la nación por un sendero forzosos de honradez y actividad. Pero cuando se detiene a examinar las situaciones análogas de otras sociedades, cuando mira el derrumbe de la obra del tirano culto una vez desaparecido el hombre fuerte; y la cultura sin valor, infecunda, de un país, si es artificial; cuando se convence de que ningún déspota lo ha sido para el bien, aunque las apariencias pretendan justificarlo, entonces vuelve su vista a la libertad.

Y la libertad es el único ambiente propicio para la felicidad de los pueblos. La libertad permite la verdadera educación, que es la mejor fórmula para hacer evolucionar al hombre. La educación, sostenida por leyes que complementen su obra: leyes buenas, de previsión y de engrandecimiento, de defensa y expansión. La educación, aumentada por el hábito de cultura en progresión ascendente y por el bienestar que vaya logrando el ciudadano en una sociedad bien dirigida.

Para llegar a ese culmen es indispensable proporcionar al estadista elementos en que basar su obra. El estadista ha de conocer todo el pasado y el presente del pueblo a que debe aplicar sus proyectos, el estado de las cuestiones que aborda. Y ya sabemos que hace falta una vida entera para conseguir tan sólo esos informes, para examinarlos, para orientarse en los bosques sombríos y tortuosos de la sociología; y otra vida, de mayor actividad, igualmente bien templada, para hacer realidad las ideas.

En otras naciones se puede trabajar con facilidad y éxito en cualquier asunto. Funcionan admirablemente oficinas de investigación oficiales o particulares que por una cantidad pequeña, o gratuitamente, aportan al estudioso datos sobre todos los conocimientos y las actividades del hombre. Cuba no tiene una sola de esas oficinas, que tan útiles podían ser para el legislador, para el sociólogo, el periodista, el profesional, el comerciante, el obrero, el industrial; para el que tuviera entre sus preocupaciones la de saber.

Ahora cuesta incalculables sumas de dinero adquirir una información para hacer un trabajo de cierta índole y de seriedad. Y aún esa información es incompleta o no tiene para el escritor todas las seguridades de exactitud que garanticen la firmeza de una convicción. En datos así proporcionados por el esfuerzo individual no se puede basar un solo postulado sociológico.

Esa oficina de estudios sociales sería reveladora de nuestra situación. Se convertiría en un laboratorio. En él veríamos, como en el análisis químico, los precipitados y las aleaciones que han ido formando al pueblo cubano. Aprenderíamos su composición orgánica, su pobreza, sus necesidades, sus vicios, sus malos hábitos, sus bondades, su capacidad, su riqueza, su cultura, su ignorancia, sus problemas; y podríamos determinar cuáles son las soluciones únicas para fomentar su dicha.

Entonces tendríamos la oportunidad de votar las leyes que resolverían los conflictos y darían cauce feliz a la cuestión social.

III

Leyes indispensables

No se puede dudar de la importancia que habría de tener una oficina de estudios sociales que acopiara información sobre el estado

actual de Cuba en esos aspectos interesantísimos para el legislador. Sólo que alguien pensará con una sonrisa escéptica que el remedio quedaría en el papel, en forma de una reglamentación más para el funcionamiento de esa oficina.

¡Creación de idealista! El soñador ha tenido poca suerte entre los hombres prácticos. Y no hay una sola conquista de la civilización, no hay una libertad en que no haya intervenido el soñador.

De la obra *Conversaciones de Anatole France* he traducido unos párrafos que defienden con justicia al soñador:

Es preciso, para meditar, un adiestramiento como para trabajar, para traficar, para navegar, para construir casas. Y yo no sé si los mortales que tallan y pulen las ideas tienen más méritos que los otros hombres. Por lo menos, cuando cumplen bien su deber son dignos de algún reconocimiento.

De muchos modos mejoran la vida de todos.

En su laboratorio, al fondo de un patio dormido, el débil sabio con gafas trastorna al mundo.

A nuestra presencia, ¿no vemos extenderse la revolución ocasionada por el maquinismo moderno y sobre todo por la máquina de vapor? El estruendo de esta invención no se va calmando, ciertamente. Nuestra Europa, empequeñecida por la extremada rapidez de las comunicaciones, no es por cierto más grande que Francia durante el primer Imperio. El mundo entero no es mucho más grande hoy que lo era hace cien años nuestra pequeña Europa.

¡Qué de inminentes transformaciones no presagia esta verdad!

Y la prodigiosa producción de libros, de folletos y diarios que siembran en todas direcciones los pensamientos más audaces, ¿no acelerarán también las venideras metamorfosis?

No es solamente por los inventos que los soñadores modifican la existencia de sus semejantes, sino por las ideas más abstractas e inútiles en la apariencia.

Copérnico prueba que la tierra no está quieta. La coloca fuera del punto central en que se pavoneaba orgullosa. Y ya no es más que una miserable vagabunda al través del infinito. Considerad las largas repercusiones de ese trastorno. Puesto que los hombres no habitan el centro inmóvil del mundo y que van errantes sobre una gota de lodo que vaga en la inmensidad, ya no son los reyes del Universo. Ya no tiene su agarradera teológica. La duda, la crítica, y toda la fecunda inquietud moderna, penetran en su cráneo. Pobres seres perplejos y lastimosos, comprenden un poco mejor cada día la santidad de la tolerancia y de la compasión mutuas.

Darwin enseña la ley de la evolución. Mirad el efecto ilimitado que ha de producir en lo sucesivo en las inteligencias. Sin cesar,

comprobarán aún más la profunda simpatía original que acerca a todo lo que vive y todo lo que sufre. Sin cesar, comprenderán mejor que insensiblemente todo se transforma y que es aventurado tratar de detener los cambios inevitables o intentar apresurarlos.

Así, la mayor parte de los descubrimientos acaban por influir en nuestra existencia corriente.

Y los otros soñadores, los escritores y los artistas, ¿no tienen tanto poder como los sabios?

Son ellos, en verdad, que desde lo alto y en la avanzada dirigen al pueblo, pues que forman o precisan el espíritu de cada nación.

Sin la intervención de los poetas, ¿cómo habría nacido la unidad moral de un país? De la diversidad de las razas, del extraordinario abigarramiento de las provincias aglomeradas al azar por las conquistas y los tratados, ¿cómo habría de surgir una idea común si los pensadores no la elaboraran simultánea y sucesivamente por todos sus compatriotas?

Algunos soñadores expresan los sentimientos de los hombres que los rodean. Dan voz a las aspiraciones de los que sufren y gozan, en torno de ellos. Si su palabra es clara, si su pueblo impone por la sabiduría o la fuerza su ley a los territorios vecinos, esos primeros acentos poéticos se transmiten como ecos a otros cantores que los toman y los propagan.

Poco a poco, al través de toda la extensión de un país, un acorde se fija, una sinfonía se compone: todas las disonancias se combinan en una melodía única.

La cita es larga, pero vale más que cualquier resumen frío sin belleza y sin los trazos geniales del gran soñador.

Idealista, soñador, fue Martí, y movió a un pueblo él solo. Idealista fue Bolívar, y libertó cinco naciones con el poder de sus ideas convertidas en acciones.

No será creación de idealista, creación inútil, la oficina de estudios sociales. Ha de ser un laboratorio vivo, de inmediata aplicación, como si sus informes fueran análisis para confirmar o secundar el diagnóstico del médico. La oficina puede reunir en pocas semanas muchos materiales, ordenarlos, rectificarlos, y hacer dictámenes, preparar estudios, dar los elementos para los proyectos de ley.

Esos proyectos nacerían entonces con toda autoridad, porque corresponderían a necesidades realmente observadas y porque la fuerza de su lógica y de su verdad los impondrían.

Son muchas y distintas las leyes que reclaman los entendidos en los problemas sociales.

Lo primero, según el Dr. Manuel Castellanos, ha de ser una ley de amnistía para los trabajadores que sufren prisión a consecuencia de huelgas y disturbios de carácter obrero.

Después, el reconocimiento de personalidad a los gremios.

Establecimiento de tribunales de arbitraje para dar solución a las diferencias entre los proletarios y los capitalistas.

¿Y no hay más? Ese es el programa enarbolado por el Dr. Castellanos.

Muy bien. Pero, ¿a eso se reduce la cuestión social? Es que la inmigración, la vagancia, el encarecimiento de la vida, la educación, la delincuencia, la organización del trabajo de la mujer, la prohibición del trabajo del niño, el reparto de tierras, el fomento de la agricultura y de la industria; es que todas esas cosas no son aspectos de enorme trascendencia, de incalculable significación para convertir en insolubles los problemas sociales?

Bien está que se acuda ahora con las leyes solicitadas por el Dr. Castellanos, y que se tenga en cuenta los numerosos y meditados planes del Dr. Wolter del Río. Y aunque toquen ambos legisladores todas las necesidades y les pongan remedio, siempre será un organismo útil la oficina de estudios sociales, que estaría atenta a los cambios, a las transformaciones inevitables de la humanidad.

IV

Organizaciones técnicas

Hay en muchos países oficinas que estudian la vida social en sus aspectos interno e internacional, que en unos están circunscritas a las relaciones de obreros y patronos y en otros se extienden a todos los estudios sociológicos, como el Instituto de Reformas Sociales de España, en su nueva organización del 13 de octubre de 1919.

El Instituto de Reformas Sociales, según su nueva organización, viene a ser el organismo oficial encargado del estudio, proposición, ejecución y difusión de las disposiciones legales referentes a los problemas económico-sociales en su más amplio sentido, y muy especialmente el cuerpo consultivo del Gobierno, en cuanto afecta a la legislación del trabajo y a la acción social.

Es vastísimo el radio de acción, que ha permitido a diversos de sus componentes, los sociólogos Adolfo Posada, Rafael Altamira, A. Fabra Ribas, hacer una labor enorme por la cual el Instituto español ha logrado una admirable y justa nombradía.

Compete al Instituto de Reformas Sociales el estudio e investigación de las modalidades del trabajo en España y en el extranjero, como factor de la producción, y en sus relaciones con el capital, mediante las oportunas informaciones; preparar los elementos científicos para la legislación del trabajo; formular, por su propia iniciativa o a petición del Gobierno, los proyectos de ley o disposiciones legales; cuidar de la ejecución de los sancionados mediante la inspección y demás medidas acordadas con las autoridades; procurar por todos los medios la difusión y recta inteligencia de las disposiciones sociales vigentes, estudiar los efectos de su aplicación para las reformas que aconseje la experiencia; llevar las estadísticas que su misión exija y recomiende, y desempeñar cuantos cometidos le atribuyan las leyes vigentes y los que le confíen las que en adelante se dicten.

Por medio de sus secciones de estadísticas, de inspección del trabajo, de legislación social, de cultura y acción social, de jurisprudencia, de asociaciones y de agricultura, se mantiene el Instituto perfectamente enterado de cuanto le concierne, y está al día en todas las cuestiones. Ha llegado a ser uno de los cuerpos consultivos más notables y serios del mundo.

El Instituto sostiene un Museo Social, uno de esos museos que son el exponente viviente y objetivo de los esfuerzos que cada país hace para mejorar en forma real y efectiva las condiciones de vida y de trabajo de las masas proletarias y del mundo en general y que han pasado a ser un centro de amplia cultura social. Ya funcionan museos de esta clase en Amsterdam, Viena, Berlín, Barcelona, Estados Unidos, Río de Janeiro, Buenos Aires y en distintas capitales y poblaciones.

En muchas naciones encontramos una oficina del trabajo, un instituto, una organización seria que tiene diversos nombres pero que está constituída para conocer debidamente el estado social. Hay oficinas del trabajo en los Estados Unidos, que fueron los primeros en crearlas. En casi todos los estados de la Unión Norteamericana ha sido organizada una oficina. Las hay en Francia, en Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia, Suiza, Austria, Suecia, Rusia, Portugal, No-

ruega, Dinamarca, Grecia, Hungría, España, Polonia, Nueva Zelanda, Canadá, Puerto Rico, Argentina, Uruguay, Brasil, México, Chile, Australia y en muchas ciudades del imperio británico.

En Cuba, ¿qué tenemos? La Secretaría de Agricultura publicó en 1919 un libro que es como una careta. Allí están todas las leyes que el Dr. Fernando Sánchez de Fuentes relacionó en su discurso ante la Facultad de Derecho de París: el jornal y las horas de trabajo de los obreros del Estado, reglamentación del trabajo de los obreros de la bahía de La Habana; prohibición del pago de jornales con vales o fichas; cierre de establecimientos y descanso dominical; casas para obreros; accidentes del trabajo; inmigración y colonización. Y también están los proyectos pendientes de la resolución del Congreso: un mezuquino Instituto de Reformas Sociales; un Consejo Nacional del Trabajo, algo más meditado; una regulación del trabajo de la mujer y del niño; la ley de la silla para las mujeres en los establecimientos, y otras más que no añaden mucha honra al Congreso de la República, porque dan la sensación de algo fosforescente, artificial e improvisado.

No hay en esos proyectos sino muy pocas demostraciones de esfuerzo atendible. Y no es lógico que las haya. Los legisladores tienen en el Senado y en la Cámara bibliotecas de gran valor. Pero eso no es lo bastante. Pueden disponer de las publicaciones parlamentarias que llegan de otros países. Pueden asesorarse de personas entendidas en los asuntos que quieran tratar. Tampoco basta. De nada sirve que legisladores tan estudiosos como el doctor Wolter del Río hagan proyectos muy interesantes, como los que ha preparado.

Lo procedente es la creación de un organismo social que suministre información completa sobre cada problema, que sirva para prevenir los conflictos, que conozca de un modo exacto cuál es la marcha del pueblo en todas sus manifestaciones; un organismo que abarque aún más materias que las del trabajo, y que sea como el Instituto de Reformas Sociales de España. Ese laboratorio, ese organismo técnico, es indispensable para que los hombres encargados de hacer las leyes no improvisen, para que no demos el espectáculo de vivir con muchos años de retraso en estas cuestiones ya elementales en todo el mundo; y para que algunos genios no nos sorprendan con descubrimientos y propósitos que son las primeras nociones en las ciencias sociales modernas.

He tratado el problema social con un sincero afán de acierto. Aca-so estaré equivocado, y pido desde aquí una benevolencia que tal vez necesite. Yo sólo he querido traer a este periódico cubano, a este *Diario de Cuba* tan nacionalista, las inquietudes que me agitan en esta hora difícil para todos. Y deseo que no haya sido inútil mi labor. No lo será, por lo menos, ante los que como el Dr. Wolter del Río son competentes y luchadores, empeñados desde hace tiempo en darnos una perfecta y justa organización social, por la que alcancemos durante “el tan breve sueño de la existencia” alguna felicidad, alguna alegría, alguna compensación.

Diario de Cuba, 1927.



EL MERIDIANO DE AMERICA

I

Escribí hace ya unos cuantos meses en este mismo *Diario de Cuba* dos artículos acerca de nuestra posición en el mundo, como pueblos que están en constitución y avanzan rápidamente hacia el porvenir. Esos artículos tuvieron alguna resonancia. La muy querida revista *Orto* los llevó a sus páginas, y la *Revue de l'Amérique Latine*, vocero de los latinoamericanos desde la cumbre del idioma francés, reprodujo unos párrafos en su número de abril y comentó la orientación que un escritor de América estima única y necesaria para nuestra realidad. Somos latinoamericanos, decía yo en aquellos trabajos tan llevados y traídos. No podemos aceptar el papel de comparsas de España, que nos asigna el político reaccionario Vázquez de Mella, y que con paliativos o dulzores quieren fijarnos otros periodistas y dirigentes de la intelectualidad española. No creemos en la reivindicación colonial de España, ni en el cuento forjado de la "leyenda negra". Tenemos fisonomía propia, intereses ajenos a los de España, y tardaremos mucho en comprendernos si desde allá nos miran como a países de conquista.

Esa es la doctrina que defiendo, con la seguridad de que cumplo un deber.

La colonización española fue mala, imprevisora, injusta. Los gobernantes enviados a la América trajeron sus vicios, sus opiniones, su mentalidad y su religión. Se llevaron el oro, los títulos y los ascensos. Construyeron poco, lo indispensable; y no nos educaron. El resultado fue el largo siglo de tanteos con muchedumbres no preparadas de las que surgieron a ratos los caudillos, los déspotas y los tiranos tocados de providencialismo y de barbarie. Benditas sin embargo las revoluciones, que han permitido a determinados pueblos encontrar en la sombra el verdadero camino y marchar de acuerdo con la civilización. La América se ha ido educando, al mismo tiempo que chapoteaba en el

fango de los crímenes y que se limpiaba de su pasado horrendo. Los progenitores nos enseñaron a vivir en un estado de transitoriedad, siempre de modo provisional, como de paso, y ha sido misión de nuestros hombres y maestros demostrarnos que ésta es nuestra habitación definitiva, que viviremos temporadas en otras naciones pero sin olvidar el suelo patrio, el continente al que debemos consagrar los ideales y la vida. Todo cuanto disfrutamos en el día, es obra del esfuerzo americano en un noventa por ciento, o más.

Comparadas nuestras repúblicas con las colonias norteamericanas en el tiempo de la emancipación, tendrá que admitir quien no sufra ceguera voluntaria que la situación era muy distinta en unas y en otras. No hay paralelismo. Los del Norte eran ciudadanos ingleses, y lo eran con todas las prerrogativas. Protestaron porque el Parlamento de Londres les impuso una contribución sin la previa consulta a los organismos que en cada Estado tenían su representación. No se sublevaron para conquistar libertades, sino para seguir disfrutando las que ya tenían desde la llegada de sus ascendientes a aquellas tierras. Eran como pueblos libres trasplantados. En las colonias de España no hubo sino invasiones de favoritos enviados para rehacer fortunas.

Eso en cuanto a la historia. Las leyes de Indias, que esgrimen ciertos escritores como un monumento de previsión y de justicia, fueron ordenanzas ineficaces porque los numerosos capitanes del rey de España tenían órdenes y autorizaciones privadas, y porque las legislaciones especiales anulaban siempre los códigos de los grandes consejeros.

II

En el presente podemos mostrar las mismas razones que justificaron la rebeldía. No estamos en situación de modificar nuestro criterio. Toda la avalancha de opiniones que ha suscitado un pobre artículo de la *Gaceta Literaria*, de Madrid, en que se propone a la capital de España como meridiano intelectual de América, sirve para demostrar que después de haber logrado la independencia queremos mantener nuestra personalidad, ser nosotros. A los escritores de la revista argentina *Martín Fierro* los han abrumado con *boutades* más o menos bien dichas, tan *boutades* como las de ellos, pues si no les lanzaron

frases hirientes les dijeron cosas insostenibles desde un punto de vista histórico, y los trataron como muchachos.

Esa alargada tiene la significación de un alerta.

“¡Cuidado!” Dicen desde El Plata los jóvenes revolucionarios de la idea.

Y es verdad que allí están en guardia. Allí no podría decir un escritor español — sin arriesgarse a una rechifla — que “la política exterior de España debe continuar siendo imperial”, como aseguró un señor en el *Repertorio Americano* de Costa Rica. Allí tampoco podría afirmar, sin ser lapidado bajo las piedras del ridículo, una cosa tan absurda como esa que ha expelido en el *Diario de la Marina* un cubano francés: el Sr. J. B. Legendre:

... gracias a España, la vida americana torció radicalmente su rumbo encauzándose por caminos que han conducido al cabo de cuatro siglos a ese florecimiento portentoso de que pueden envanecerse los ¡Estados Unidos!, México, las Antillas, los pueblos centroamericanos y las prósperas repúblicas del Sur.

Aquí, sin embargo, se levanta una tribuna en la prensa y se pide la cooperación de los posibles correligionarios. Es continuo el chorro de los que piensan como el periódico, y se gradúa con cuenta gotas las opiniones de los contradictores. Ya hace tiempo dijo un ilustre escritor cubano, José Antonio Ramos, que “la prensa de Cuba no lleva a Cuba en el corazón, sino en el libro de caja”. El españolismo hipócrita y vociferante llena el libro de caja con asientos halagadores por lo remunerativo. Por eso presenciamos la pugna — guerra a muerte — que se hacen los diarios para aprovechar un debilitamiento en las campañas hispanófilas de los demás y suplantarlos en el favor de los hijos de España, siempre fáciles a la lisonja y propicios a la explotación por parte de quien les cante las “glorias de la raza”.

Si fuéramos a seguir el mismo sistema ofensivo de los escritores españoles, que pierden toda noción de tolerancia al tratar estos problemas, diríamos que el espectáculo ofrecido con los incidentes de la pelea de Uzcudun es bastante para fijar una orientación. El que no elogia, el periodista sospechoso de un criterio adverso, es enemigo. No se debe comprar su periódico. Esto ha ocurrido recientemente en Cuba, en una increíble campaña de difamación. Hemos tenido momentos en que Paulino Uzcudun era el representante genuino e in-

atacable de ese "meridiano intelectual" propuesto por la *Gaceta Literaria*.

Nadie se ha atrevido a decir eso, que hemos sentido como realidad dolorosa, que ha existido, porque en verdad y en justicia sería exagerar. No tienen la culpa los intelectuales españoles de ese presente. Y lo español no está ahí, a pesar de muchos.

III

Y, también a pesar de quienes miran con recelo envidioso y mal sano el engrandecimiento del espíritu de América, hay que defender con serena energía nuestra independencia intelectual. América no reconoce meridianos fuera del Continente. La seguridad que tiene del porvenir le permite esa arrogancia. América es el porvenir del mundo.

Hace unos cien años el escritor francés Elías Regnault habló en esta forma:

La América empezará su carrera con toda la suma de conocimientos acumulados por el hombre durante cinco mil años de trabajo. La expresión de nuestro más alto poder será su punto de partida; y su cuna será iluminada por las brillantes luces de nuestra edad viril: el fuego de Prometeo será trasportado del Cáucaso a las cordillera de los Andes; pero reanimado y vivificado por el soplo activo de un mundo naciente.

El orgullo de la vieja Europa no admite este cuadro de la grandeza futura de la América; pero la lógica de la historia está ahí para desengañarla de sus pretensiones a la eterna soberanía del mundo. El Egipto de los Faraones, cuando marchaba a la cabeza de la civilización humana, no pensaba que del pequeño archipiélago de la Grecia saldría un pueblo que la dominaría con todo el poder de una inteligencia perfeccionada. La Grecia, por su parte, que daba el nombre de bárbaros a todos los otros habitantes de la tierra, no imaginaba que llegaría a ser el vasallo de un pueblo desconocido de las orillas del Tíber. En fin, ¿qué habrían pensado los romanos del siglo de Augusto si se les hubiera anunciado que los destinos futuros del mundo se hallarían entre las manos de los hijos de Arminio, mezclados con los galos domados por César? Así cada pueblo es a su vez llamado a ser el iniciador del género humano; pero su poder de iniciación tiene límites, y cuando se ha extinguido a fuerza de trabajos entrega el porvenir a otros que continúen su tarea. Sin embargo, el progreso humanitario no se detendrá; pero partirá de otra latitud. La diferencia estará en que

estos cambios de influencia se harán por conquistas intelectuales y no por los triunfos de la fuerza bruta; la diferencia estará en que los pueblos no se dividirán en vencidos y vencedores, sino que se reunirán en una vasta asociación, en la cual no habrá más que superioridades morales. En los misterios religiosos de la antigüedad, se decía que el iniciador mataba al iniciador: éste era el símbolo de las revoluciones sociales. El símbolo cristiano es la admisión a la mesa común; en otros términos: la fraternidad.

Así, cuando decimos que la América se encargará de los destinos del porvenir, no pensamos que el otro mundo llegará a ser su esclavo; pensamos que será el poder que dirija la asociación universal. Si se nos pide la prueba de nuestras aserciones, nos contentaremos con esta: "Es la última que ha venido".

Ante esas verdades, dichas proféticamente hace un siglo, se vuelve ruido de hojarasca la gritería de allende y las repercusiones de aquende, impregnadas de un fenicio sabor recaudatorio.

La misión de América es seguir su destino, sin atender ni despreciar meridianos.

Diario de Cuba, 1927.



SAGRADAS MEMORIAS

I

Hace muy pocos días apareció el primer volumen de las obras de Sanguily, publicado por el afecto filial en una corta edición no agotada a estas horas.

El gran cubano dedicó algún tiempo, de sus últimos meses atormentados por la enfermedad, a preparar los originales de sus obras completas en que los hombres futuros apreciarán toda la magnitud de su esfuerzo por la cultura y por la Patria. Sólo pudo fijar un plan, que el hijo cariñoso ha de seguir, si éste y los tomos sucesivos van facilitando los recursos para tal empresa. La muerte detuvo al trabajador de toda la vida, inmovilizó aquella mano que fue durante más de cincuenta años foco de luz generosa y útil, y rompió los propósitos del enérgico sembrador de ideales.

Yo no tuve la suerte de contarme entre los privilegiados que oyeron las arengas de don Manuel Sanguily. Pero en la intimidad pude oírlo varias veces. Porque a don Manuel se le oía. Nada más que se le oía. Era irreverente hablarle, y a veces era imposible. Cuando nos visitaba en la redacción de *Cuba Contemporánea* veíamos algo como un ventanal abierto sobre las más estupendas hazañas de la historia, por el que entraban a raudales la filosofía, la literatura y la crítica. Hablaba por espacio de horas, y sin trabajo aparente iba dejando adivinar la grandeza de su saber, la firmeza de su memoria y el rigor de su juicio. Los conocimientos surgían dóciles a su voluntad, como de reciente adquisición, o como si esperaran sumisos el mandato del dueño imperioso; los recuerdos, esa manera de conocer y de amar, se hacían tangibles ante la evocación de aquella palabra majestuosa y serena. Y hablaba, hablaba de cosas que para sus oyentes de aquellas tardes significaban mucho. Allí conocimos episodios magnos de la manigua y la emigración, y recibimos la visión de muchos hombres ilus-

tres, al través de su temperamento nervioso y apasionado. Y allí aprendimos a quererlo quienes como yo habían llegado al grupo de sus amigos un poco tarde, cuando sólo humeaban ya en la lejanía los rescoldos de los incendios, y cuando se disipaba en la memoria el ruido de las tempestades.

Algunas de las siluetas y figuras de este libro pasaron ante nosotros. Gustaba de la evocación. Sin embargo, pronto volvía la cara al presente y su voz clara, dúctil, vivaz, ponía severos comentarios al suceso último, a la novela de tal autor, a la orientación literaria o filosófica del día. Era el maestro que levantaba su cátedra al encontrarse con público amigo; era como un director espiritual que tenía noción de su deber y lo realizaba, y marcaba a los discípulos con toda sencillez rumbos de elevada moral. Don Manuel Sanguily, grandilocuente, soberbio, artífice fecundo en metáforas e hipérbolos cuando llegaba a la tribuna, era en las pláticas cordiales un buen camarada, aunque en él algo superior imponía el respeto y señalaba los límites de la intimidad y la franqueza. Ese algo era la pura magnificencia legendaria de su vida.

Los que nacen ahora, los que no pudieron conocerle, disfrutarán su obra, admirarán su historia, tersamente contada por el hijo en las páginas iniciales de este volumen primero. Porque sin haber dejado en las cuartillas lo mejor, lo más brillante, lo maravilloso — pues eso lo vivió —, todo lo que ha legado es bueno y merece el amor de sus conciudadanos. Y los hombres de hoy podrán unir la verdad de aquel talento múltiple con la leyenda de sus rebeldías y sus arrogancias. Saldrá entonces sublime en la veneración cubana, aunque no tanto como era en la realidad, el Manuel Sanguily de la epopeya, el que se enfrentó adolescente con un capitán general para pedirle justicia, el que cruzó los mares en un bote para irse a buscar la muerte en el campo revolucionario, el que rehusó el ejercicio de una profesión que podía enriquecerlo por no jurar fidelidad a España, el que desafió la pobreza, los peligros y la iracundia de los gobernantes españoles en la ardiente propaganda separatista, hecha en los días febriles de la conspiración, en medio de las mayores incertidumbres, pero con entusiasmo, con decisión, con heroísmo.

Estas *Nobles memorias* son otras conversaciones que el muerto nos envía desde su silencio ya definitivo. Yo he leído con devoción las páginas trazadas al impulso de un emocionado sentimiento patriótico,

escritas entre lágrimas que luchan por salir de los ojos acerados. Recogido en medio de la muchedumbre, en dos tardes grises y lluviosas, he visto el panorama que don Manuel Sanguily nos muestra, que es como un panteón de cubanos insignes, y en mi cerebro, en mi memoria, en mi conmovida imaginación, se han renovado las fiestas espirituales de otros días, a la hora suave del atardecer, en que él nos hizo personalmente la gracia de evocar algunas de estas vidas.

Sagradas son estas memorias, que nos dicen con angustia y con dolor cómo han sido muchos de los precursores; sagradas memorias que ofrendó a su pueblo en ejemplar herencia otro de los grandes, para que su pueblo ame en los próceres la nobleza de la vida y aspire a ver fructificar en su ruta las semillas de su magnífica enseñanza.

II

Esta primera obra de Sanguily es toda ella una lamentación. Tiene perfecta unidad. Parece pensada de una sola vez. El tema es siempre el mismo: la muerte de un cubano, de un cubano que tuvo vida ejemplar, que se llamó José Antonio Cortina, o Miguel Figueroa, o Manuel de la Cruz, o Ignacio Agramonte, o Francisco Vicente Aguilera. Vivió muchas existencias don Manuel Sanguily: como revolucionario, como escritor, como hombre público. En cada una de ellas fue un observador, y en el transcurso de los años iban cayendo los amigos que lucharon junto a él en cualquiera de los campos en que le tocó actuar. Así es la historia de todos los hombres de vida prolongada e intensa. Por eso tiene el volumen editado recientemente la característica de una lamentación.

Pero no es el lacrimero pueril del pseudo cronista que está obligado a llenar unas columnas de periódico en necrología llorona. Es la recia impresión causada por la muerte de un compatriota en el espíritu indomable del hombre nacido con vigor para todas las contiendas.

El autor graba en relieve, o en estatua ya única, el rostro o la figura completa. No es un miniaturista, sino un verdadero escultor. La personalidad queda plasmada con caracteres propios, con rasgos que se fijan de modo indeleble en la memoria. Ahí está, vivo, magistral, preciso, Fernando Arizti, el "virtuoso" del piano que en las postrimerías de la enfermedad traidora se mira un día los dedos — te-

meroso de un nuevo ataque de parálisis —, y se dirige al piano y toca de manera asombrosa en la más inspirada de las improvisaciones. Joven, dichoso, asediado por todas las venturas, las de la riqueza, el talento, la felicidad, la popularidad, la nobleza de alma, admiramos a José Antonio Cortina, el que “tuvo amigos porque él supo serlo”, el que libertó a sus esclavos, el que “siempre tuvo audacia bastante para ser temido y sinceridad bastante para ser respetado”. Y queremos a Miguel Figueroa, el orador maravilloso que pudo electrizar con su palabra a una generación de cubanos en que vivieron los más elocuentes tribunos de nuestras contiendas por las libertades. Miguel Figueroa llenó, él solo, un capítulo del pasado de Cuba. “Fue sin duda patriota de elevadas miras, orador, incomparable, la encarnación simpática de la protesta romántica, sincera, móbile y a la vez permanente del pueblo cubano, — su aliento, su intérprete, su verbo vigoroso”. Y aumenta la veneración que todos sentimos por Francisco Vicente Aguilera el homenaje de Sanguily a su memoria, en que resplandece con todos sus atributos el carácter de uno de los fundadores de la patria. Y vemos con ojos llenos de cariño a José de Armas y Cárdenas, el sabio, el erudito, el historiador, el periodista que murió cuando aún no disfrutaba de la tranquilidad perseguida durante largos años para escribir las obras de su ilusión.

Terminado el libro, el lector se siente más cubano, más orgulloso de las glorias que en otros días alcanzaron para Cuba los que Sanguily elogia y despide en *Nobles memorias*.

Porque esa fue la cualidad predominante en el gran desaparecido: el amor a la Patria. Toda su vida estuvo consagrada en ofrenda a la Patria. Por ella adquirió cultura, que facilitaba sus medios de combate; por ella sacrificó su juventud en la Revolución, y los días mejores de su edad viril; y para ella fueron siempre sus anhelos, sus iniciativas, su esfuerzo de escritor y tribuno, de propagandista y maestro.

Yo veo en *Nobles memorias*, primordialmente, el resultado de un cubanismo sin intermitencias ni altibajos, un cubanismo que se mantuvo en todos los tiempos al mismo nivel de pureza y de arrogancia. Don Manuel Sanguily, hidalgo, severo, lleno de ciencia y de valor, dijo cuanto quería decir, y lo dijo en cubano. Jamás utilizó como instrumento un suceso mezquino o una discrepancia entre compatriotas. En las páginas que dedica a Francisco Vicente Aguilera, a

Nicolás Azcárate, a Ramón Roa, tuvo oportunidad para hurgar en pasadas luchas de la historia nacional que todavía son muy recientes para que no las desvirtúen la pasión o el entusiasmo. No lo hizo, y aunque es lamentable haber perdido la verdad relatada por él, o más bien: *su* verdad, debemos admirar esa disposición del que aspiró únicamente a servir con abnegación los ideales de libertad y cultura de su pueblo.

III

Hay en *Nobles memorias* varias notas pequeñas que tienen significación para los escritores. Son las que hablan de Julián del Casal, de Manuel de la Cruz, de Nicolás Heredia. Entra en este grupo también la extensa y emocionada en que Sanguily expone la personalidad de José de Armas y Cárdenas. Es la parte de los literatos.

La historia de Cuba muestra a los que se introducen en sus selvas y bosques una diversidad de aspectos característicos, de hechos peculiares y de hombres sin precedentes. Desconocido el pasado por nosotros mismos, cada vez que se ensancha o aclara el horizonte nos sentimos maravillados ante la realidad, ante la excelsitud de esos hombres y de esos acontecimientos.

Cuba ha contribuído con la gloria de dos poetas a la revolución de la lírica castellana: José Martí y Julián del Casal, que fueron dos precursores cubanos del movimiento renovador. Uno de ellos fue algo más que poeta: llegó a Héroe. El otro cumplió su deber de artista, y hoy lo incluyen todos en el corto número de los elegidos. El propio Sanguily elogia en Casal más al "hombre manso y sonriente siempre", aunque no deja de reconocer que sintió invencible repugnancia por la vulgaridad "y se esforzó a veces por colocarse a gran distancia de ella". No da, sin embargo, una impresión de lo que fue Julián del Casal como artífice del verso.

Más emocionada aún es la página de exaltación ante la muerte de Manuel de la Cruz. Y también es poco. Sanguily sufrió el dolor de aquella desaparición brusca y lamentó la terrible pérdida para la Patria. No tuvo tiempo para pensar que había muerto un gran escritor, uno de los pocos grandes escritores de la América de entonces. Sintió únicamente que bajaba a la tierra un patriota incansable, uno que

también se había arrodillado piadosamente ante el ara y en ella ofrendado, de una vez, cuanto tenía, cuanto le era caro: su familia, sus tres hijos pequeños; haciendo la formal promesa de bregar hasta el fin, de consagrar a la magna empresa su corazón, su inteligencia, todas sus poderosas energías.

El hijo de Manuel de la Cruz está publicando también — como el de Sanguily — las obras de su padre. Los cuatro volúmenes aparecidos hasta ahora prueban la importancia de una labor hecha sin reposo, sin tranquilidad espiritual, sin que las necesidades materiales de la vida permitieran la serena lectura o la instrucción magnífica de los viajes. Esos cuatro volúmenes bastan para forjar la reputación de Manuel de la Cruz. Y es lástima que Sanguily no hiciera crítica o exposición de tan grande obra literaria.

Nicolás Heredia es un poco más afortunado. Sanguily hace notar que ha muerto un escritor, un maestro de la palabra escrita, un sacerdote de la literatura. Y lo mismo resalta en la necrología de José de Armas y Cárdenas.

Es oportuno decir que los dos últimos marcharon a lo desconocido después de las batallas por la independencia. El suceso era un desastre para las letras y la cultura nacionales y no para el ideal de libertad, como en los casos anteriores. La muerte de Julián del Casal y de Manuel de la Cruz eran bajas en el noble ejército, y había que deplorarlas con elegías arrebatadas. En el tiempo en que las otras sucedieron ya corrían serenos los cauces de la vida para Cuba y para el autor, ya no se convertía todo acontecimiento en un motivo más de lucha.

Y tanto los escritores, como los soldados, apóstoles y tribunos que menciona Sanguily en *Nobles memorias*, son honda y sinceramente cubanos. Tal es la sensación que deja este primer tomo, en que está vibrante y cubanísima el alma de un gran patriota que tuvo un gran cerebro y que vivió ejemplarmente para enseñanza de sus conciudadanos y para orgullo de la Patria.

Diario de Cuba, 1927.



UNA LECCION DE ORGULLO NACIONAL

Ha llegado a Cuba un doctor de la Universidad Central de Madrid que viene a tomar parte en la Conferencia de Migración. No es un suceso extraordinario. Es natural que a las reuniones técnicas de carácter oficial los gobiernos traten de enviar hombres bien preparados. Aunque puede haber simulaciones, como en los congresos que tienen apariencias de particulares, no es lo corriente. Delegados de la Sexta Conferencia Internacional Americana conocimos — ¿verdad, mis compañeros secretarios de comisiones? — que no se atrevieron a mover siquiera un dedo ni a abrir la boca, seguramente abrumados por el peso de su saber y convencidos de que una sola palabra llena de luz que pronunciaran sería detonante en el panorama gris y monótono del Congreso. Pero en donde se advierte la incompetencia de los delegados es en cualquier junta formada por asociaciones. Cuando haya quien escriba la historia íntima de algunos congresos, se sabrá de qué quilates llega a ser la audacia de ciertos hombres.

El doctor de la universidad española es un personaje en su país. Sabe como pocos la ciencia de la sociología, la del derecho, y ha estudiado filosofía, letras, historia. Su cultura es amplia y fuerte. Como delegado a la Conferencia de Migración, será uno de los más laboriosos y eficaces auxiliares para el estudio de los problemas migratorios, aunque no intervendrán él y sus paisanos en las discusiones.

Cumplirán así las instrucciones de sus gobernantes, y sobre todo de su emperador. Porque el doctor madrileño es un japonés, un hombre que habla como nosotros. El doctor Kinta Arai nos observará con sus ojos impasibles y procurará ir hasta el fondo, acaso para saber el límite de nuestros sentimientos y la calidad de nuestra adhesión a los “amigos” del Norte.

Las declaraciones del huésped japonés a un periodista despertaron la curiosidad y el interés entre los intelectuales hacia el sorprendente

archipiélago que en un siglo ha dado el salto de la Edad Media a la civilización actual. Llama la atención de los más indiferentes cómo un pueblo ha podido situarse en lugar tan avanzado sólo en unos setenta y cinco años de europeización. Es que necesitaban los japoneses impedir nuevas imposiciones del extranjero, como en 1854. Y es preciso reconocer que están ya bien preparados y que son motivo de preocupaciones en ciertas cancillerías.

El doctor Kinta Arai nos descubrió el Mediterráneo con sus informes. Para algunos, indudablemente, habrá dado la primera noticia no sólo de la actual organización japonesa, sino hasta de aquel país. Para los que leen, han sido las palabras del delegado una ratificación de cierto libro publicado en Cuba por el año 1921 y que es un texto de nuestra Universidad. El bien estimado Jorge Mañach pronunció hace pocos años su comentada conferencia sobre la crisis de la alta cultura en nuestra patria. Afirmaba el amigo que ya no se estudia aquí del modo intensamente desinteresado que tanta ilustración dió al pasado siglo. Y aunque la aseveración tiene algún fundamento, lleva también mucha injusticia. Aquel Congreso Jurídico, de 1917, fue una gran demostración de cultura especializada. Otras manifestaciones evidentes de alta cultura han sido dadas antes y después. No puede pedirse más de esta nación azotada por todos los desastres y depauperada por todas las miserias en largos años de rebeldías revolucionarias.

El libro titulado *Japón*, del doctor Juan Clemente Zamora, profesor de Derecho Político en la Universidad, puede servir a Mañach para aquilatar el esfuerzo de cultura hecho por un cubano con el propósito de aumentar los conocimientos de sus compatriotas. Zamora nos decía en ese libro mucho más de lo que el doctor Kinta Arai declaró al periodista.

Sin embargo, no ha faltado la admiración ignara, que abre los ojos imbéciles ante la palabra sencilla del sabio cuando expone con naturalidad cosas bien sabidas y consideradas como vulgares noticias de diccionario enciclopédico. El doctor Kinta Arai relató el funcionamiento del poder legislativo en su patria. Ya el profesor cubano contó las mismas cosas con una mayor suma de detalles, en los que se advierte la minuciosa investigación hecha en las más serias obras de consulta para dar cuenta de la historia política del imperio japonés y de su constitución.

El doctor Zamora es un hombre modesto, un cultivador de la ciencia profundamente estudioso y bien provisto de saber madurado, a pe-

sar de su juventud. Cada dos o tres años hace imprimir un libro de derecho constitucional, que es la asignatura explicada por él en la Universidad. Si lo requieren al tratarse en público una cuestión de las de su competencia, da la opinión elaborada en largas horas de estudio. Y es siempre su criterio el de un profesor que sabe ser a la vez ciudadano y expresar su sentir de individuo en marcha con la comunidad. No habla con la fría indiferencia del sabio que se escuda en su laboratorio para ignorar los combates del exterior.

La visita del delegado japonés me ha hecho pensar en Zamora y en la lección de orgullo que el visitante nos ofrece sin pretenderlo. Tenemos aquí, en la patria de los indios con levita, un escritor que desde 1921 llevó a sus alumnos de la Universidad, y después al público en forma de libro, todo cuanto en 1928 el doctor Kinta Arai ha creído indispensable para que los cubanos reconozcamos que el Japón es un pueblo reciamente incorporado a la civilización occidental.

El País, 1928.



“HUELLAS DE GLORIA”

I

En una reunión celebrada por cierto grupo de escritores, reunión para mí inolvidable, se trató de prolongar la existencia de una revista cuya obra cultural ha merecido el aplauso y la admiración de compatriotas y extranjeros. La situación económica era desesperada. Y se ofreció alguien — que no era del grupo — para gestionar la generosidad oficial. Uno de los presentes hizo esta reflexión, que había surgido en los cerebros de los demás, ya en una forma o en otra:

— Primero oigamos a nuestros muertos. Qué dicen nuestros muertos. La revista ha dejado de ser.

Tuve allí una demostración de que no vivimos limpiamente en balde. Lo que hemos sido, habrá siempre quien lo recuerde, quien lo tenga en cuenta y sepa defenderlo. Y muchas veces he pensado que Martí se mostraría contento de su vida sacrificada y de su inmolación, si pudiera conocer un acto cualquiera de patriotismo de algún ciudadano respetuoso de sus prédicas.

Mandan los muertos con mayor fuerza que los vivos. En cada una de nuestras acciones hay más influencia del pasado que de lo actual. Seguimos con devoción la ruta marcada por los que nos precedieron en la conquista de los ideales. Honramos a cada momento la memoria de los precursores en las epopeyas de la libertad. Venimos a ser los usufructuarios de una heredad por ellos lograda o embellecida, y nos dedicamos a cumplir el deber de engrandecerla.

¿Cuántos oyen el mandato de los muertos? No importa que sean muchos o pocos. Lo esencial es que lo escuchen con atención y reverencia, y así la obra de todos no estará en peligro.

Entre las repercusiones de la historia, el libro publicado hace tres semanas por Emeterio Santovenia es algo que pasa los linderos de lo

vulgar. Es como un arca en que se contienen los trofeos de un pasado, todo él de sacrificios, heroicidades, luchas, caídas y victorias.

Santovenia ha reunido las frases más representativas del ideal de independencia cubana que pronunciaron los grandes patriotas desaparecidos en el cadalso o en la hora de la pelea. Muchas de esas frases las repite nuestro pueblo, y aunque sabe el nombre de su autor no conoce bien las circunstancias que las produjeron. Santovenia es uno de los historiadores más completos por su laboriosidad, por su talento crítico, por su espíritu independiente y por su cultura. Todavía en plena juventud, puede ya presentar una obra fundamental de conjunto que por la cantidad y la calidad es bastante para conceptuarlo entre los ensayistas históricos más bien orientados. En este libro ha demostrado que es capaz de hacer incursiones por todos los caminos de lo pretérito. Porque hasta ahora lo más característico de su labor fue lo consagrado a la provincia occidental. Con *Huellas de gloria* viene a decirnos que no es historiador de una región, sino universalmente cubano.

II

Publicado el libro de Santovenia ahora, Néstor Carbonell ha tenido la buena iniciativa de adquirir casi toda la edición, que repartirá entre los delegados a la Conferencia Internacional y entre las bibliotecas y periódicos de la América.

Ningún homenaje a los grandes podría ser tan interesante como ése. A los pueblos americanos les asombra Cuba. El cariño hacia nosotros tiene mucho de admiración. Visitaron aquellos países maravillosos oradores, cultísimos literatos, poetas de significación continental, guerreros dignos de Bolívar, de Sucre, de San Martín. Fueron a recordar que aún vivían sin libertad dos hermanas de este mundo nuevo, que Cuba y Puerto Rico solicitaban la simpatía de los pueblos colombianos. Y aquellas peregrinaciones de nuestros más insignes libertadores forjaron una leyenda de ilustración y de grandeza que la realidad siempre confirmaba. Muchos latinoamericanos sienten como necesidad máxima la de conocer a Cuba, ver sus valles y montañas, disfrutar su clima y enterarse de su historia torturada en esta propia tierra.

— Ya estoy en Cuba... — decía una vez Amado Nervo —. Y volveré.

Ponía el gran poeta una emoción altísima en sus ojos serenos que miraban ya a la muerte con tranquilidad; una emoción tan cordial, que yo vi condensados en ella la opinión y los sentimientos de todos nuestros compatriotas americanos.

Por eso la obra de Santovenia es uno de los mejores actos no oficiales ofrecidos para honor de Cuba en los días de la Conferencia Internacional.

III

No es fácil detenerse en una sola de las frases recopiladas por Santovenia. El lector vacila ante las flores de patriotismo y abnegación puestas al través de nuestro pasado por personajes notables o humildes elevados gracias al amor a Cuba. No fue la Revolución un sueño de cierta clase adinerada o selecta, sino la aspiración única de todo el pueblo, y no habría triunfado el pequeño Ejército Libertador de no haber tenido en cada cubano pacífico y laborioso un colaborador eficaz en los infinitos trabajos de auxilio y preparación de las campañas. Ramón Santana, obrero que entregó a los fondos revolucionarios las cantidades ahorradas para comprar medicinas indispensables, respondió a su pobre mujer estas palabras magníficas por su sencillez y su estoicismo:

— *¡La patria vale más que la vida!*

Y murió a la semana siguiente, por haberse privado de los tónicos que le prolongaban aquella vida de patriota.

— *Y tú, empuñate, que ya es tiempo de que peles por tu patria.* Esta frase de Mariana Grajales al mentor de sus hijos los Maceo, es una inscripción heroica solamente comparable a la de José Victoriano Betancourt, que al enterarse del viaje de sus hijos hacia los campos libres de la lucha y de la muerte profirió estas palabras:

— *Yo les había enseñado el camino.*

Y si la Independencia produjo esos rasgos de desprendimiento a los padres, también hubo esposas que prepararon con entereza a sus amados para la aventura final.

— *Ve, cumple con tu deber, y que cuando vuelva a abrazarte seas un hombre libre.*



Esa fue la despedida de Ana Josefa de Agüero a su esposo Joaquín de Agüero, uno de los precursores de 1851, que cayó fusilado por la espalda y que al saber su sentencia preguntó:

– *Y ese pueblo, ¿qué hace?*

También otra mujer de temple, Ana Betancourt, casada con Ignacio Mora, recomendó a su marido:

– *Por ti y por mí, lucha por la libertad.*

Cumplió el héroe con tanta precisión el deseo, que prisionero y enfermo de gravedad rechazó las insinuaciones de un oficial enemigo, para que declarara como presentado, con esta frase:

– *Los hombres de mi clase sabemos morir, pero no deshonrarnos.*

IV

¿Verdad que este libro de Emeterio Santovenia es el mejor himno de gloria que los cubanos podemos presentar a los hermanos de América llegados hasta aquí en esas generosas tentativas de confraternidad que son las Conferencias Internacionales? ¿Y verdad también que tan bella manifestación debe enorgullecernos, porque nos permite blasonar de una ejecutoria extraordinaria y admirable?

Huellas de gloria es una de las mejores fiestas espirituales de la Conferencia. Así habrán sabido reconocerlo esos ilustres delegados, casi todos escritores y hombres de cultura. Y por *Huellas de gloria*, Santovenia merece bien de la Patria.

Diario de Cuba, 5 febrero 1928.



NUESTRA CIVILIZACION ES LATINA

I

Desde la tribuna habanera de la Hispano Cubana de Cultura el profesor español Luis de Olariaga ha dicho cosas que los escritores de América debemos conocer y comentar. El señor Olariaga ha negado latinidad a la cultura de nuestra América. Eso, por lo menos, dicen las informaciones, que el conferencista no ha rectificado. Deber de un orador es el de la rectificación cuando hay un solo periódico, uno solo, que trastorna sus ideas en lo fundamental y lo presenta en actitud distinta a la adoptada por él ante el público.

Nadie ha dicho que no es verdad que el señor Olariaga negara latinidad a la civilización de la América. Es preciso aceptar como fieles las versiones reporteriles.

El señor Olariaga es un escritor bien conocido por nosotros desde sus valientes artículos en aquella revista *España*, que tantas simpatías ganó para los pensadores españoles en estas tristes y casi siempre agraviadas tierras americanas. Al venir él pensamos que estaría bien representada la ciencia — no española, porque la ciencia no tiene patria — en las tribunas de la Hispano Cubana.

Vemos que no ha sucedido así. Es lamentable.

Con una afirmación al parecer rotunda, el señor Olariaga aisla en la debilidad de un encasillamiento exclusivo a la “civilización española”. Ya no es una rama importante de la civilización latina, sino un gajo espontáneo y endeble de la civilización mundial.

Muy bien. Fijada en esos términos la cuestión, es muy posible determinar pronto la injusticia de la nueva propaganda. Pero antes debe decirse que no hemos provocado la polémica, o cuando menos las explicaciones. No sé si otros escritores latinoamericanos responderán, como lo hicieron en 1927 cuando la *Gaceta Literaria*, de Madrid, quiso en un desplante marcar un meridiano intelectual a nuestros pueblos.

Y no sé tampoco si el señor Olariaga tocará de ese modo el tema en los demás países de su excursión actual.

Sí estoy convencido de que la pretensión del señor Olariaga no es nueva en los intelectuales españoles. El fallecido jefe carlista Vázquez de Mella dijo hace unos cinco años estas cosas increíbles:

El porvenir de España está en América. España debe dedicarse a formar una agrupación de naciones iberoamericanas, en la que se encuentre incluído Portugal, y presentarse así, fuerte y a la cabeza de ellas, ante los pueblos de Europa. Entonces recuperará su poderío.

Conferencistas, escritores, periodistas, han trabajado por *convencer* a los latinoamericanos de que han sido y siguen siendo tan tributarios de España en lo espiritual como lo fueron en el orden político. Es ridiculizado en todos los tonos el carácter latino de la cultura americana.

Eso significa vivir de espaldas a la historia.

Vamos a entendernos. No desdeñamos cualquiera manifestación de cultura, porque no mereceríamos ser hombres. En ese sentido pueden enseñarnos mucho los cultivadores de la ciencia, los investigadores, los sociólogos, los artistas de España, como nos enseñarán los de otras naciones. Lo que rechazamos es que *toda* nuestra civilización sea española, que debamos a España lo fundamental del pensamiento americano. Y no lo rechazamos caprichosamente. Aunque ahora no quisiéramos reconocerlo, y ello sería inútil, la realidad es que las ideas predominantes en la América desde hace cerca de dos siglos vienen de Francia, de Italia, de Portugal, lo mismo que de España. Alemania, Inglaterra y los otros pueblos han sido conocidos al través de las traducciones francesas e italianas principalmente. Lo bueno y lo malo de nuestras rebeliones y de nuestro espíritu son de Francia. La revolución norteamericana fue comprendida en la *traducción* que hicieron los promotores de la revolución francesa. Empezó entonces a nacer un anhelo emancipador, que ya estaba preparado por los enciclopedistas.

Con espectaculares afirmaciones se consigue aplausos. Pero los aplausos prueban solidaridad en los oyentes. Y nada más. No son demostraciones. Si examináramos cada idea de las que han arraigado en la América latina y que la han dirigido, si remontáramos su curso hasta descubrir el manantial, encontraríamos que no la debemos a España, sino

a Francia. Y no deberá pesarnos, porque de tal cosa no tenemos la menor responsabilidad, en el caso de que la herencia sea abrumadora.

No puede un conferencista destruir los hechos con palabras, aunque tenga la respetabilidad científica del señor Olariaga. Y lo precisamente inexplicable es que por ser el señor Olariaga un profesor acostumbrado a buscar las razones de sus creencias, haya olvidado su sabiduría para dejar hablar a los sentimientos o para conquistar celebraciones.

Triste cosa es que la América no pueda conocer a España por mediación de los sabios que nos visitan. El propugnado intercambio de asociaciones como la Hispano Cubana, es nulo si para cada Fernando de los Ríos o para cada Luis de Zulueta hacen oír en estas infelices tierras por conquistar a oradores que aspiran con toda seriedad a negar la evidencia.

La colonización española fue mala, imprevisora, injusta. Los gobernantes enviados a la América trajeron sus opiniones, sus vicios, su mentalidad y su religión. Se llevaron el oro, los títulos y los ascensos. La actual nobleza española está llena de nombres que recuerdan páginas dolorosas de la historia americana. Construyeron poco, lo indispensable; y no nos educaron. El resultado fue el largo siglo de tanteos post independencia con muchedumbres no preparadas, de las que surgieron los caudillos, los déspotas y los tiranos tocados de providencialismo y de barbarie. Benditas sin embargo las revoluciones, que han permitido a determinados pueblos encontrar en las sombras el verdadero camino y marchar de acuerdo con la civilización. La América se ha ido educando, al mismo tiempo que chapoteaba en el fango de los crímenes y que se limpiaba de su pasado horrendo. Los progenitores nos enseñaron a vivir en un estado de transitoriedad, siempre de modo provisional, como de paso, y ha sido misión de nuestros hombres y maestros demostrarnos que ésta es nuestra habitación definitiva, que viviremos temporadas en otras naciones pero sin olvidar el suelo patrio, el continente al que debemos la vida y los ideales. Esos maestros y esos hombres no buscaron tales ideas en la tradición española, sino que las encontraron en ellos mismos o las trasladaron de Francia, de Italia. Miranda fue general de los ejércitos franceses y recibió allí su educación para la libertad. Bolívar salió de España sin la menor transformación en su ideología, y en París, en Roma, tuvo la visión de nuestro porvenir y comprendió que sólo la separación de España podría abrirnos paso.

No es que las naciones de América quieran tener una cultura latina. Es que la tienen. Y consideran que entre las fuentes de su civiliza-

ción está la española, que también figura en la familia de la latinidad. No hay hechos históricos que aducir contra esa verdad, ni más razones que palabras frenéticamente aplaudidas.

II

Sería curiosa una desviación de los escritores españoles hacia el procedimiento que parece traer el señor Olariaga. La aportación de España a la civilización latina será muy importante, pero separada del grupo que la diferencia de los otros núcleos es insensiblemente. Queda incompleta y deleznable en muchas de sus manifestaciones.

En rigor, no existe una "civilización española", considerada en amplitud, como tampoco hay una "raza ibérica", sino que hay una civilización latina de la que todos tenemos parte. Cada uno de los pueblos ha añadido su concepto especial, su peculiaridad, para hacer una riqueza común. El propio Rafael Altamira, jefe hasta hace poco de cruzadas pseudo reconquistadoras, manifestó en el prólogo de su obra *Psicología del pueblo español* que su trabajo

puede representar como un suplemento o un capítulo añadido a la *Decadencia de las naciones latinas*, de Sergi. El problema planteado por éste es general y, por lo mismo, sólo en algunos de sus términos puede aplicarse a nuestra situación especialísima, muy diferente, en no pocos aspectos, a la de Italia y Francia.

Pero tienen un lazo de unión, el punto de contacto en que se acoplan para presentar el mismo frente, de ataque o de defensa.

Parece que se trata de delimitar los campos, de llegar a las diferencias para decirnos a los míseros latinoamericanos:

"— Hasta aquí, o hasta más allá, se ha detenido lo que tiene de latino vuestra civilización. Ved: es bien poco. Lo demás nos pertenece y os lo hemos legado".

Y eso es inadmisibile. Toda la ciencia de los profesores encariñados con ese propósito sería insuficiente para hacer una demostración triunfal de su teoría. En física, en química, se puede verificar la descomposición de los elementos que forman un cuerpo. En los estudios tan sutiles de las civilizaciones la experimentación ha dado también sus frutos. En su libro ya mencionado Altamira observó con paciencia de investigador el precipitado psicológico que se ha ido formando con todas

las agregaciones étnicas y espirituales del que hoy es el pueblo español. Y logró conclusiones como la siguiente:

La insensatez del aislamiento; la necesidad de estar recibiendo continuamente influencias de los demás, de los que son diferentes (necesidad tan esencial en los pueblos como en los individuos, para la propia nutrición psíquica); el reconocimiento de la solidaridad de todos los grupos humanos en la obra de la educación, de tal manera que nadie sabe jamás a ciencia cierta si en la obtención del estado presente hay más elementos indígenas que ajenos, ni aun entre éstos cabe siempre determinar cuáles predominan o de dónde vienen; nada de esto sentencia en contra de la necesidad de sostener la personalidad de los pueblos constituidos, como factores útiles, y tal vez imprescindibles, en la compleja obra del progreso humano, para la cual no se basta uno solo, ni quizá la naturaleza de nuestro espíritu consciente que toda la carga y todas las condiciones pesen o se hallen en *un* grupo social, como positivamente no se hallan en *un* individuo, por alto y equilibrado que sea, ni en una generación.

Es claro el problema: en esa obra, "para la cual no se basta uno solo", no se puede aislar a las diversas partes, e ir hasta el postulado imposible que defiende el señor Olariaga. O, si no, que se demuestre de modo seriamente científico, y no en conferencias de divulgación multitudinaria que no deben ser utilizadas para esos proselitismos.

Diario de Cuba, 17 junio 1930.



MANANTIALES DE OPTIMISMO

LAS OBRAS DE SANGUILY

Decía Martí en uno de sus trabajos más sentidos que la instrucción y la educación han de ser las del país. Cuando un joven ha vivido desde su niñez o desde su adolescencia entre extraños, y ha hecho sus estudios en otros pueblos, se encuentra al volver como un desarraigado. Choca su modo de ver la vida con el de los propios paisanos. Marcha como a tientas por la tierra natal, junto a los que le vieron de niño, y por entre los que lo han de acompañar, de más cerca o de más lejos, en todas las contingencias por venir.

Una de las urgencias mayores en esos desarraigados es el reaprendizaje de las tradiciones locales y de la historia patria. El que se ausenta ya hombre ha ido bebiendo, antes de su viaje, en la atmósfera los múltiples acontecimientos del pasado y del presente. Basta una palabra para evocar en su espíritu la epopeya nacional, toda íntegra. El desarraigado tendrá que hacer, por lo contrario, muy dolorosos esfuerzos de investigación para representarse un solo episodio. Es que le falta el nexo emotivo que pudo ir uniendo en lo subconciente unos y otros hechos para guardarlos allí, bien amados, en disposición de retornar cada vez que sea preciso.

Ocurre eso no sólo con el hombre ilustrado que haya tenido oportunidad de estudiar día por día la historia, sino también con el menestral, con el agricultor, con el individuo más vulgar, ya sea o no analfabeto. Estos últimos no deben “descubrir” los tiempos idos, ni sus hombres y sus obras. Son para ellos cosas sabidas, en ocasiones de modo involuntario. Vive el pasado en su alma sin que pongan el menor esfuerzo en aprisionarlo y tenerlo allí nuevo cada día.

Los cubanos tenemos ese pasado. Y no necesitamos fabricar las tradiciones indispensables para el orgullo nacional. Ahí está la casi leyenda de las luchas por la libertad. Cuando la Academia de la Historia y la Colección de Libros Cubanos vayan devolviendo vida a tanto li-

bro y tanto hecho que permanecen aún en las soledades de archivos y bibliotecas poco frecuentados, podrá el pueblo emocionarse como lo hicieron nuestros abuelos ante las ideas y las hazañas de los que fundaron la nacionalidad. Hoy todo eso, lo más saliente de todo eso, en forma de anécdotas, es lo que se transmite en las conversaciones familiares. Lo están completando los libros.

Mucho de lo que un cubano puede estudiar con interés se halla en el tomo sexto de las obras de Sanguily — dos nutridos volúmenes publicados con el título *Páginas de la historia* —, y en el primer libro del tomo séptimo — *Juicios literarios* — que ha editado recientemente el hijo de aquel gran patriota.

Tuvo Sanguily una severidad implacable en la apreciación de los acontecimientos y de los pareceres. Pero en medio de esa severidad respetó siempre a las personas y sus móviles, cuando se inclinaban hacia la buena fe y el patriotismo. La no olvidada polémica sobre la Revolución de La Demajagua, sostenida por él desde su revista *Hojas Literarias* con algunos viejos compañeros, en el momento oportuno de la nueva conspiración, demuestra sus cualidades de paladín que se lanza al combate bien provisto de armas para herir con toda rudeza y también con toda hidalguía.

No ha sido escrita aún la historia de nuestras revoluciones. Para ello hace falta que la Academia de la Historia siga publicando con mayor frecuencia aún los numerosos documentos que ha acopiado al través de sus veinte años de labor, que el hijo inteligente y laborioso de Sanguily se decida a facilitar copias de los papeles que forman el archivo extraordinario de su padre, y que los patriotas y sus herederos sean generosos con los actuales investigadores y secunden a la citada Academia y a la dirección del Archivo Nacional en sus tareas, patrióticas y necesarias, de aportar los elementos para conocer todos los rincones de nuestra historia.

Fue una pérdida lamentable que don Manuel Sanguily no escribiera, como se propuso, la historia de la Revolución Cubana. Conoceedor como pocos de las disciplinas históricas y de los nexos ocultos o visibles que unen día por día todos los acaecimientos; y por otra parte, seriamente enterado de muchas verdades, hasta el extremo de ser acaso el único cubano más rico en noticias, en datos, libros, papeles, folletos, cartas, que trataran de la Revolución, habría sido la suya una obra completa en los pormenores, a veces nacidos de la observación di-

recta del testigo presencial, y por la ciencia y la respetabilidad del autor.

Ya él mismo indicó los alcances de una historia "verídica y completa" del pasado heroico. Dijo que ella "abraza un vastísimo período de tiempo que llena casi sin interrupción todo el siglo XIX, y de la cual no fue la iniciada en las postrimerías del año 1868, sino uno de sus más terribles y admirables episodios".

La verdad es que si el historiador escribiera una relación aislada de las luchas comenzadas el 10 de Octubre, sin llegar hasta los precursores de la rebeldía, su labor no se reduciría a otra cosa que a la presentación, brillante tal vez, de uno de los "más terribles y admirables episodios" de la vida cubana. En eso reveló Sanguily su preparación científica y humana para el propósito.

Cuba ha tenido tres épocas bien definidas en su pasado: posesión abandonada y en letargo desde el tiempo transcurrido entre la conquista y la llegada del general Luis de las Casas; colonia española, casi provincia española, desde 1790 hasta los primeros veinte años del último siglo; y nación, en potencia al principio y progresiva en realidades, al chocar los sentimientos de los fundadores del cubanismo con la ferocidad de los derrotados en Ayacucho. El año 1823 tuvo que salir huyendo de Cádiz aquel gran repúblico y sacerdote que se llamó Félix Varela, en compañía de los otros dos diputados por Cuba los señores Tomás Gener y Leonardo Santos Suárez. Los tres se refugiaron en los Estados Unidos, y durante su expatriación recibían una mesada de los cubanos pudientes, solidarizados con ellos en todo. Santos Suárez y Gener se acogieron a un perdón real. Varela permaneció en aquel país del Norte para siempre, convencido de que nada tenían ya los cubanos que esperar de España. Filósofo, sociólogo, estadista, hombre de una clarividencia extraordinaria cuando estudiaba los problemas públicos, fue seguramente el cerebro más influyente en la ideología nacional. En los años de 1824, 1825 y 1826 publicó en Filadelfia, y luego en Nueva York, el famoso periódico *El Habanero*, que ahora ha de reproducir la Colección de Libros Cubanos. Nadie escribió jamás de modo tan claro y tan lógico acerca de nuestros asuntos. Nadie fue tan irrefutable como Varela en su argumentación para demostrar que el destino de Cuba era separarse de España para ser una nación tan libre en lo político como lo es geográficamente. Varela fue profesor de Derecho Constitucional en la cátedra de esa asignatura creada en el Colegio San Carlos por el obispo Espada y la Sociedad Económica de

Amigos del País. De sustituto quedó Escovedo. Para sucederlo en la enseñanza de la Filosofía dejó a Saco. Más adelante vino a ella Luz Caballero, también discípulo suyo. De esos insignes cubanos, y de otros que escucharon sus prédicas y aprendieron de él una norma de vida, surgió el espíritu nacional, creado en la provincia española por algunos factores a los que contribuyó el "santo Varela", según la calificación de José Aniceto Iznaga.

La cátedra de Constitución, las Cortes de 1823, *El Habanero*, la expulsión de los diputados cubanos en las Cortes de 1837, son también episodios de nuestra historia rebelde contra España. No se puede hacer la crónica de la Revolución de 1868 sin abarcar toda la época de la formación nacional. Estos antecedentes son imprescindibles, como se ve que así lo estimaba el historiador nato que había en Sanguily.

Casi todas las obras publicadas del prócer han sido evocaciones de nuestro ayer, y en cierto modo invocaciones ardientes al espíritu cubano. No hubo para Sanguily otra preocupación más noble ni servicio más útil que el de fijar los conceptos básicos de la nacionalidad. Y en ese trabajo fue ideólogo, predicador, artífice y artesano. En ningún momento rehusó su cooperación. Y cuando llegó la hora de los sacrificios supo dar el ejemplo. Fue héroe en las batallas sangrientas, como lo fue después en las batallas solitarias y difíciles de la abnegación callada, mientras hay familiares y pequeños hijos que sufren, y, mientras la riqueza y hasta la tranquilidad económica pueden significar el deshonra ya imborrable en la vida del patriota.

Son buenos estos libros de Sanguily. Consuelan y confortan. Vienen a ser como manantiales de optimismo para los que vivieron siempre orgullosos de nuestro pasado, y para los que al volver de largas ausencias desarraigadoras tienen el deseo plausible de hundir el alma en las cosas de Cuba y de sentir con ella. Porque sin duda el optimismo arranca de la fuerza ideal, que es lo mejor de Sanguily. Y no hay otro modo de formar pueblos.

Diario de Cuba, 1930.



CARLOS MANUEL DE CESPEDES

En la antigua ciudad de Bayamo nació Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo, el 18 de abril de 1819.

Sus padres fueron poseedores de vastas haciendas rústicas y urbanas y de numerosa servidumbre. Ambos descendían de familias hidalgas afincadas desde hacía mucho tiempo en el país.

Vivió los primeros cuatro años en una hacienda de sus progenitores, y en Bayamo aprendió a poco las primarias letras. Cursó lo que se llamaba *humanidades* en el Convento de Santo Domingo, de la propia ciudad. En La Habana fue alumno del Real Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Obtuvo en la Real y Pontificia Universidad el título de bachiller en derecho antes de los veinte años, y regresó a Bayamo donde contrajo matrimonio con su prima María del Carmen de Céspedes y López del Castillo.

Hizo un viaje a España para completar sus estudios. Se matriculó en la Universidad de Barcelona y luego en la de Madrid, y en ésta alcanzó la licenciatura en leyes.

Viajó por algunos países, como Inglaterra, Italia, Francia y Turquía.

Completó sus conocimientos del latín, del francés, inglés, italiano, y de las literaturas de esos idiomas.

Vuelto a Bayamo, estableció oficina de juriconsulto, en la que logró éxitos y ganancias. Las propiedades suyas y de la familia le auguraban, además, una existencia cómoda de hacendado rico. En los predios rústicos los esclavos aumentaban la producción, y en la ciudad el abogado triunfaba en los pleitos.

Céspedes hacía versos, era orador, esgrimista, jinete, nadador de fama, autor teatral, actor, bailador infatigable, hombre de sociedad y de gabinete. Llegó a ser uno de los directores más distinguidos de la vieja población en que vivían también otros ya muy respetados y de recia personalidad en nuestra historia, como Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo (*Perucho*, autor de nuestro Himno), Francisco Maceo Osorio, José Fornaris, José María Izaguirre.

Durante su permanencia en Barcelona había sido capitán de milicias en una de las numerosas asonadas de aquellos tiempos. En la tierra natal, unos años después comenzó para él una larga sucesión de hechos que lo situaron entre los sospechosos de hostilidad al régimen colonial y de los más perseguidos por las autoridades. Fue confinado en Palma Soriano con los poetas José Fornaris y Lucas del Castillo. Allí Céspedes compuso su bello soneto *Al Cauto*, el caudaloso río de la región. Ya de regreso en Bayamo, lo desterraron las autoridades a Manzanillo y luego a Baracoa, con prisión de cinco meses en el castillo del Morro de Santiago de Cuba. También estuvo preso en el viejo y ya entonces inservible navío *Soberano*, resto de la histórica Armada española, que permanecía anclado en la quieta bahía de la capital de Oriente.

En difícil situación económica, después de esos destierros, abrió bufete de abogado en Manzanillo, intervino en múltiples negocios y llegó a rehacer su fortuna. Años más tarde adquirió de su hermano Francisco Javier el ingenio de azúcar *La Demajagua*. Tenía, además, casas en Bayamo y Manzanillo y la hacienda *Santa Rosa*.

Algo más de un año después de esa adquisición, en septiembre de 1867, fue Céspedes invitado por el abogado Pedro Figueredo para tomar parte en la conspiración tendiente a lograr la independencia de Cuba.

Los jefes e iniciadores del movimiento eran el opulento hacendado Francisco Vicente Aguilera, bachiller en leyes, y los abogados Francisco Maceo Osorio y el legendario *Perucho* Figueredo, dueño de ingenios y de numerosas propiedades.

Céspedes aceptó la invitación y participó de reuniones en que se llegó a fijar fecha para comenzar la lucha. Por su edad, presidió algunos de esos actos. Había en las juntas delegados del Camagüey y de otras regiones. Los camagüeyanos pedían plazos, para preparar y armar a sus gentes.

Por fin se acordó el día de la sublevación: el 14 de octubre de 1868. Un sobrino suyo, Ismael de Céspedes, telegrafista, recibió y descifró un despacho oficial en que se disponía la inmediata prisión de Céspedes, de su hermano Francisco Javier, de Bartolomé Masó, Aguilera, Figueredo y Maceo Osorio. Conocido esto por unos y otros, determinó que se adelantara unos días el inicio de la revolución.

Céspedes tomó el mando de esos actos, en cumplimiento de acuerdos anteriores sobre que lo asumiría quien se viera obligado a suble-

varse primero. Se congregaron en el ingenio *La Demajagua*, durante la noche del 9 de octubre, terratenientes, hacendados, hombres de ilustración y de fortuna. Había gente humilde, y los esclavos de aquellos señores que con su acción los hacían libres.

En la madrugada del 10 de octubre proclamó Céspedes, desde su ingenio *La Demajagua*, la independencia de Cuba, con un Manifiesto que prueba sus dotes de estadista. Jurada la bandera de la nueva República, salieron hacia Palmas Altas, y al día siguiente entraron en el pueblo de Yara, cuya rendición se había intimado. Durante las negociaciones de entrega de la población, había llegado por sitio opuesto una columna española, por lo que la primera posible jornada de triunfo se convirtió en un descalabro. Dispersos los cubanos, alguno declaró que todo estaba perdido. Céspedes, que se había retirado con orden al frente de doce hombres, entre los cuales se hallaban Bartolomé Masó y Angel Maestre, exclamó:

— Somos doce hombres. Con ellos hay para hacer la libertad de Cuba.

Se encaminaron entonces hacia las serranías y en el trayecto se les incorporaron los fugitivos, y también el dominicano y ex militar español Luis Marcano. Deliberaron y cambiaron el rumbo hacia Bayamo. En el pueblo de Barrancas se sumó al grupo el capitán de partido Manuel Tornés, con sesenta hombres armados. Al llegar cerca de Bayamo, en el ingenio *Las Mangas*, de *Perucho* Figueredo, se reunieron todos con los hombres de éste, bastante mejor pertrechados que los otros y en mayor número también. La Revolución creció además con la arribada de nuevos contingentes, por lo que fue posible sitiar y rendir a Bayamo, en donde estableció Céspedes la capital de la República y organizó un gobierno provisional como Capitán General de la Isla. Confirmó entonces la declaración de independencia hecha en *La Demajagua* ocho días antes, y poco tiempo después decretó la abolición de la esclavitud, con indemnización para los que así lo requirieran, mientras determinara otra cosa el pueblo por medio de sus poderes constituidos.

Forzados los cubanos en enero a dejar la ciudad, decidieron quemarla íntegramente al retirarse a lugares seguros. Desde entonces Bayamo presenta sus ruinas como su mejor gloria.

La Revolución crecía. Ya los orientales habían sido actores en combates que son célebres, cuando los camagüeyanos secundaron la insurrección, y más tarde los villareños. Las tres regiones tenían la misma finalidad, pero las mandaban jefes distintos y hasta llevaban una ban-

dera diferente, pues la de Céspedes era igual a la de Chile con los colores invertidos y la de las otras provincias era la misma de Narciso López, creada por este general en junio de 1849 y enarbolada por primera vez en acción de guerra en Cárdenas el 19 de mayo de 1850.

Para obviar dificultades y aunar los esfuerzos de todos, se reunió en la población camagüeyana de Guáimaro una Asamblea Constituyente, que redactó el 10 de abril de 1869 la Constitución de Cuba Libre, organizó el Gobierno de la República con Céspedes como primer Presidente y con una Cámara de Representantes. La bandera escogida para la Nación fue la de Narciso López, la misma que hoy tiene carácter oficial, y la de Céspedes quedó como reliquia en poder de la Cámara. Hoy se encuentra esa misma bandera en la actual Cámara de Representantes de la República.

Prosiguió la guerra con suerte varia y con acciones de gran fama en la historia. Se organizaron sobre la marcha los cuerpos de ejército, a cuyo frente los generales improvisados, Máximo Gómez, los Marcano, Calixto García, Ignacio Agramonte, y también Antonio Maceo, se convertían en héroes mitológicos. Céspedes nombraba diplomáticos para obtener declaraciones de beligerancia, y trataba de coordinar los asuntos civiles de la República.

Oscar de Céspedes, hijo del Presidente, fue hecho prisionero por los españoles, quienes ofrecieron la vida del joven revolucionario a trueque de la deserción del Caudillo.

— Oscar no es mi único hijo. Soy el padre de todos los cubanos que han muerto por la Revolución.

Ante esa respuesta, fue fusilado el prisionero.

Céspedes era viudo al lanzarse a la Revolución, y en ella contrajo matrimonio con la señorita Ana de Quesada, hermana del primer General en Jefe nombrado en Guáimaro. Le nació un niño, que murió en la Manigua al poco tiempo. Se hizo necesario que la esposa, en espera otra vez de un nuevo hijo, estuviera bajo cuidados que no podía allí recibir, y la envió al extranjero en compañía de la señora del patriota Melchor Bernal y del poeta Juan Clemente Zenea. Cayeron los tres prisioneros al tratar de embarcar. Las señoras quedaron libres, y en Nueva York le nacieron a Céspedes dos hijos gemelos: Carlos Manuel y Gloria de los Dolores. Carlos Manuel fue Presidente provisional de la República en 1933.

Céspedes anhelaba orientar la guerra sin las dificultades que le oponía una Cámara de legisladores con amplio poder para designar y des-

tituir los jefes militares y hasta para deponer al Presidente. Después de una larga sucesión de pugnas y desavenencias entre ese cuerpo legislativo y el Jefe de la República, fue votada la deposición de éste, quien la acató al instante.

El Gobierno, presidido ahora por Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía, y la Cámara de Representantes aplazaban el permiso que Céspedes había solicitado para embarcar hacia el extranjero, y mientras tanto le asignaron como residencia un lugar intrincado y casi inaccesible de la Sierra Maestra llamado San Lorenzo, en donde pasaba los días en espera de la autorización para unirse en Nueva York con su esposa y los dos pequeños Carlos Manuel y Gloria de los Dolores. Su ocupación principal fue en ese tiempo la de enseñar a leer a los niños de los alrededores, en una cartilla que él personalmente les había preparado.

Se encontraba allí con una pequeña escolta y con su hijo el coronel Carlos Manuel de Céspedes y de Céspedes, de su primer matrimonio, y su cuñado José Ignacio de Quesada. El prefecto de aquel lugar era el joven José Lacret Morlot.

Los días transcurrían sin mayores incidentes, pero el 27 de febrero de 1874, por la tarde, fue sorprendido el aislado campamento cuando los confiados guardianes habían salido a realizar menesteres habituales. Céspedes se encontraba solo. Avisado por una negrita que había visto aparecer unos soldados españoles, trató de eludir su encuentro pero se vió cercado de enemigos. Se defendió con su revólver. Los contrarios lo atacaron desde varias direcciones y al fin se desplomó en un barranco, herido de muerte.

El cadáver fue llevado a Santiago de Cuba, en donde lo enterraron en una fosa común.

Pero los cubanos conocían el lugar en que habían sido depositados sus restos, así como los fieles negros enterradores. Terminada la Guerra de los Diez Años, en 1879, su hijo mayor Carlos Manuel y otros compatriotas hicieron el traslado de las sagradas reliquias a otro lugar del cementerio, sólo por ellos conocido. La urna fue llevada por Carlos Manuel y por el doctor José Joaquín Navarro y por aquellos mismos negros sepultureros, que reclamaron el honor de llevar también los despojos del Héroe que murió por la libertad de todos y por la de los esclavos.

Allí, en el Panteón Nacional que es el histórico Cementerio General de Santa Efigenia, de Santiago de Cuba, descansa para siempre el hombre a quien Cuba estima con veneración el Padre de la Patria.

Diario de Cuba, 1931.



E L C A C T O

Crece allá en mi tierra, entre las inolvidables montañas de Oriente, un cacto que se va elevando por sobre los demás árboles, por encima de las casas, y que conserva la misma anchura desde la raíz hasta lo cimero. Sube de manera inverosímil, y parece un largo mástil rugoso que ha logrado alejarse de la tierra para ser como un guía desde la altura.

Ese cacto, de nombre vulgar, se derrumba un día, cuando no ha podido crecer más.

Las gentes dicen que siempre se detiene en su ascensión, y cae como fulminado, al llegar en el espacio a un punto desde el que vea al mar.

Fue ésta una grata versión del pueblo, en la que pensé mucho porque en el patio de mi casa una cerca de cactus era como límite del radio de nuestros juegos, y en su elevación mortal veía cierto misterio supersticioso que recortaba mis sueños, que me hacía pensar en la realidad y emprender un vuelo corto y bajo al impulso de las ilusiones.

Luego la vida me ha hecho rectificar aquellas consejas. El cacto no ve el mar, sino que se troncha cuando su base estrecha no puede soportar ya el peso de aquel larguísimo mástil. Se quiebra abrumado por una carga superior a la que podría resistir su tronco desde la raíz. El esfuerzo de crecer le impide hacerse una base ancha, segura, fuerte, para sostener su orgullosa elevación.

Al través de los años, si he desechado la creencia popular, hallé en cambio mucha similitud entre el cacto de mis tierras y ciertos hombres que en torno mío he visto subir, y subir, altaneros y petulantes, sin tener cuidado del suelo que pisan, y a veces hasta sin cuidarse de pisar suelo alguno. Llegaron muy alto, y no tardaron en caer. Como el cacto, crecieron sin raíces, subieron sin base, de pronto, y fueron a modo de hitos que sólo hirieron un minuto la atmósfera. Después, vuelta al fango, al polvo de donde habían salido, a la insignificancia de lo anónimo, a la desaparición sin rastro.

La reflexión se hace entonces filosófica, se hace humilde, y ofrece la compensación de una consoladora enseñanza. No se mantienen allá arriba todos los árboles y los hombres que suben. Si no tienen amplio y fuerte el tronco, si no han construído su propia base, un día u otro caerán a pesar de lo mucho que se hayan elevado.

¡Cuántos otros vivirían con el dolor implacable de un fracaso injusto, si no existiera esa verdad!

Ariel, Tegucigalpa, 1934.



LA TERCERA MUERTE DE MAXIMO GOMEZ

I

Cuantos hayan leído algo de la historia de Cuba, y sobre todo si su interés por ella los impulsara a la investigación en periódicos antiguos, sabrán que nuestros libertadores “murieron” muchas veces.

Tiene gran valor psicológico la propaganda. De eso están convencidos los agentes de publicidad, que en ocasiones introducen una mercancía en fingida liquidación a mayor precio que en anteriores ventas. Y el público formado por ingenuos responde presuroso al anuncio y colma los bolsillos de los negociantes.

En todos los asuntos la propaganda es medio decisivo, lo mismo en el amor que en la elección de carrera, o en el triunfo de una campaña electoral.

Así ocurrió en la guerra de independencia de Cuba.

La propaganda está constituida por varios elementos, pero en todos entran acaso de manera igual la verdad y la mentira. Llámese simulación o engaño, los directores de la opinión necesitan paliar los hechos, o encubrir las realidades, o galvanizar el entusiasmo de las muchedumbres, y para ello han de recurrir a la propaganda.

Uno de los más eficaces modos de “ganar la guerra” es el de “matar” jefes enemigos. Los encargados de ese sector psicológico deben matar jefes, aunque de verdad éstos sigan gozando de buena salud.

La noticia, como la calumnia de *El barbero de Sevilla*, es un leve aire que va de un lugar a otro, que vuela y se filtra incesante y veloz. Despierta dudas, calma impacencias, infunde valor y fe, crea optimismo.

El soldado mejor de la propaganda es el periodista, servidor involuntario a ratos de la superchería burda que los jefes de pueblos lanzan a la publicidad para encubrir sus derrotas o su incompetencia.

La prensa española “mató” muchas veces a Máximo Gómez durante los tres años y medio de la última guerra. Famoso personaje había dicho que dos tiros afortunados, uno para Gómez y otro para Antonio Maceo, traerían la paz. No era raro que el público se hallara pendiente de la vida de ambos libertadores.

Quiero contar un episodio de aquellos tiempos en que Máximo Gómez resultó “muerto” por tercera vez en la zona de Sancti-Spíritus.

Conocí hace ya bastantes años, en Cienfuegos, al periodista que me hizo el relato. Se trataba de un excelente compañero, que dirigía en esta última ciudad una publicación y vivía de ella modesta y dignamente. Su larga edad y su carácter por lo general jocoso lo llevaban a mirar los acontecimientos con la filosofía más amable. A pesar de mi extremada juventud era yo uno de sus camaradas preferidos, y el que usufructuaba sus anécdotas.

Como un día habláramos de Máximo Gómez, me dijo de repente:

— Yo lo maté tres veces. Sí; no se asombre usted: tres veces maté a Máximo Gómez.

— Cuénteme cómo fue eso . . .

— Verá. Yo, como español, asturiano, tuve que incorporarme al servicio militar en Sancti-Spíritus, ciudad en donde tenía un periódico. Desde entonces era el periodista que el gobernador utilizaba para sus informaciones. Usted sabe que por aquellas zonas operaron con frecuencia Serafín Sánchez, José Miguel Gómez y el General en Jefe. Son incontables las veces que fui llamado por el gobernador para que diera noticias de salida o llegada de tropas, de reñidos combates, de triunfos de las armas españolas.

A continuación se refirió a episodios diversos, pues era un narrador de verba incansable. Cruzaron como en tropel los recuerdos de una campaña que fue sencillamente heroica y que nunca olvidaría. Siguió así su historia:

— Una tarde recibí la notificación urgente de que me presentara en seguida en las oficinas de la comandancia militar. Me puse el uniforme y salí para allá a toda prisa. Al llegar, el gobernador me acogió alborozado. Debo decirle que este jefe era un hombre alegre, simpático, culto y valiente. Militar de carrera, había llegado por méritos bélicos a su alta graduación. Los subalternos lo respetaban y querían porque no parecía un jefe sino un compañero a quien obedecían en todo de buen grado. Afable, cortés y amigo de la broma y de la fiesta, se había

adaptado al carácter criollo y ya era un gran camarada mío. Yo nunca sentí ante él la jerarquía del superior. Muy contento el jefe me dijo:

— “Quiero que informe hoy mismo sobre la decisiva victoria de nuestras fuerzas. El comandante X acaba de llegar de operaciones, y su parte debe ser publicado en un *alcance* a la edición de mañana. Aquí están las notas oficiales. Destrozado el enemigo, con treinta y tantos muertos vistos. Se retira en fuga con casi todos sus hombres heridos y con Máximo Gómez muerto. He pasado un cable a Madrid en que propongo al comandante X para un ascenso.

Yo no había advertido que detrás de una mesa estaba un militar en traje de campaña escribiendo. Creía que estábamos solos o sin testigos extraños a los de nuestro grupo tan bien avenido.

En el tono cordial y casi jaranero de siempre le contesté:

“— ¿Y para mí no ha propuesto otro ascenso?”

“— ¿Para usted? ¿Por qué?”

“— ¿Pero no se ha dado cuenta de que yo he hecho más que el comandante X? Si él ha matado a Máximo Gómez, lo ha realizado una sola vez. En cambio, yo, con esta que voy a efectuar ahora lo he matado ya tres veces . . .

El gobernador me miró con cierto asombro, y cuando iba a responder salió con ímpetu y ferocidad de su asiento el militar que escribía, y si el jefe no se interpone entre los dos allí mismo me habría agredido.

“— ¿Cómo se atreve a negar que yo haya matado a Máximo Gómez? ¡Cuádrese!

Me di cuenta de que aquel hombre era el comandante X, el que se atribuía una vez más la muerte de Máximo Gómez.

Yo sólo era un alférez asimilado y él era todo un comandante. La pelea era muy desigual. Pero el gobernador me tiró un capote con habilidad y mano izquierda. Pude evadir la represalia.

— Como después no volvieron a “matar” a Máximo Gómez por aquella jurisdicción, sólo puedo atribuirme esas tres “muertes” que tan caras estuvieron a punto de costarme. Si los demás lo ultimaron en otras partes, le aseguro que las tres de Sancti-Spiritus son mías.

El periodismo en Cuba, 1950.



LOS ESTADOS UNIDOS Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA

Para el estudioso de nuestra historia no hay dudas de la contribución negativa o adversa, según las circunstancias, de los gobernantes norteamericanos con respecto a la independencia de Cuba. Por otro lado, ha sido evidente una actitud casi siempre favorable o amistosa entre los ciudadanos de los Estados Unidos hacia los intentos separatistas cubanos, al través del siglo anterior.

Esas verdades, ya indiscutidas hoy como efecto de la publicidad de la enorme documentación oficial norteamericana, permiten la enunciación de criterios fijos y de conclusiones claras sobre la política tradicional de Washington, sostenida de modo seguro y concreto desde 1805 hasta 1934. Tal cosa, con alternativas de aparentes rectificaciones o cambios radicales, de acuerdo con los imperativos del momento.

La primera declaración de un estadista de Washington acerca de Cuba se halla en la notificación hecha por el presidente Thomas Jefferson al ministro inglés sobre la segura ocupación norteamericana de nuestra isla, en caso de que Inglaterra y España entraran en guerra. Lo anunciaba así como acto de defensa de la Luisiana, territorio anteriormente español y que muy poco antes había sido comprado a Francia.

El mismo Jefferson indicó en aquellos años la política a seguir, y que fue observada con fría y severa exactitud al través de casi cien años por los hombres que ocuparon el poder, ya pertenecieran a un partido o a otro. La militancia interna fue siempre mero pormenor sin relieve alguno, frente al interés nacional de ensanchar las fronteras y consolidar la nación advenida en precario, osadía republicana peligrosa en medio de un mundo de dinastías pujantes y agresivas.

La maravillosa ascensión de aquel pueblo iniciado en las tareas estatales sin recursos, con escasa población y en un territorio pequeño, imponía las actitudes más previsoras en sus jefes. Los consejos aislacionistas del general Washington no fueron sólo paternas y oportu-

nos, sino necesarios para la tarea constitutiva indeclinable, que se debía cumplir sin temor a la suspicacia extranjera.

Ya un poco mayores, con el gran aditamento de la Luisiana, no bien asimilada todavía, era posible en 1805 dar nueva manifestación de existencia como nación que se había asomado al golfo mexicano y se ensayaba para más fantásticas expansiones.

Así lo hizo Jefferson, que marcó un camino recto y aconsejó después como oráculo durante muchos años a sus sucesores.

La doctrina jeffersoniana en relación a Cuba tenía estos postulados:

Cuba debe formar parte de la Unión, para completar un sistema político largamente elaborado por generaciones sucesivas.

No puede pertenecer a otra potencia, porque eso sería riesgoso y perjudicial a los Estados Unidos.

En caso de no poder adquirir la Isla, ésta no debe salir del gobierno de España, que por su debilidad y decadencia no está en situación de competir en el comercio ni de atacar a la Unión.

Para mantener a Cuba como colonia de España, mientras no puedan ocuparla los Estados Unidos, es necesario cooperar con sus gobernantes para impedir toda hostilidad contra ese secular régimen.

Los archivos norteamericanos demuestran que esa política continuó imperturbable hasta la intervención de los Estados Unidos en la guerra de independencia de los cubanos. Hasta bien mediado el siglo XIX flotó la amenaza de las ambiciones europeas, y cuando éstas quedaron disipadas persistió el interés por la adquisición pacífica y por la supervivencia supletoria del nexa colonial. Entraban en el juego, al unísono, las teorías de la *fruta madura* y del *destino manifiesto*.

En ninguna ocasión hubo actos oficiales de solidaridad con los cubanos separatistas, como contraste del estado de efectiva cooperación popular, aún desde los primeros tiempos.

Cubanos fueron muchos de los invasores de la Florida que por sus acciones guerreras propiciaron la victoria de Washington en Yorktown y la libertad de los Estados Unidos. De Cuba llegaron hasta los ejércitos de las trece colonias recursos económicos y bélicos en suficiente escala, en las horas decisivas de su gran pelea. La mutua simpatía entre los pueblos acaso tuvo ese noble origen solidario, unido al del conocimiento ya tradicional de un tráfico determinado por la cercanía, a despecho de prohibiciones y reales cédulas.

Cubanos y norteamericanos se sintieron unidos, aunque los gobiernos llevaran otros rumbos. De aquella nación salieron las expediciones

de Narciso López, las que pudieron arribar a nuestras playas y las que por acción eficaz de los gobernantes de Washington quedaron deshechas antes de la partida. Siempre hubo connivencia popular para las conspiraciones y para el salvamento de los expedicionarios y los equipos.

No obstante las frustraciones provocadas por la persecución de la policía al servicio de la neutralidad internacional, los separatistas cubanos se filtraban entre la muchedumbre aquiescente y podían reorganizarse en cada ocasión, con la tenacidad asombrosa de hombres que sólo tenían como ideal de vida la independencia de Cuba. Se veían secundados y amparados por quienes se sentían herederos de otros libertadores.

La unión de los pueblos, anterior y más fuerte que la de los nexos políticos, estuvo a punto de torcer varias veces los designios jeffersonianos. Una de ellas fue la memorable de la Resolución Conjunta, de 20 de abril de 1898, la cual declara "Que el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente", palabras insólitas en el vocabulario oficial norteamericano, tan cuidadoso siempre para no incurrir en compromisos aventurados.

Pero a pesar de la terminología indeterminada del resto de la Resolución, los ciudadanos de los Estados Unidos vieron, como los cubanos, sólo la expresión que consideraba "libres e independientes" a unos heroicos peleadores decididos a morir en la conquista de su libertad. Fueron millares los que acudieron como voluntarios a realizar la última fase de la obra, que estaba en trance de finalizar de todas maneras por el agotamiento de la resistencia colonial y la destrucción del "último hombre y la última peseta" de Sagasta y Cánovas del Castillo.

Muchos son ya los libros en que está sin velos la verdad histórica de la íntima colaboración del pueblo de los Estados Unidos con el de Cuba, para ayudarnos a lograr la independencia. No han sido los menos pródigos los norteamericanos para la aportación de datos y documentos en que se halla la prueba de la política tradicional de los gobiernos, y en que bulle la gran conciencia popular dadivosa de cordialidad y de medios que decidieran la victoria.

El más reciente de esos libros lo ha publicado con una rara objetividad y con plenitud de noticias, sobre todo norteamericanas, el historiador Emilio Roig de Leuchsenring, que en cerca de trescientas páginas recorre el panorama de las relaciones ya seculares de nuestros pueblos. El volumen, *Cuba y los Estados Unidos*, hace hablar con su propio

lenguaje a los gobiernos, y muestra cómo en cada oportunidad vino siempre el afectuoso y preciso socorro de quienes vivían más dentro de la atmósfera de libertad que en el sendero del expansionismo.

Así no ha sido difícil llegar a entendimientos basados en una buena comprensión, pues el asequible tono de los pueblos logra al fin predominar, con excepciones, en el espíritu de las relaciones internacionales.

Los datos que presenta Roig de Leuchsenring en su estudio son ciertos y están confirmados por los documentos de archivos oficiales de los propios Estados Unidos.

Hay además otros que demuestran con la suficiente claridad cuál fue la conducta de los gobernantes de esa nación, después del cese de la soberanía española. El censo de población hecho en 1899 es una prueba más, para quien lo examine en perspectiva, ya enterado de los hechos históricos. Como en su mayor parte los directores públicos norteamericanos fueron anexionistas, necesitaron saber cuál era la verdadera situación de Cuba al terminar nuestra Guerra de Independencia. El pueblo cubano recibió con justificadas aprensiones las noticias sobre el futuro censo, y hubo hasta protestas entre libertadores muy significados. Los gobernantes interventores pusieron su mayor interés en desvirtuar toda sospecha entre los "ciudadanos de Cuba", y principalmente entre los componentes del Ejército Libertador. La realidad de que había aquí un pueblo abatido por todas las epidemias y la depauperación, arruinado por la guerra y por las reconcentraciones de Weyler, con muy bajo porcentaje de instrucción, y que sin embargo deseaba su libertad por la que había combatido en distintas formas cerca de cien años, los indujo a continuar en la espera aconsejada por Jefferson y a imponer condiciones para la entrega de la Isla a los nativos. Así nacieron los aranceles de aduanas y la Enmienda Platt, decisiones perjudiciales a Cuba en el aspecto económico y en el político.

Estudiados ya esos temas por el propio Roig de Leuchsenring en otros trabajos, y en esta misma obra, así como por el historiador Herminio Portell Vilá y por muchos escritores cubanos, es innecesario demostrar la improcedencia de una política que no era útil a nuestro país ni a los Estados Unidos. Los últimos treinta años están llenos de la propaganda cubana contra la Enmienda Platt, que al fin se declaró sin efecto.

La obra que publica Roig de Leuchsenring aclara y precisa actitudes, y tiene el valor objetivo de una abundante información. Quien lea y piense encontrará en ella verdades incontrovertibles que llevarán a confirmar viejos sentimientos cubanos de que fueron augustos precursores Varela y Saco, y que tuvieron expresión reiterada en José Martí, Antonio Maceo, Máximo Gómez y Calixto García, autores de nuestra independencia entre los más ilustres.

Revista Bimestre Cubana, La Habana, 1950.



I N D I C E

	<u>Págs.</u>
Facsímile del primer trabajo periodístico de Enrique Gay-Calbó, publicado en <i>La Independencia</i> , de Santiago de Cuba, el 20 de noviembre de 1907	7
Prefacio, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i>	9
El cincuentenario de mi primer artículo	33
La puerta cerrada	44
Somos latinoamericanos	47
La Revolución cubana tuvo orientaciones jurídicas	53
Puntales de olmos	59
Hay problema social	62
El meridiano de América	76
Sagradas memorias	81
Una lección de orgullo nacional	87
“Huellas de gloria”	90
Nuestra civilización es latina	94
Manantiales de optimismo. Las obras de Sanguily	99
Carlos Manuel de Céspedes	103
El cacto	109
La tercera muerte de Máximo Gómez	111
Los Estados Unidos y la independencia de Cuba	114